

LA TIERRA DIVIDIDA

Territorio de Cultura

"Puesto que no hay lecturas inocentes, empezemos por confesar de qué lecturas somos culpables" Louis-Althusser

Kapusinsky.

ESCRITOS EN CÁLEBRA

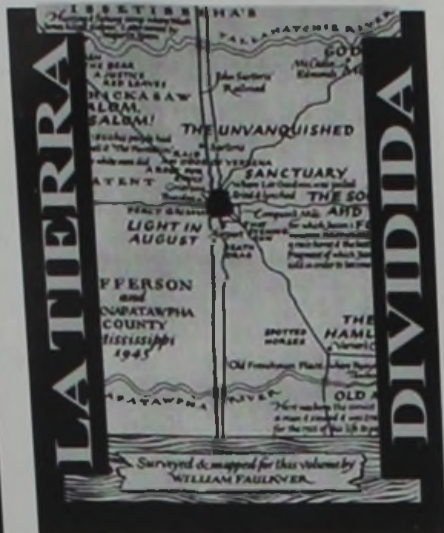


LAS PRISIONES DE L. F. CÉLINE

TERRITORIO RECUPERADO: ¿Qué opina sobre el Libro de Manuel?

**LA ENTREVISTA:
Carlos Liscano**

Colaboran en este número:
Walter Bordini
Gustavo Aguilera



Publicación trimestral de cultura

Suscripción anual (4 números):
Uruguay - \$U 200
Países del MERCOSUR - USD 40
EUROPA - € 40

PRESENTACIÓN - Página 2

TERRITORIO RECUPERADO

¿Qué opina del Libro de Manuel de Julio Cortázar? - Página 4

TERRITORIO DE LECTURA

Pinsk 39 - Ryszard Kapuscinsky - Página 5

Por una miserable batería - Kenzaburo Oé - Página 7

Otro día de muerte y destrucción... - M. Masrieh Huzhou - Página 8

Lili Marlene - John Steinbeck - Página 11

Enemigos / Amigos - Tim O'Brian - Página 12

El diario de Jasmina - Jasmina Tezanovic - Página 13

COLUMNISTAS

Nueva novela francesa - Recomendados de Pocitos Libros - Página 15

Existo, luego capaz que pienso... - Walter Bordini - Página 15

TERRITORIO DE ENCUENTRO

Entrevista a Carlos Livcano - Por Sergio Requel - Página 16

Como un perro

Cuento de Carlos Livcano - Página 19

TERRITORIO DE AUTOR

Las prisiones de Céline - Sergio Requel - Página 21

Hambre: una teoría acerca de la música, el arte y lo que pueda comunicar

Gustavo Agullera - Página 25

OTROS TERRITORIOS

Doxa y vida ordinaria - Terry Eagleton / Pierre Bordieu - Página 27

Editores responsables:

Sergio Requel / Mauro Tomasini

srequel@latierradivida.com

mtomasini@latierradivida.com

Diseño:

Gustavo López

glopez@latierradivida.com

Diseño Web:

Washington Cabrera

wcabrera@latierradivida.com

Impresión:

Demme - demme@adinet.com.uy

Por suscripciones:

suscripciones@latierradivida.com

Contactos:

revista@latierradivida.com / Celular 098054621

www.latierradivida.com

Presentación

«Puesto que no hay lecturas inocentes, empecemos por confesar de qué lecturas somos culpables»
Louis Althusser

El ayer

Mayo de 1999. Una noche fría. Solymar. Era pasada la medianoche y caminábamos por la costa en busca de un título o los títulos de la publicación ya inminente; el de tapa y el de los capítulos interiores. Nos acompañaba un perro que no entendía muy bien porqué nos negábamos a entrar al agua con él, muy ajeno a la temperatura y a cualquier elucubración literaria. Anduvimos más de dos horas, resguardándonos como podíamos del viento helado —extraño aún para esa época del año—, proponiendo, discutiendo, intercambiando. En la madrugada ya entrada, cuando los huesos casi no resistían más, dimos la forma —al menos en el plano del deseo— a lo que denominaríamos **EL SUR TAMBIÉN INSISTE**, publicación que quince días después estaría ya impresa.

Así nació, sin demasiado debate intelectual esa revista que nos llenaría de asombros y alegrías, y a la cual durante seis números la privamos —más bien la homenajeamos— de poner nuestros nombres. Sólo podía leerse "Publicación a cargo de los Glúcidos y los Lipidos en sesión solemne de los notables del Club Progreso". A través de ella pudimos dialogar con muchos y muchas que mantenían intereses similares o distintos, pero que necesitaban un espacio donde hacerlo. También nos enseñó a que nada es fácil cuando se trata de muchas manos interviniendo y, sobre todo, desde sitios distintos, como el de la lectura y la composición, por poner un solo ejemplo. La lucha caótica de los espacios, con los caracteres convenidos, las fotos en las definiciones precisas, cosa que jamás logramos hacer coexistir sin conflicto. Sin embargo, fueron una decena de números que vieron a luz, con esas y otras limitaciones que no tienen sentido enumerar. Alcanza con decir que en ninguno de esos diez números hubo un solo aviso pago y que el precio del ejemplar apenas sobrepasaba al costo de impresión.

Si algo tuvo **EL SUR TAMBIÉN INSISTE** fue la tozudez de apuntar hacia lo édito para generar un grupo de representaciones desde la lectura. De ellas surgieron antologías como las de Benedetti, Idea o Gelman, que nos asombran —e incluso nos entusiasma— hoy leer. Creímos que la mejor manera de buscar espacios —o las aperturas de ellos— se definían desde el conocimiento de lo escrito, su difusión, y no haciendo la carrera de iconoclastas, los cuales abundaban y abundan hasta el momento. También es cierto que la publicación tuvo un sesgo limitado a lo literario, y dentro de él, a la narrativa y la poesía, pasando brevemente por ensayos en algunos números, que ayudaran a comprender las selecciones de textos que se incluían.

En el 2002 se producen varias cosas de manera casi simultánea. La primera y la más obvia la crisis económica que atravesó nuestro país. El número 10, dedicado en parte a la poeta argentina Alejandra Pizarnik, había salido a la calle con muchos esfuerzos y decidimos que

fuera el primero que circulara en quioscos. A la vez, conveníamos con las otras dos revistas culturales existentes (Lapzus y Hermes Criollo) realizar un encuentro de escritores del Río de la Plata acá en Montevideo, con el auspicio de la Intendencia Municipal. Todo eso antes de agosto, por supuesto.

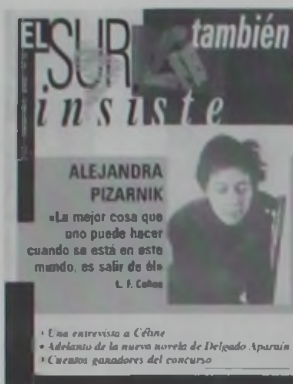
El Encuentro fue un éxito a pesar de haber fallado, a último momento, la llegada de Juan Gelman y Andrés Rivera por motivos ajenos a nuestra voluntad. Durante una semana se hicieron más de quince mesas temáticas. Y culminamos demostrando algo de difícil comprensión: no hay competencia entre las publicaciones culturales, sino un sano complemento donde deben coexistir abriendo espacios a intereses distintos que casi nunca se contraponen.

No obstante, también, fue el final para **EL SUR TAMBIÉN INSISTE** y para LAPZUS. En nuestro caso la distribuidora en los quioscos dio quiebra y no cobramos un solo peso. Ya fue imposible retomar una publicación que carecía de antemano —y expresamente— de una mínima proyección empresarial.

Por aquellos días, también —y no es excusa alguna— comenzábamos a discutir el cambio de perfil de la revista y concluíamos en lo difícil de la tarea. Sentíamos que se había cumplido un ciclo y que debíamos darle un giro porque ya no nos representaba o si lo hacía no era de la manera que aspirábamos. De alguna forma sentimos otras necesidades de expresión y nos preguntábamos si podíamos hacerlo bajo el título de la misma revista, cuya impronta, para bien o para mal, ya había sido marcada. Las coincidencias y las desgracias hicieron posible que tal debate no llegara a su término y quedáramos atrapados en la realidad: no había más revista a publicar y quedaba, apenas, la ilusión de comenzar de cero una vez más en un futuro no muy lejano.

El hoy

Allá por el 2005 comenzó a pensarse lo que ahora es **LA TIERRA DIVIDIDA**. Demoró más de lo deseable aunque, en algún punto, fue necesario para madurar distintas ideas. Si bien el problema económico estuvo presente en todo momento también estuvieron los tiempos con los que contábamos, la dedicación que podíamos ofrecerle, las manos amigas que arriesgaran en el proyecto sabiendo que el mismo vuelve a ser un impulso sin apoyo alguno. A la vez, nos propusimos saltar, de alguna forma, el espacio estrictamente literario, para confluir en expresiones culturales de mayor alcance o variedad. Ello tampoco impedirá algo que en las páginas siguientes es obvio: la literatura sigue siendo la parte central de nuestros gustos y preocupaciones. Y de lo poco que sabemos o aspiramos a saber. Ojalá otros colaboradores —que tengan un perfil complementario al de los editores— en breve puedan contribuir a ampliar la mirada



cultural en sus distintas formas y expresiones.

Somos concientes que el presente número debería ser el llamado "número cero" (muchas revistas no pudieron salir de él según un viejo artículo de Onetti), con el cual se prueban algunas cosas: espacios,

caracteres, títulos, composiciones, estilos, etc. No obstante, por honestidad intelectual, decidimos que fuera el número uno y que se noten, si es necesario, esos trabajos experimentales en los distintos niveles: desde el estilístico hasta la selección de textos. Lo retrasamos tres meses, no siempre por estos motivos, aunque nunca dejaron de ser el pretexto para justificar la tardanza.

Por otra parte, si principio tienen las cosas, debemos explicar el significado del nombre de la revista. **LA TIERRA DIVIDIDA** es la traducción del vocablo Cherokee "Yoknapatawpha", el nombre del emblemático condado creado por el escritor norteamericano William Faulkner, autor al que le debemos muchas cosas, entre ellas, un número dedicado a su obra.

Al mismo tiempo cada número tendrá distintos "territorios" con los cuales pretendemos definir el estilo de la publicación. El principal - al menos hoy- será **TERRITORIO DE LECTURA**. El mismo aborda escritos de guerra, precisamente cuando se cumplieron en el 2009 setenta años del inicio de la Segunda Guerra Mundial. La selección, además de ser arbitraria como en casi todos los casos, pretende pasar por las diferentes formas de escribir o padecer la barbarie de una guerra. De ahí que no sólo eligiéramos escritos de esa confrontación sino de otras (Vietnam, Palestina, la ex Yugoslavia), y que pasaran por distintos modos de narrarlas: la crónica, el diario, las memorias, la ficción, aunque en O'Brien sea discutible como tal. Sería inabarcable la cantidad de narraciones sobre el horror que padecen diariamente millones de personas en esas circunstancias. Elegimos, dentro de las posibilidades de una publicación con esta cantidad de páginas, aquellas que más nos impactaron, pecando incluso de incluir sólo fragmentos.

En **TERRITORIO RECUPERADO** y **OTROS TERRITORIOS**, existe una cierta coincidencia al menos en este número. Las revistas culturales son documentos de la historia. Dan cuenta de la evolución y las tensiones que suceden en el campo intelectual y político. Asimismo, a través de los discursos y representaciones que enuncian, se reflejan los debates en torno a los cambios y modificaciones que se dan en el terreno estético, ético, político, -entre otros-, que se desarrollan en las sociedades.

Es evidente que los cambios sociales se enfocan a partir del campo de análisis delimitado por cada revista. También representan las luchas y conflictos que se originan por la hegemonía política y cultural de la época. En síntesis, la revista cultural ha sido una herramienta -en ocasiones un arma- fundamental para la confrontación intelectual.

En este primer número, ofrecemos dos artículos, uno de la revista argentina **Crisis**, y el otro de la revista inglesa **New Left Review**. Las trayectorias y contenidos de ambas son bien distintas. La revista **Crisis** se funda en un contexto de violencia política y utopías revolucionarias presentes en toda América Latina, en donde la Argentina no era la excepción. En cambio, la revista **New Left Review**, se forma a comienzos de la guerra fría, y es en primera instancia una respuesta a la guerra nuclear planteada por las dos potencias hegemónicas del momento.

La revista **Crisis** nace en mayo de 1973 en Buenos Aires, y llega a editar cuarenta números hasta el año 1976. Fue un proyecto cultural y político sostenido en figuras de renombre tales como Ernesto Sábato, Eduardo Galeano, Juan Gelman, entre otros. Asimismo, una gran parte de la nueva narrativa latinoamericana participó de esta publicación, como por ejemplo, Ricardo Piglia y Liliana Heker. La revista intentaba ser un "vehículo de difusión y conquista de una identidad nacional y latinoamericana que [quería] ser útil en el marco mayor de las luchas por la liberación."

En el primer número del año 1973, **Crisis** publica el artículo "¿Qué opina del Libro de Manuel de Julio Cortázar?", donde le solicita a diferentes personalidades su opinión sobre el último libro del autor de *Rayuela* publicado en ese momento. Es así que recoge opiniones que van desde comentarios aprobatorios hasta algunos más polémicos y que incluso podría considerarse que acusan a Cortázar de "impostura intelectual".

El otro artículo presentado es "*Doxa y Vida Ordinaria*", que transcribe una entrevista realizada por Terry Eagleton al prestigioso sociólogo francés Pierre Bourdieu, y que fuera extraído de la revista **New Left Review** de la edición en español del año 2000, número cero. Esta entrevista -debate se ha transformado con el transcurso del tiempo, en un texto de referencia para la academia. La fecha de fundación de esta revista data de 1960, y es la fusión de los consejos editoriales de la **Universities and Left Review** y **The New Reasoner**. Las causas de su origen, responden a una respuesta por parte de algunos intelectuales a favor del desarme nuclear. Esta publicación condensó en su existencia el pensamiento a todos aquellos intelectuales que fueron distinguidos dentro de lo que se llamó el marxismo occidental. Esta corriente ideológica, se construyó en contraposición a la corriente construida a partir del llamado marxismo soviético. La corriente occidental, tuvo como pensadores fundantes a Antonio Gramsci, Georg Lukács y Karl Korsch. En esta publicación convergían muchas de las voces disidentes de la academia relacionados con el Partido Comunista Británico, que sostenían una postura contraria a la visión stalinista del marxismo. El representante máximo del marxismo soviético fue el filósofo Louis Althusser, quien sostuvo con Edward Thompson, uno de los debates más significativos entre las dos corrientes. Al conjunto de historiadores, sociológicos, filósofos, economistas, anglosajones, que se agruparon entorno a la publicación se les denominó marxistas culturalistas. Entre los principales exponentes figuran: Eric Hobsbawm, Raymond Williams, Edward Thompson, Immanuel Wallerstein, Christopher Hill, Raphael Samuel,

Wright Mills, Ernest Mandel, Nicos Poulantzas, Göran Therborn, etc.

Las páginas centrales de cada número aspiramos que contengan la entrevista a un escritor uruguayo en principio, sin considerarse excluyente otras alternativas. En este caso será Carlos Liscano, una de las voces más interesantes en el panorama actual de la narrativa uruguaya y con quien habíamos tenido ya una larga charla, hace unos años, que nunca fue publicada. Las coincidencias hicieron que el día que concretamos la entrevista aún no se sabía que sería designado como Sub Secretario de Educación y Cultura, lo cual tiñó, de una manera u otra, toda la entrevista que mantuvimos en su apartamento hace unos meses atrás.

Nos gustaría mencionar a quienes comienzan a hacer posible el proyecto. Primero, agradecer a los amigos que nos impulsaron y alentaron en esta nueva iniciativa, que no son pocos, y que mencionarlos implicaría inevitables olvidos, lo cual sería injusto y reprochable. Sí a quienes aparecen en las páginas: los colaboradores, Walter Bordoni y Gustavo Aguilera, y a Leonardo Silvera de Pocitos Libros quien se encargará de la distribución en distintas librerías.

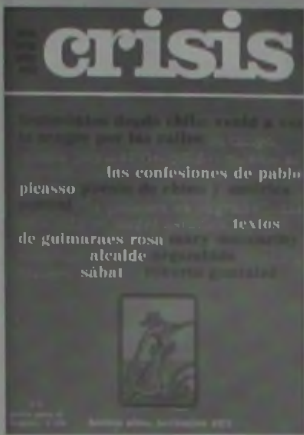
Dentro del equipo de trabajo, a dos amigos de la vida. A Gustavo López que se animó al diseño del ejemplar y tuvo que bancarse -y se seguirá bancando inevitablemente- las genialidades de quienes no sabemos nada de diseño gráfico pero que opinamos con arrogancia como si nuestras abstracciones fueran sencillas y casi inapelables desde lo estético. A Washington Cabrera, que por ahora la ha sacado barata, puesto que es el responsable del diseño web, el cual se encuentra en ciernes. A ambos el agradecimiento por el tiempo y la paciencia de un trabajo engorroso y, como si fuera poco, voluntario.

Para culminar, algo que parece extraño: una publicación cultural uruguaya, con una fuerte presencia de contenido literario, que no mencione los tres hechos más destacables que sucedieron en el 2009 en nuestro país. Nos referimos al centenario del nacimiento de Onetti y a las muertes de Mario Benedetti e Idea Vilariño. Lo discutimos y creímos sano callar en momentos de un alto grado de inflación de palabras sobre sus obras y sus vidas. A los tres dedicamos trabajos especiales en la anterior etapa. Ello no implica que no volvámos a hacerlo. Simplemente decidimos esperar, tomar distancia de los hechos para analizarlos con otra perspectiva y, desde una mirada distinta, recorrer sus trabajos y sus influencias.

No obstante, por motivos que forman parte de nuestras afinidades y relaciones, este número se lo queremos dedicar a Idea Vilariño. Desde el 2005 vivió junto a nosotros, de alguna forma, el nacimiento de la publicación que hoy es una realidad. No llegó a verla. Estamos seguros que le hubiera gustado celebrarlo junto a nosotros. Su muerte nos privó, además, de la crítica amiga que siempre nos dedicó. En su memoria, entonces, las páginas que siguen.

Los editores

SONDERÉGUER, María, "Revista Crisis (1973-1976). Antología", Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2008, p.11.



¿Qué opina del Libro de Manuel de Julio Cortázar?

Revista Crisis - Número 1, mayo de 1973

TERRITORIO RECUPERADO

Algunos críticos literarios han dicho del *Libro de Manuel* que es nada más que un libro más de Cortázar. Sí, agregoyo, pero siempre un libro de Cortázar. Con su riqueza idiomática, su reverbero de ideas, su ironía, su pesimismo, su brillantez. Su genialidad. Es un libro de nuestro tiempo. No nos volvamos provincianos, no digamos que Cortázar ya nos cansa, nos hace dar vueltas perdidas en derredor de él mismo. No. En el *Libro de Manuel* está diciendo cosas y no se repite. Leámoslo otra vez y veremos que dice muchas cosas; no importa que esos argentinos de París tomen cada vez más mates cuando los porteños de aquí toman cada vez menos mate. Eso es anécdota. O que Cortázar pueda aplicar un lunfardo que aquí ya no corre. Lo que corre sí es su pensamiento, expresado en su primera página: "Más que nunca creo que la lucha en pro del socialismo latinoamericano debe enfrentar el horror cotidiano con la única actitud que un día le dará la victoria: cuidando preciosamente, celosamente, la capacidad de vivir tal como la queremos para ese futuro, con todo lo que supone de amor, de juego, de alegría."

No interesa si Cortázar tiene derecho a decir o no esto. Lo dice. Se suma a pesar del pesimismo y la ironía que quiere ahogarlo en la brillantez de sus frases. Lo que no puede ahogar en el fondo es su amor por el hombre, su infantil amor de cristiano simple: "(...) porque un puente, aunque tenga el deseo de tenderlo y toda obra sea un buen puente hacia y desde algo, no es verdaderamente puente mientras los hombres no lo crucen. Un puente es un hombre cruzando un puente (...)" O citar la frase: "(...) el artista afirmaba que cuanto más materialista se volviera la ciencia, más ángeles seguiría él pintando".

La solución es la rebeldía. Después vendrá la codificación de esa rebeldía. El europeo Cortázar nos mira. Claro está que puede resultarnos ajeno. Pero no dejemos de leerlo porque aquí sus ojos de europeo tienen un valor universal. No tratemos de cazarlo porque la red nos va muy chica.

Osvaldo Bayer

En principio decimos: a nosotros los trabajadores nos importa más Evita que Platón.

Y esto que parecerá un sacrilegio a algunos intelectuales tiene su explicación en nuestra propia escala de valores: a los revolucionarios siempre les importa la acción.

Lógicamente que nos parece bien que un intelectual se solidarice con las luchas populares (Cuba, Vietnam o Argentina) pero a cada cosa su lugar: para esas luchas nos importa el que arriesga la vida.

Sobre el intelectual pienso que sería

importante que fuese revolucionario (en todo sentido) pero nos conformamos con que no sea contrarrevolucionario.

Por eso considero valiosa la actitud de Cortázar respecto de su último libro dedicado a mostrar las torturas y las diversas formas de represión hacia quienes intentan romper el sistema imperante. Estimo positivo también el hecho de que Cortázar haya donado sus derechos de autor para destinarlo a los presos políticos.

Raimundo Ongaro

Primero le enumeraré tres razones por las cuales, aun siendo militante y considerando positiva la actitud de Cortázar cediendo sus derechos de autor a los presos políticos, no me tomaré el trabajo de leerlo.

Estas razones son: 1) porque como escritor Cortázar me parece obstruso; 2) porque no tengo tiempo para leer ficciones y 3) porque considero que su literatura va dirigida a los exquisitos y no al pueblo.

En este sentido, y ampliando el concepto hacia todos los llamados "intelectuales", creo que se debe tomar un rol protagónico y no meramente dialéctico, contagiarse y asumir la identidad del pueblo; como decía Camilo Torres: "hay que ASCENDER al lenguaje popular". De este modo aboliríamos para siempre ese estilo hermético que, en el fondo, es la impotencia de ciertos sectores de la burguesía para entender el proceso de lucha de la clase trabajadora.

En cuanto a Julio Cortázar, he dicho que su actitud tiene algún valor, aunque personalmente prefiero más a los que donan la vida por una causa, que a los que ceden sus derechos de autor.

Cortázar, como tantos intelectuales, puede tener buenas intenciones, pero está colonizado culturalmente.

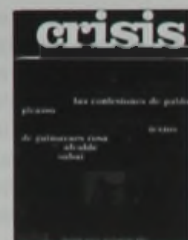
R.P. Carlos Mujica

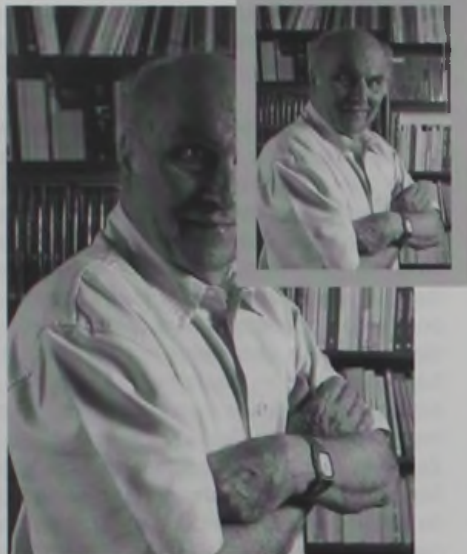
Alguno podrá - o querrá notar que el análisis que en esta novela se hace de la revolución y el socialismo es simplista, o ingenuo. Yo digo que, en realidad, no hay tal análisis. Hay, sí, indagaciones lúcidas, y revulsivas, en el terreno del lenguaje y en el terreno de la creación artística; hay ahondamientos en lo que se refiere a la conducta individual de ciertos hombres; hay testimonios políticos que hablan por sí mismos. Pero análisis ideológico no hay. Por otra parte, ¿por qué pedirle a Cortázar que lo hiciera, o por qué suponer que le saldría o que sería eficaz haciéndolo? Lo que sí hay en este libro, en lo que se refiere a la historia, es el planteo de una alternativa, tan claro que deslumbra: de

este lado, o del otro. Y Cortázar, con su espléndida prosa, y sus historias fantásticas, y sus cuestionamientos existenciales y su glíptico, se pone de este lado, del lado de los que van a cambiar la historia. Es en esto, en este venirse con todo, que hay que rastrear el verdadero poder subversivo del libro. Porque la también lo lúdico, y también las hermosas palabras tendrán que cambiar de mano. Y este libro es más que una advertencia, es una prueba de que ya están empezando a cambiar. Le mueve el piso a más de cuatro, eso quería decir. He visto a muchos imbéciles ponerle Rocamadour al caniche o a la boutique., usar la palabra "cronopio" como quien usa la palabra "gordi", y decorar su biblioteca con el lustroso tomo de *Último round*. La culpa no la tiene Cortázar, claro. Cortázar hace años que viene defendiendo la Revolución Cubana, y viajando a Cuba, y optando (afectivamente, cierto, pero pronunciándose) por el socialismo. Pero los compradores de best-sellers prefieren, mientras les es posible, no ver estas cosas. Bien. Con *Libro de Manuel* no les quedará más remedio que verlo. Porque esta vez la historia se les metió en el centro de la literatura y de lo lúdico. ¿Juego? Sí, pero entonces caminar hacia el bosque. Po-drán ejercitar su ingenio recom-poniendo las palabras y medias palabras que le faltan a un titular, pero cuando recon-struyan el mensaje se encontrarán con una realidad brutal golpeándoles la cara. Razón por la cual, presumo, pronto notarán que "es una frivolidad meter tanto chiste cuando se están tratando cosas tan serias".

Yo no sé cómo se leerá este libro dentro de 15 años: sé que hoy cumple una función. Tampoco sé, ni me importa, si ésta es o no la mejor novela de Cortázar. Un escritor no está obligado a escribir siempre su mejor libro. En cambio sí está obligado -éticamente obligado, quiero decir-, si es un escritor con todas las letras, a existir escribiendo, y a dar lo mejor de sí, y de la mejor manera que le sale. Creo que entonces Cortázar es un escritor con todas las letras.

Liliana Heker





Ryszard Kapuscinski (Polonia, 1932-2007) fue uno de los periodistas y cronistas más importantes del último medio siglo. Entre los galardones de mayor destaque que recibió se encuentra el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades. Sus trabajos sobre África y las diferentes guerras en este territorio, de las cuales participó directamente como corresponsal de diversos medios, constituyen una lectura ineludible. Entre sus libros se destacan *El emperador*, *El Shā*, *La guerra del fútbol*, *Un día más con vida*, *Viajes con Herodoto*, *Los cínicos no sirven para este oficio*. *El imperio*, del cual tomamos extractos del capítulo 1, es una visión polifónica de la ex URSS, y "el producto de una carrera contra el tiempo para atrapar la memoria de los anónimos protagonistas de la Historia antes de que los terribles y pasmosos acontecimientos de esos años entren para siempre en el pasado".

Los relatos se basan de la experiencia vivida por el autor en los viajes realizados entre los años 1939 y 1967, además de los últimos que emprendió entre 1989 y 1991.



Robert Capa

Pinsk 39

(Fragmento)

MI primer encuentro con el Imperio tiene lugar junto al puente que une la pequeña ciudad de Pinsk con el Sur del mundo. El mes de setiembre de 1939 toca a su fin. La guerra campa por doquier. Arden las aldeas, la gente busca refugio de los ataques aéreos en los bosques y en las cunetas, donde puede busca salvación. Unos caballos muertos se atraviesan en nuestro camino. Si queréis seguir —nos aconseja un hombre— tenéis que apartarlos. Qué trabajo tan penoso y agotador, cuánto sudor: los caballos muertos pesan mucho.

Multitudes presas del pánico huyen en medio de torbellinos de polvo. ¿Para qué necesitarán tantos bultos, tantas maletas? ¿Para qué tantas teteras y cacerolas? ¿Por qué maldicen de esa manera? ¿Por qué no paran de hacer preguntas? Todos van y vienen corriendo no se sabe adónde. Mi madre, sin embargo, sí lo sabe. Ha cogido de la mano a mi hermana y a mí, y ahora los tres nos dirigimos hacia Pinsk, a nuestra casa de la calle Wesola. La guerra nos ha sorprendido en el pueblo de mi tío, junto a Rejowiec, donde pasábamos las vacaciones. Así que ahora tenemos que regresar a casa. *Tutti a casa!*

Pero, cuando después de tres días de caminatas nos encontramos ya en las puertas de Pinsk, cuando ya divisan los edificios de la ciudad, los árboles de nuestro hermoso parque y las torres de las iglesias, en el camino y junto al puente, de repente surgen ante nuestros ojos unos marineros. Empuñan largos fusiles con afiladas y punzantes bayonetas, y lucen estrellas rojas en sus gorras redondas. Han llegado hace varios días desde el lejano Mar Negro, han hundido nuestras fragatas, han matado a nuestros marinos y ahora nos impiden la entrada a la ciudad. Nos mantienen a distancia, ¡ni un paso más!, gritan mientras nos apuntan con sus fusiles. Mi madre, como otras mujeres y niños (ya nos habían apiñado en un nutrido grupo) llora y pide clemencia. Implorad clemencia, nos suplican nuestras madres, muertas de miedo, pero nosotros, los niños, ¿qué más podemos hacer? Ya hace un buen rato que nos hemos arrodillado en medio del camino y lloramos y alzamos los brazos.

Los gritos, el llanto, los fusiles y las bayonetas, los rostros furiosos y bañados en sudor de unos marineros llenos de una ira, de una rabia y de un terror desconocidos e incomprensibles, todo eso está allí, en aquel puente de Pina, en aquel mundo en que entro cuando tengo siete años.

(...)

No tardó en aparecer el hambre. Como aún no había empezado la época de los fríos, al salir de la escuela correteábamos por los huertos. Conocíamos al dedillo su complicada geografía, pues entre sus caballones y arbustos habíamos jugado hasta la saciedad a nuestras guerras, a policías y ladrones y a los indios. Cada uno de nosotros sabía en el huerto de quién crecían las manzanas más grandes, el peral de quien merecía la pena sacudir, o dónde habían madurado tantas ciruelas que el paisaje se volvía violeta., o dónde la cosecha se suculentos nabos era más abundante. Nuestras excursiones no estaban exentas de riesgo, pues los dueños de los huertos nos perseguían y nos echaban con cajas destempladas. El hambre ya había hecho acto de presencia en todos los hogares, y quien podía intentaba almacenar la mejor despensa. Nadie estaba dispuesto a perder un solo albaricoque o melocotón, ni siquiera una grosella. Resultaba mucho más seguro vaciar los huertos de aquellos a los que habían arrestado y habían metido en los vagones, pues nadie vigilaba ya sus caballones ni sus árboles.

El mercado fluvial de Pina, al que los campesinos traían en barca sus tesoros —el pescado, la miel, la sémola—, se había quedado desierto hacía tiempo. La mayoría de las tiendas si no tenían echado el cierre, aparecían saqueadas. El campo era la única salvación. Nuestras vecinas cogían unas sortijas o un abrigo de piel y se iban a las aldeas próximas a comprar harina, tocino o carne de ave. Ocurrían, no obstante, que cuando aquellas mujeres se encontraban fuera de la ciudad, el NKVD venía a sus casas y se llevaban a sus hijos en alguno de los transportes. Las vecinas se lo contaban hechas un manojo de nervios y prevenían a madre. Pero, aun sin sus advertencias, mamá estaba de todas formas decidida a no moverse de nuestro lado.

Nuestras ciudad, verde y calurosa en verano y en otoño castaño y brillante al sol como el ámbar, de pronto, en una sola noche, se puso blanca. Fue a finales de noviembre y a principios de diciembre. El invierno del 39-40 llegó pronto y fue duro. Un invierno de frío helador. Viniendo desde el lado de la calle Spokojna, o, lo que es lo mismo, del cementerio en que yace mi abuela, nos arrastramos hasta los matorrales desde donde podíamos ver

un transporte esperando en vía muerta. Los vagones estaban llenos de gente destinada a partir en cualquier momento. ¿Adónde? Los mayores decían que a Sobería. Yo no sabía dónde quedaba aquello pero por la manera que pronunciaban la fatídica palabra intuía que inspiraba miedo el mero hecho de nombrarla.

No vi a mi maestro, que debía haber partido ya hace días: los transportes salían unos tras otro. Muertos de miedo al tiempo que devorados por la curiosidad, permanecíamos ocultos entre los matorrales con el corazón en un puño. De la vía muerta nos llegaban gemidos y llantos que por momento crecían en intensidad; partían el alma. Carros tirados por caballos iban de un vagón a otro. La gente de los vagones depositaba en ellos los cadáveres que habían muerto de frío y



hambre durante la noche. Detrás de los carros iban cuatro enkavedés que algo contaban y apuntaban. Y que volvían a contar y a apuntar. Después cerraban las puertas de los vagones. Debían de ser muy pesadas, pues les costaba mucho trabajo hacerlo. Eran puertas de esas que se deslizan accionadas por poleas, y aquellas poleas chirriaban terriblemente. El cierre lo rodeaban con un alambre que luego apretaban con unas tenazas. Uno tras otro, los cuatro enkavedés comprobaban si lo habían dejado de modo que fuese imposible deshacerlo. Permanecimos entre los arbustos encogidos por el frío y petrificados por la excitación. La locomotora silbó varias veces y el tren se puso en marcha. Sólo cuando se hubo alejado lo bastante como para perderse de vista, aquellos cuatro hombres dieron media vuelta y se dirigieron a la estación.

No dijimos nada a mamá para que no se enfadara. Mamá pasaba días enteros de pie ante la ventana. Permanecía quieta; era capaz de no moverse durante horas y horas. En casa aún quedaba un poco de sémola y harina. Unas veces comíamos

sémola; otras, mamá preparaba en el fogón tortitas de harina. Me daba cuenta de que ella misma no probaba bocado y de que cuando comíamos nosotros se giraba para no vernos comer o se iba a otra habitación. A veces nos decía: Traed un poco de leña. Salíamos a la calle para recorrer los alrededores en busca de ramas y troncos enterrados en la nieve. Quizás ya no tuviera fuerzas para salir, y, sin embargo, debíamos calentarnos un poco, pues de lo contrario nos hubiéramos quedado congelados como carámbanos. Por las noches permanecíamos a oscuras y temblando de frío y de miedo: ¿también nos deportarían a nosotros?

A veces deambulaba con mis amigos por la ciudad, cubierta de hielo y centelleante bajo el sol. Rastreábamos con el olfato dónde hubiera comida, aunque sin muchas esperanzas de encontrarla. Si bien podíamos comer un poco de nieve o chupar un trozo de hielo, eso solo servía para avivar el hambre. Lo peor, aunque a la vez lo más placentero y rarísimo, era topar con el olor de un puchero hirviendo. ¡Chicos!, gritaba aquel de nosotros que lo percibía, y agitaba el brazo en dirección de los demás. Echábamos a correr hacia él y lo encontrábamos con la nariz metida entre las vallas de una cerca y la mirada fija en la casa correspondiente. Juntos nos poníamos a aspirar los efluvios de un asado de gallina o de col con carne hirviendo. De una cerca así, teníamos que arrancarnos los unos a los otros por la fuerza.

Hambrientos y desesperados, llegamos una vez hasta los puestos de vigilancia del cuartel. *Továrisch*, dijo Hubert, *day pokúshat* (Camarada, danos algo de comer), y se llevó la mano a la boca como si se metiera en ella un trozo de pan. Pero los soldados del Ejército Rojo sólo se encogieron de hombros. Finalmente, uno de los guardias se metió la mano en un bolsillo y, en lugar de pan, sacó de él un saquito de lino y nos lo entregó sin decir palabra. Dentro había una cosa muy oscura, casi negra: tallos de hojas de tabaco picados a conciencia. También nos dio el soldado un trozo de periódico y nos enseñó cómo liarlo en un canuto y llenarlo de la húmeda y apestosa picadura. Cigarrillos hechos de buen tabaco y envueltos en papel de fumar, en una palabra, cigarrillos normales, en aquel entonces eran inasequibles.

Nos pusimos a fumar. El humo nos rascaba las gargantas e irritaba los ojos. El mundo empezó a girar, a balancearse, a ponerse patas arriba. Vomité, y la cabeza me estallaba de dolor. Pero la vertiginosa y obtusa sensación de hambre cedió algo, amainó. A pesar del sabor horrible en la boca, a pesar de las desagradables náu-

seas, aquello resultaba mucho más soportable que la necesidad de llenar el estómago, imperiosa, insistente y que retorció las tripas.

Mi clase se redujo a la mitad. La señorita me sentó en otro pupitre, junto a un chico que se llamaba Orion. Nos caímos bien desde el primer momento, y empezamos a hacer juntos el camino de vuelta a casa. Un día me dijo que en la calle Zawalna iban a vender caramelos y que, si quería, podríamos ponernos en la cola. El haberme dicho lo de los caramelos era un gesto muy hermoso, pues ya hacía tiempo que ni siquiera soñábamos con golosinas. Mamá me dio permiso, y Orio y yo fuimos a Zawalna. Había oscurecido y nevaba. Ante la tienda ya se había formado una nutrida cola de niños que se extendía a lo largo de varias casas. La tienda tenía echados los cierres de madera. Los niños que se encontraban al principio de la cola nos dijeron que no abriría hasta el día siguiente y que deberíamos esperar toda la noche. Desanimados, regresamos a nuestro sitio, es decir, al final de la cola. Sin embargo, no paraban de llegar más y más niños; la cola se alargaba hasta el infinito.

El frío, crudo, gélido, penetrante, se volvió mucho más intenso que el que había hecho durante el día. A medida que pasaban los minutos, y luego las horas, se nos hacía cada vez más difícil aguantar a la intemperie. Desde hacía algún tiempo, en los pies y en las manos tenía unos sabañones inyectados de agua que me dolían mucho. Al caer la noche, el frío helador aumentaba aquel dolor que se estaba volviendo insostenible. Gemía a cada movimiento.

Mientras, la cola se rompía cada dos por tres en diferentes puntos, desparramándose por la calle helada y cubierta de nieve. Para calentarse, los niños jugaban a las cuatro esquinas. Forcejeaban, retozaban y se revolcaban por el blanco pulmón. Después regresaban a la cola y otro grupo se lanzaba a la carrera entre gritos. En la mitad de la noche, alguien hizo fuego. Estalló una preciosa llamarada. Uno tras otro, corrimos hasta aquel fuego para calentarnos las manos, aunque sólo fuera por unos instantes. En la cara de los niños que habían logrado llegar hasta el fuego se reflejaba su brillo dorado. A la luz de aquel brillo sus rostros se fundían, se llenaban de calor. Luego, calientes, regresaban a sus sitios y nos entregaban a nosotros, los que seguíamos en la cola, unos rayos de su ardor. Al alba, la cola estaba rendida de sueño. De nada habían servido las advertencias de que dormir a la intemperie helada significaba la muerte. Ya nadie tenía fuerzas para buscar ramas que echar al fuego ni para jugar al corro o a las cuatro esquinas. El frío, cruel, atroz, monstruoso, nos calaba hasta los huesos. No sentíamos ni piernas ni brazos. Para salvarnos, para sobrevivir a la noche, nos aferrábamos unos a otros con todas nuestras fuerzas. La cola se había convertido en una cadena frenéticamente soldada de la que se evaporaban los restos del calor. La nieve caía copiosa, cubriéndonos cada vez más con su suave y blanco manto.

Aún no había amanecido cuando llegaron dos mujeres envueltas en gruesos

mantos y se pusieron a abrir la tienda. Un soplo de vida recorrió la cola. Soñábamos con montañas de caramelos, con maravillosos palacios de chocolate. Soñábamos con princesas de mazapán y con pajes de pasta de miel. En nuestra imaginación todo ardía, centelleaba e irradiaba luz. La puerta de la tienda se abrió por fin y la cola se puso en movimiento. Nos lanzamos todos hacia delante apretujándonos unos contra otros para calentarnos y para poder comprar algo. Pero en la tienda no había ni caramelos ni palacios de chocolate. Las mujeres vendían latas de caramelos vacías. Una por cabeza. Eran unas latas grandes y redondas que tenían pintados en las paredes unos bravucones gallos de colores y la inscripción en polaco: E. Wedel.

Al principio nos sentimos defraudados y llenos de angustia. Orion se echó a llorar. Pero cuando nos pusimos a examinar de cerca nuestro botín, una gran alegría comenzó a apoderarse de nosotros, pues vimos que en las paredes de las latas se habían conservado dulces restos, unas minúsculas migajas de colorines, una escarcha espesa que olía a fruta. Al fin y al cabo, nuestras madres podrían hervir el agua en aquellas latas y así obsequiarnos luego con ¡una bebida dulce y aromática! Más animados, ahora, contentos incluso, en lugar de ir directamente a casa, nos dirigimos al parque, donde en veranos se había instalado un circo. Si bien el circo se había marchado tiempo atrás, como había tenido que recoger los bártulos deprisa y corriendo, había dejado un tiovivo. Habían robado el motor del artefacto y casi todas las sillas. Pero quedaba una, y si se reunían varios chicos que tuviesen un paño, podrían hacerlo girar como una peonza.

El parque estaba desierto y sumido en el silencio. Vamos corriendo hacia el tiovivo y empezamos a moverlo. Ya se ha puesto en marcha, ya chirría. He saltado a la silla y me he abrochado la cadena. Orion da las órdenes; con voz de mando exhorta a los chicos, que como galeotes empujan el palo con cuantas fuerzas pueden reunir, a que se afanen: rápido, más rápido, más, más, más. Febril, Orion grita a voz al cuello, los chicos también han enloquecido, el tiovivo gira que te girarás, ráfagas de viento helado y cortante me azotan la cara, un viento vertiginoso, cada vez más fuerte, en cuyas alas me elevo como un piloto, como un pájaro, como una nube.



Kenzaburo Oé nació en Shikoku, Japón, en 1935. En 1958 ganó el prestigioso Premio Akutagawa por su relato **La presa**. Entre sus obras más conocidas se encuentran: **Arrancad las semillas, fusilad a los niños** (1958), **Una cuestión personal** (1964), **El grito silencioso** (1967), y **Dinos como sobrevivir a nuestra locura** (1969). En sus relatos y novelas suele abordar aspectos de la sociedad contemporánea desde un humanismo crítico, de origen existencialista. Su estilo directo, de frases breves y simples, se nutre de poderosas imágenes poéticas y abundantes reflexiones metafísicas. En 1994 le fue concedido el Premio Nobel, siendo el segundo escritor japonés en recibirlo.

en la cantina G.I. comí una hamburguesa servida entre dos tapas redondas de pan; un norteamericano que debía ser oficial elogió mi ensayo; y recibí como premio dos baterías en desuso del ejército americano.

Durante los años posteriores a la guerra, nuestros maestros insistían en preguntarnos por qué creíamos que Japón había sido derrotado. Por supuesto, había una sola respuesta correcta a esa pregunta: porque no éramos lo suficientemente científicos. Estos eran los mismos maestros cuya pregunta, hasta hacía poco, había sido: "¿Qué deberíamos hacer si su majestad el Emperador nos ordena morir?". La respuesta correcta para esa era: moriríamos. Cometeríamos hara-kiri y moriríamos. Yo despreciaba esta invariable letanía, y cuando se nos pidió, para el intercolegial de ensayo,

A principios del verano de 1949, cuatro años después de la derrota japonesa en la guerra, mi profesor y yo atravesamos temerosamente el portón de la base norteamericana en nuestra isla de Shikoku. Yo tenía catorce años y acababa de ganar un concurso intercolegial de ensayo auspiciado por la Ocupación Americana y unos burócratas del Ministerio de Cultura japonés. Era un día de debuts para mí:

escribir sobre el tema "¿Cómo podría sernos útil la ciencia?", me rebelé. "La ciencia nos permitirá ganar la próxima guerra", contesté. Me mandaron a llamar de sala de profesores. Los ensayos escritos por los alumnos debían ser presentados ante un jurado de la Prefectura, me dijeron. ¿Qué pasaría si

Por una miserable batería

Kenzaburo Oé

los norteamericanos en la comisión hubiesen visto mi ensayo? Eran indecibles los castigos que recaerían sobre todos, empezando por el director. Me ordenaron que reescribiera el trabajo. En la nueva versión, la ciencia serviría para construir juguetes, no armas, y contribuiría así a la felicidad de todos los chicos del mundo. Las baterías que gané fueron dispuestas en el laboratorio del colegio, y ahí quedaron sin que nadie las tocara. Hasta el apagón. El 16 de agosto, un día después del aniversario de la derrota, un atleta japonés se destacó en una competencia de natación en Los Angeles. Era la primera vez desde la guerra que un japonés competía contra los norteamericanos y les ganaba. Las carreras del segundo día también iban a ser transmitidas por televisión, pero había estado lloviendo desde la noche anterior y la luz se cortó en todo el valle. El director le preguntó al profesor de ciencia si podía hacer andar esas dos baterías militares. Bajo la mirada de todo el colegio, el profesor las conectó y la radio explotó. Pero esta experiencia sirvió de inspiración a uno de mis compañeros, un verdadero apasionado de la ciencia. Respaldo por sus secuaces, conectó las baterías a cuanto enchufe y aparato encontró. Y continuó sus investigaciones hasta entrada la noche, cuando finalmente se las ingenió para prender fuego el laboratorio.

Castigado por el director, mi amigo huyó de la casa y murió ahogado en las aguas del río que corre valle abajo. Cuando las autoridades del colegio aparecieron en su funeral, su madre los enfrentó. "¡Por una miserable batería!", les gritó. ¿Merecía su hijo morir por jugar con una batería? Su amargura me atravesó. Había sido yo, después de todo, quien había llevado las baterías al colegio.

La madre de mi amigo parecía haber enloquecido. Durante un tiempo, se paró en la calle principal del pueblo contando a los gritos sus planes para desenterrar las armas de caza que los hombres habían enterrado en el bosque al final de la guerra para repartirlas en el colegio y la estación de policía. Hasta que un día no apareció, y nunca más la volvimos a ver.

Si este incidente revela algo, es la extraña intransigencia de nuestra cultura en su encuentro con otra (la americana, encarnada en dos baterías militares). Ese grito entre tierno y cómico ("¡Por una miserable batería!") ha sonado en el fondo de mi mente más de una vez desde que fue pronunciado. He oído su eco durante el rápido ascenso de Japón hacia la opulencia, y lo escucho ahora, en los duros tiempos económicos que caen sobre nosotros.



Otro día de muerte y destrucción...

Mary Masrieh Hazboun, Palestina, 2002-2004 (17-19 años)

8 de abril de 2002

Aquí estoy, en el lugar donde nació Jesús, ahora un lugar sumamente aterrador. El lunes de la semana pasada nos despertamos a la una de la madrugada. Podía oír bombardeos y proyectiles por todas partes. A las cuatro fui corriendo a la habitación de mi madre y me escondí debajo de la cama, porque las bombas caían muy cerca. Mi padre miraba por la ventana y contó veinte tanques alrededor de nuestra casa. Entraron en el casco antiguo de Belén y se acercaron a la Iglesia de la Natividad. Mi padre tiene una tienda allí. Desde la semana pasada no se nos permite andar por la calle o mirar por la ventana. No vemos la luz del día, hemos cubierto todas las ventanas con sábanas. Es como si estuviéramos enterrados.

Nuestra casa tiene dos plantas, una para nosotros y la otra para mi tío y sus tres hijos pequeños. Estamos todo el día en su casa, porque es más segura. Yo no me muevo, sólo veo la televisión. Belén es una ciudad realmente pequeña donde conviven musulmanes y cristianos, y conocemos a todo el mundo. Conocíamos a Omar Salahat, al que mataron cerca de la iglesia cuando fue a su restaurante, que está cerca de la tienda de mi padre. (Van a matar todo lo que se mueva, incluso a los gatos.) Los israelíes han entrado en muchas tiendas. El amigo de mi tío tiene una joyería; le robaron 10 kilos de oro.

11 de abril de 2002

Hoy ha sido el peor día. No por lo que está pasando en Belén (ya estamos acostumbrados a ello). Tanques por todas partes, no puedo dormir, no puedo estudiar. Me he pasado todo el día llorando por lo que ha pasado en otros lugares, especialmente en Jenin. Cientos de personas muertas. Muchas de ellas yacen en las calles durante tres o cuatro días, nadie puede enterrarlas. No permiten que la televisión se acerque.

Ahora puedo oír los tanques cerca de mi habitación. Se ha convertido en algo normal. No tengo miedo. Me despierto con el ruido de las balas y me voy a dormir con el ruido de las balas. No tuve miedo cuando hace dos días salí a comprar pan con mi primo de cuatro años. Los tanques de la calle empezaron a disparar. Hace dos días mataron a un hombre en la calle mientras les llevaba comida a sus hijos. Salió durante el toque de queda porque su familia no tenía comida.

La situación en la iglesia sigue siendo la misma. Llamé al padre Rafael. Es uno de los sacerdotes de la iglesia. Me dijo que llevaban seis días sin comer. No puedo escribirlo todo porque soy incapaz de traducir mis sentimientos a palabras normales. En este mundo, la verdad está

enterrada. Cuando dices la verdad, sus tanques te aplastan y te matan.

12 de abril de 2002

Ahora estoy en el jardín, porque nos permiten salir durante dos horas. Veo cómo la gente va corriendo a los mercados y a las tiendas para comprar leche y pan. Hay algunos niños jugando y otros hablando entre ellos. Hace cinco minutos el tanque que hay cerca de nuestra casa empezó a disparar al aire cuando todos estábamos fuera. Gracias a Dios que no ocurrió nada y nadie resultó herido. Luego dos tanques se nos acercaron. Todos se metieron en casa, pero yo me quedé en la calle. Hace dos días enterraron a un musulmán en la iglesia. No había ningún sitio para enterrarlo. Conozco a tantas personas que están allí encerradas, y ahora ya llevan una semana sin comer.

Todo ha cambiado en mi pequeña ciudad. Las calles han sufrido daños, los coches están destrozados. Incluso los árboles se han llevado su parte. Belén ya no es Belén. Ahora es un desierto, y la destrucción está por todas partes. No tenemos la esperanza de poder vivir en paz. Ahora ya no existe ninguna diferencia entre la vida y la muerte. Yo prefiero morir, así no tendré que ver los horrendos crímenes que se cometen contra mi pueblo. Quizá estaremos más seguros en el otro mundo, junto a Dios. Mi primo me preguntó: «¿Por qué no podemos jugar y divertirnos como los demás niños del mundo? ¿Qué hemos hecho para sufrir así?». Yo me reí y le dije que ser palestino es un crimen.

15 de abril de 2002

Me levanté a las diez para prepararme para ir a comprar comida con mi tío. Los soldados israelíes permitían salir de diez a dos. De camino al mercado vi a mi querida Belén en ruinas. Lo peor de todo es la basura que hay por las calles y que envenena el aire y crea un ambiente malsano.

Hoy han entrado en un edificio en Doha, una zona cercana al campo de refugiados de Dheisheh, cerca de nuestra casa. Ordenaron a las mujeres y a los niños que salieran y luego cogieron a todos los hombres, los metieron en vehículos blindados y se los llevaron. Ahora las mujeres y los niños están en la calle, los niños duermen en el suelo. Los soldados israelíes dicen que en el edificio se escondían algunos hombres armados. Cuando lo bombardearon, mataron a una mujer que no pudo salir corriendo. Su bebé de seis meses sufrió lesiones.

Ahora son las doce de la noche. No puedo dormir porque los soldados están planeando hacer algo terrible con los hombres encerrados en la Iglesia de la Natividad.

Primero un soldado que hablaba muy bien el árabe empezó a amenazarlos con un megáfono: «A los que están en la Iglesia de la Natividad, asumid vuestro destino, salid y no se os hará ningún daño, estaréis seguros». Se pasó una hora repitiendo esto. Nuestra casa queda lejos de la iglesia pero lo oíamos perfectamente. Después pusieron una cinta con unos ruidos terribles que no puedo describir. Todavía los oigo: gente gritando, sonidos de máquinas, martillos, alarmas, ladridos de perros. Sé que esta noche no dormiremos. Me pregunto cómo se sentirán las personas que están encerradas en la iglesia. Creo que se estarán volviendo locos. Nadie puede soportar escuchar eso mucho tiempo. Los soldados quieren volverlos locos. Se pasan varias horas repitiendo esos ruidos.

Voy a rezar el rosario con mi familia. Rezamos todas las noches, le pedimos a Dios que proteja a los que están en la iglesia, musulmanes y cristianos, porque son inocentes. No puedo continuar... Oigo las bombas, quizá han empezado a bombardear el edificio. Ahora nos vamos a esconder a algún lugar porque están bombardeando muy cerca de nuestra casa y es peligroso... Siempre le ruego a Dios: nuestro caso es claro como el sol pero nadie en el mundo quiere mirarlo y ver la verdad. Así que, Dios, sólo te ruego que no dejes que el mal nos destruya. Sólo te ruego que estés con nosotros y que nos protejas y nos devuelvas la vida normal de la que gozan tantos otros seres humanos. ¿Es mucho pedir? Sólo queremos vivir.

16 de abril de 2002

Hoy ha sido uno de los peores días. Me desperté el ruido de las balas que disparaban los tanques en nuestra calle. La calle estaba vacía, pero disparaban sin otro objetivo que aterrorizar a la gente. Estudié un poco. Luego fui a ver las últimas noticias en la televisión. Me puse muy triste al oír que habían arrestado a Marwan Barghouti. Es un hombre decente que tiene fe en nuestra causa y que siempre ha abogado por la paz y las negociaciones con el bando israelí. Ahora sabe Dios lo que harán con él. No es culpable de nada que no sea amar a Palestina.

Por la tarde mi tío quería salir un rato al jardín, que está detrás de nuestra casa y queda lejos de la calle principal. Salió con su

Zlata Filipovic y Melanie Challenger son las compiladoras del libro **Voces robadas. Una selección de los diarios de guerra de niños y adolescentes** (2007). Este libro recoge testimonios de niños y niñas y adolescentes que padecieron el trauma y el horror de la guerra, desde la primera guerra mundial hasta la guerra de Irak. El relato de Mary Masrieh Hazboun que incluimos en esta ocasión fue extraído de esta compilación.

mujer y sus tres hijos, y mi hermano pequeño también fue con ellos. Mi madre rezaba en mi habitación mientras yo estudiaba. Bajé a la planta de abajo para estudiar fuera y divertirme un poco. Cuando iba a salir, mi tío me gritó que no me moviera porque un tanque pasaba por nuestra calle. Podía oírlo claramente. Luego la voz de mi tío desapareció. Quise mirar por la puerta para asegurarme de que estaba bien. Al abrir la puerta, me

palestinos en las negociaciones de Powell con Sharon y Arafat era que se terminaran las masacres en Jenin y Nablús. Tuve un shock cuando le oí decir a Powell que Arafat le había decepcionado. ¿Qué es esto? Volvió a América culpando a Arafat. ¿Lo culpa de que los soldados israelíes maten a su gente? En lugar de culpar a Sharon, culpa al hombre que está prisionero en Ramallah. No hay palabras que puedan expresar lo que siento ante esta injusticia. ¿Están ciegos o se hacen los ciegos?

Hay gente atrapada debajo de sus casas destruidas, gritando y pidiendo ayuda. La UNRWA fue incapaz de rescatarlos porque los soldados israelíes no les dejaban entrar. Los han dejado ahí; nadie sabe cuántos son. Los doctores dicen que en Jenin hay un olor muy fuerte, un olor de cadáveres, algunos de los cuales todavía no han sido encontrados.

Hoy he llamado al padre Amjad a la Iglesia de la Natividad para averiguar cómo está la gente. Estaba desesperado. Se pasan toda la noche despiertos y duermen un poco por la mañana. No hay comida. Sólo beben agua con sal. Los ruidos de fuera les ponen muy nerviosos. Algunos se ponen a dar patadas en el suelo y a gritar.

Estoy desesperada. Nuestros niños inocentes no conocen el significado de la felicidad. Sólo conocen la muerte, la guerra, los tanques, el miedo y el sufrimiento. Cuánto lo siento por mi pueblo, por mi amado país. Ahora que Powell se ha ido, hemos perdido la esperanza de que alguien haga algo. Sólo esperamos que Dios haga un milagro y ponga fin a nuestro sufrimiento.

19 de abril de 2002

Aquí estamos: otro día de muerte y destrucción. Más personas muertas, más sufrimiento. Esto ya forma parte de nuestros días y de nuestras vidas. La muerte está muy cerca de nosotros y a cada minuto cualquiera podría estar muerto. Ayer a las siete de la tarde estaba mirando la televisión con mis hermanos, cuando de repente una tremenda explosión hizo temblar nuestra casa. Mi madre nos dijo que nos echásemos al suelo y tuviésemos cuidado. Los tanques estaban enfrente de nuestra casa y empezaron a disparar a todas partes. Luego otra explosión tremenda. Todo estaba oscuro y no podíamos ver nada ni movernos ni escondernos en un lugar seguro. Después de una hora de miedo, los tanques se fueron y descubrimos que los soldados israelíes sospechaban que un coche de nuestra calle estaba lleno de explosivos, pero el coche era el de nuestros vecinos. Las dos grandes explosiones eran de un avión que bombardeó el coche. Los disparos no tenían otro objetivo que hacer que nosotros y otros civiles temblásemos de miedo y dolor.

Hoy me he despertado a las nueve, sumida en la desesperación. Me gustaría dormir durante mucho tiempo para no ver cómo cada día matan a gente inocente. Le he pedido a mi madre que no me diga nada si entran en la iglesia y sucede una masacre, porque no quiero más dolor, más lágrimas ni más sufrimiento.

Hoy he visto en la televisión a un niño herido como consecuencia de una explosión en Gaza. Tenía el cuerpo lleno de heridas y gritaba de dolor.

Por la tarde hemos bajado a casa de mi tío, y el vecino nos dijo que tuviéramos cuidado. Los soldados estaban en nuestra zona e iban a entrar en las casas y arrestar a los hombres. Mi hermano tenía mucho miedo. Tiene quince años y es muy alto, con lo que podrían pensar que es lo suficientemente mayor para arrestarlo. Entraron en un gran edificio de apartamentos que hay cerca de casa, registraron todos los apartamentos y se marcharon sin entrar en nuestra casa. Arrestaron a mucha gente de Belén, pero gracias a Dios no han entrado en nuestra casa..., todavía.

NO IMPORTA LO QUE OCURRA

PALESTINA NO MORIRÁ

20 de abril de 2002

Nada nuevo: más matanzas, más sufrimiento.

21 de abril de 2002

Estoy muy apenada porque cada domingo vamos a la iglesia, pero hoy no podemos y tenemos que rezar en casa.

22 de abril de 2002

Esta mañana me he despertado a las nueve al oír a mi madre hablando en voz alta con los soldados. Fui a verla y me dijo que tenemos que bajar. Bajamos y vi cerca de veinte soldados en la puerta, uno entró en casa y nos dijo que teníamos que quedarnos en una habitación. Ordenaron a mi hermano y a mi tío que les guiaran por las habitaciones.

Lo registraron todo, vaciaron todos los armarios, todos los cajones, todo. Nos dejaron toda la casa desordenada, lo dejaron todo patas arriba y no quedó nada en su sitio. Estuvieron dos horas en casa. Había uno fuera, cuatro con mi hermano en la planta de arriba, cuatro con mi tío en su casa y cuatro más en la casa de mi abuela. Un soldado entró en la habitación en la que estábamos y nos dijo: «Por favor, no os preocupéis y no os mováis de aquí».

Al cabo de un rato se marcharon, pero todavía están en la zona. Gracias a Dios que no se llevaron a nadie. Creí que se pondrían a romperlo y a destrozarlo todo, pero no eran gente mala de verdad. Creo que depende de quién viva en la casa. En algunas casas han hecho grandes destrozos, pero en otras no estropean nada. Lo importante es que no se llevaron a nadie. Ahora son las doce. Han dado permiso para salir de las dos a las seis, así que vamos a comprar comida.

2 de mayo de 2002

Como de costumbre me he levantado a las doce, porque ayer nos quedamos hasta tarde viendo la televisión. Por la tarde oí algunos ruidos, ruidos de disparos. Estábamos decepcionados porque la reunión entre los israelíes y la Autoridad Palestina sobre el caso de la iglesia no llegó



dispararon una lluvia de balas. Salí corriendo tan rápido como pude y me escondí detrás de un gran armario de la casa de mi tío. Oía que mis primos y mi hermano gritaban, pero no podía hacer nada. Creía que quizá morirían. Al cabo de dos minutos pude moverme, y mi tío vino corriendo, estaba pálido. Los niños no podían moverse de miedo, así que los abrazaba con fuerza. Mi madre estaba escondida detrás del escritorio de mi habitación. Pudo oír las balas golpeando la puerta de mi balcón. Al cabo de un rato salí al balcón y encontramos un montón de balas. Fue el peor momento de mi vida. La muerte estuvo muy cerca. Es realmente aterrador. Saben que somos civiles, pero no quieren ver nada que se mueva.

A las siete en punto los soldados empezaron a disparar contra la iglesia desde todos los lados. Dos habitaciones de los sacerdotes quedaron calcinadas. Desde dentro de la iglesia no dispararon. Rompieron las ventanas. Dos hombres resultaron heridos. Continuaron disparando y bombardeando durante cuarenta minutos. Yo me puse a llorar. ¿Dónde están los cristianos con fe y dignidad? Mi iglesia se ha convertido en una zona de guerra. Deseo que alguna vez pueda volver a rezar en ella. A toda la gente que vive en paz y felicidad en sus países independientes voy a decirles estas palabras: cuando comáis, recordad que cientos de niños mueren de hambre sólo porque son palestinos. Cuando bebáis agua, recordad que cientos de niños beben agua sucia del suelo porque son palestinos. Cuando vayáis a dormir recordad que hay cientos de niños sin hogar que duermen al raso sólo porque son palestinos.

17 de abril de 2002

Hoy ha sido un poco más tranquilo. Han entrado en Belén unos tanques nuevos con unas ametralladoras que no había visto nunca. La única esperanza que tenían los

a ningún resultado. Esto deja la situación tal como está, o incluso puede empeorarla. Amenazan con entrar en la iglesia uno de estos días. Mataron a uno de los hombre que están encerrados en la iglesia e hirieron a otro. No disponen de primeros auxilios ni de medicamentos. Algunos de nuestros familiares llamaron a papá y le pidieron comida. Son una familia numerosa, pero no pueden salir a

comprar nada. Pidieron ayuda a mi padre. Estudié un poco pero no demasiado, la situación no lo permite.

3 de mayo de 2002

Como de costumbre, los tanques merodean nuestra casa todo el día. El ejército israelí dio permiso a los civiles de

BeitJala y Beit Sahour para salir y comprar comida. Cuando se enteraron, mis primos y hermanos se pusieron a bailar de contentos. Es la mejor noticia de estos días. Podemos ver la luz del sol. Mi padre quiere ir a revisar su tienda, que está cerca de la iglesia. Vamos a ir con él en el coche. Espero que no pase nada.

26 de mayo de 2002

Hoy se han ido de Belén los tanques que llegaron ayer. No entiendo a qué vinieron, no han conseguido ningún logro real. Este mes decidí no seguir escribiendo porque es inútil explicar la situación de Palestina cuando nadie se preocupa por ella. Lo que de verdad me dolió fue cuando los luchadores fueros trasladados a varios países. El corazón se me iba a partir de rabia, de tristeza e indignación ante aquella injusticia. Estos hombres, que todo el mundo cree que son terroristas, son los hombres más leales de Palestina. Cuando Israel nos golpeaba, ellos defendían nuestra tierra y le hacían saber a Israel que Palestina no está vacía, como ellos querían, sino que está llena de palestinos que no tienen miedo de las armas israelíes. Todos los hogares palestinos estaban tristes. Tuve una sensación nefasta cuando vi que el autobús partía de la Iglesia de la Natividad y desaparecía.

Yo soy cristiana y estaba preocupada por todas las mentiras e historias falsas que la prensa contaba acerca de lo que estaba ocurriendo dentro de la iglesia. Fui allí para verlo con mis propios ojos. Ya no había mantas, tazas ni platos. La relación entre aquellos hombres y los sacerdotes había sido muy buena. Los sacerdotes les daban de su propia comida. En Belén lo consideramos normal, porque eran hombres de Belén. Todo el mundo los conoce, vivimos juntos, los vemos cuando vamos a la escuela o al casco antiguo. No son lo que el mundo y la prensa dicen.

Si Israel cree que la Intifada va a terminar de este modo, van dados. Si los israelíes quieren terminar con la Intifada, tendrán que matar a todos y cada uno de los hombres, mujeres, niños y niñas palestinos,

porque ninguno de nosotros va a vivir feliz si no conseguimos nuestra libertad. Sharon, puedes preguntarte por qué, con todo lo que has hecho, no has logrado parar la Intifada. La respuesta es que esta Intifada es una revolución justa y que debemos continuar y continuaremos. Y creo que los palestinos que han sido trasladados volverán algún día haciendo ondear la bandera de Palestina. Felices, los recibiremos cantando y bailando, y la esperanza retornará a nuestras almas.

Ayer fui a la iglesia para rezar. El padre Ibrahim expresó sus sentimientos de rabia y tristeza y dijo: «Incluso nosotros estábamos en peligro y cualquiera podía morir, pero yo me preocupaba por estos hombres tanto como por los otros sacerdotes. Estar con ellos en la iglesia era mejor que verlos salir de Belén sin justicia ni piedad. Cuando los conocí, vi que eran personas muy buenas, y ellos respetaron la iglesia. Rezo por que estén sanos y salvos y por que vuelvan algún día a su país».

Verano de 2002

Este verano ha sido muy especial e importante para mí. Después de un año de estudiar para el *Tawjihi* saqué una matrícula de honor, 97 puntos sobre 100. Me han ofrecido varias becas para ir a estudiar al extranjero, por ejemplo a Italia y Jordania. Pero he decidido matricularme en la Universidad de Belén y estudiar periodismo. Estoy muy orgullosa de haber obtenido esta nota tan alta durante la guerra. Diversas organizaciones e institutos pedagógicos de Belén me han felicitado por haber sacado una matrícula de honor este año, sobre todo porque los exámenes del *Tawjihi* son muy duros y la situación no era lo bastante estable como para estudiar en condiciones. Muchos estudiantes se rindieron, incapaces de estudiar en circunstancias tan aterradoras. En cuanto a mí, sinceramente no estudié sólo para sacar buena nota. Aunque todo lo que me ocurrió durante la Intifada desalentó mucho, no perdí la motivación para lograr algo tierra y mi gente. Durante el toque de queda me decía a mí misma: «Los soldados israelíes están acabando con la vida de palestinos inocentes, están robando mi tierra y mis derechos. Sin embargo, no voy a rendirme y a dejarles vencer, no voy a perder la esperanza ni el sentido de mi vida... Si están robando la voz de mi nación, yo debo ser su voz. Quiero estudiar y sacar la nota más alta... Pueden impedirme salir y comprar pero no van a impedir que estudie... Quiero ser una periodista de éxito, trabajar de firme para cumplir mi sueño». Así pues, ésta fue la razón por la que estudié día y noche, durante los bombardeos y los disparos. Incluso cuando no había electricidad, yo encendía una vela y estudiaba toda la noche. Durante ese tiempo lo más difícil y peligroso era cuando los estudiantes tenían que salir para ir a sus escuelas a hacer los exámenes. Se sabía que cuando había toque de queda nadie podía salir. Así que nos quedábamos día y noche delante de la pantalla de la televisión esperando a que dieran alguna noticia sobre el toque de queda. Si anunciaban que al día siguiente

levantarían el toque de queda durante un par de horas, el ministro de Educación decía que el examen se haría durante esas horas. Los estudiantes se preparaban e iban a hacer el examen. Lo más difícil era cuando los soldados israelíes anunciaban que no habría toque de queda y luego cambiaban de opinión y sí lo había. Así, tras noches sin dormir y estudiando para un examen muy largo y muy difícil, debíamos esperar al siguiente anuncio, que podía llegar mañana o a la semana siguiente. Sólo Dios lo sabía...

1 de noviembre de 2004

Estoy empezando otra vez mi diario... Desde el 20 de junio, el día de mi cumpleaños, dejé de escribirlo. Es el mismo día en que llegué a Estados Unidos para empezar una nueva vida y olvidar toda mi vida anterior en mi querido país, Palestina. Para el mundo todavía no es un país, pero para mí es un país en el que tenemos el derecho de vivir. Tengo veinte años, pero siento que soy mucho mayor por todo lo que he visto en mi vida. He vivido toda mi vida en Belén -ser cristiana no era ningún problema allí-. Allí hay muchos cristianos que viven con musulmanes, y todos vivimos juntos como una gran familia. Durante la ocupación yo sufría por ver cómo mataban sin ningún motivo a personas y a niños inocentes. Los últimos tres años fueron los peores que hemos pasado en Cisjordania. Todas las noches nos íbamos a dormir oyendo bombardeos y proyectiles por todas partes. Siempre había toque de queda: los soldados israelíes de los tanques no dejaban que nadie saliera a la calle. Estábamos dos semanas sin comida..., entonces nos daban una hora para comprar comida y luego volvía a haber toque de queda.

Un día salí al jardín para buscar a mi primo pequeño, y por casualidad vi un gran tanque acercándose a nuestra casa. Me asusté mucho, porque si veían algo que se movía empezarían a disparar inmediatamente. En ese momento oí disparos y creí que me iba a morir. Gracias a Dios la bala entró por la puerta y no me alcanzó. El 28 de junio era el día de nuestra partida. íbamos a abandonar Belén y a despedimos de mi querida casa, universidad, amigos, tierra, árboles, amor y recuerdos... Empecé a contar los días que faltaban para que llegase ese día, y les decía a mis amigos: «Dentro de noventa días me marcharé de mi querida Belén». Ellos se reían de mí y me decían que todavía faltaba mucho; para mí faltaba muy poco... Cada noche me iba a dormir con lágrimas en los ojos y dolor en el corazón. Es extraño, ¿verdad? Vivir una vida difícil y amarla... Quiero ayudarte a entender mis sentimientos... Siento que Palestina es mi madre y que está enferma, sufre y siente un fuerte dolor, pero nunca pensaré en abandonarla, antes moriría que abandonarla. Tengo recuerdos tristes de la ocupación, pero también tengo recuerdos muy gratos, de momentos pasados con mis amigos, de mi universidad, y, como soy cantante, tengo muchos recuerdos bonitos de cuando daba conciertos en las iglesias, en mi universidad y en otras ciudades de Palestina. Quien no lo haya vivido no puede comprender el dolor de la ocupación. Nunca dejé de escribir en mi diario hasta que llegué a Estados Unidos.

Se me partió el corazón y sentía que



mi vida había terminado. No queríamos venir; mi madre no quería vivir aquí, ni mis hermanos, pero mi padre insistió en que aquí tendríamos un futuro mejor. Yo no quiero un futuro mejor, yo quiero tener una vida normal con mi gente... Hoy es el primer día en que he retornado mi diario. Cuatro meses de estrés, lágrimas y desesperación que me hicieron perder el sentido de mi vida. Venir de una tierra olvidada al país más poderoso del mundo.

12 de noviembre de 2004

Cada día que pasa, mi vida en Estados Unidos tiene menos sentido: eso se debe a la falta de esperanza y al hecho de estar lejos de mi Palestina. Lo he perdido todo, dejé mi universidad sin siquiera licenciarme, todavía me faltan dos años para terminar. Mi carrera como cantante, que comenzó hace mucho tiempo pero se hizo más seria cuando empecé a estudiar en la Universidad de Belén, se ha visto truncada. Lo que yo canto es algo único. Yo no canto canciones normales y corrientes, yo canto las canciones nacionales de mi país, canciones sobre la libertad, la justicia, la paz... Me acuerdo de cuando estaba en el escenario y todos los estudiantes cantaban conmigo, nunca he experimentado nada igual. También participé en conciertos en otras ciudades, como Jerusalén, Ramallah y Hebrón.

Cuando empecé, siempre cantaba las canciones de Marcel Khalife. Es un cantante y compositor libanés que vive en Francia y su popularidad le ha llevado a dar conciertos en muchos países del mundo. Lo que hace especial a Marcel es que no es un simple cantante. Él usa su música y su fantástica voz para hablar por todos aquellos a quienes les han robado la voz.

Nunca pensé que llegaría a conocer a mi héroe hasta hoy, cuando mi tío ha venido y me ha dicho: «Eh, Mary, a que no lo adivinas... Marcel Khalife va a venir a Chicago... El 14 de noviembre va a dar un concierto».

POSFACIO

Mary sigue viviendo en Chicago. Se licenció en el Harper College de la Northwestern University (Illinois) en 2006. Desea realizar estudios de posgrado de periodismo; quiere trabajar en televisión. El canto sigue siendo una parte importante de su vida. Quiere que su diario esté dedicado a «mi padre espiritual, Marcel Khalife».

Notas

1 - Ciudad pequeña con mayoría palestina situado en el norte de Cisjordania. La ONU estableció aquí un campo de refugiados en 1953 para los refugiados de la guerra árabe-israelí de 1948. Jenin ha sido el escenario de muchos conflictos entre israelíes y palestinos, y en esta ciudad comenzó oficialmente la segunda Intifada.

2 - Líder palestino al que los israelíes capturaron y juzgaron al acusarlo de ser el responsable de asesinatos masivos.

3 - Una de las ciudades más importantes del norte de Palestina, y anterior centro de la Intifada

4 - La UNRWA (United Nations Relief and Works Agency for Palestine Refugees in the Near East) es la Agencia de la ONU para la Ayuda de los Refugiados Palestinos. Ofrece educación, ayuda sanitaria, servicios sociales y ayuda de emergencias a más de cuatro millones de refugiados palestinos.

5 - Dos ciudades cercanas a Belén.

6 - El Tawjihí son los exámenes finales que tienen que pasar los estudiantes de secundaria de Palestina para graduarse.



John Steinbeck (1902.1968) es uno de los más grandes escritores norteamericanos de todos los tiempos. Ganador del Premio Nobel de Literatura en 1962, lo distingue de otros autores contemporáneos el componente social de su novelística y el profundo recelo por el "sueño americano". De su amplia obra pueden destacarse especialmente novelas como *Las uvas de la ira*, *Al este del Edén*, *La perla* y *La fuerza bruta*. Durante la segunda guerra mundial fue corresponsal del *New York Herald Tribune*. Producto de este trabajo, en 1958, publicó *Hubo una vez una guerra*, del cual hemos extraído el presente artículo.

entendernos, *Hildegarde*.

Lili Marlene es un tema de más sencillez. Su primera estrofa dice: "En la plaza de las barracas, bajo los faroles, solía encontrarme con Marlene, joven y bella". Así de sencilla es. Luego sigue contando que Marlene va conociendo a más y más gente hasta, finalmente, darse de boca con un brigadier, su máxima aspiración. Toda la canción destila un divertido cinismo.

Lala grabó un disco, pero *Lili Marlene* no parecía destinada a ser popular. Una noche, sin embargo, la estación de radio alemana de Belgrado, debido a los destrozos ocasionados por un bombardeo, andaba escasa de discos para su emisión para las fuerzas de Rommel en África. Entre los no dañados, estaba el grabado por Lala Anderson... A la mañana siguiente, todos los soldados de las fuerzas de Rommel tarareaban *Lili Marlene*. E incluso pidieron a la emisora que la pusiera de nuevo. Hasta Berlín llegó la noticia de la popularidad alcanzada por la canción en África, y madame Goering, ilusionada, hasta entonces sólo con la ópera, cantó *Lili Marlene* a un selecto grupo de nazis, si existe tal cosa. La canción se hizo popularísima, y llegó a ser casi obligada en todas las emisiones de radio alemana. Hasta que el propio Goering pareció enloquecer a causa de ella. Entonces, sin más, se sugirió que la canción fuera

Esta es la historia de una canción titulada *Lili Marlene*. Fue escrita en Alemania, en 1938, por Norbert Schultze y Hans Leit. Dos docenas de editores la rechazaron. Pero finalmente, interpretada por la cantante sueca Lala Anderson, su éxito ha sido formidable. Lala Anderson, de voz ronca, pertenece al tipo de mujeres que podríamos llamar, para

Lili Marlene

John Steinbeck

algo así como asesinada. Pero Lala Anderson ya era conocida como «La Novia de los Soldados». Pese a su ronca voz. Era una chica a la que todos deseaban conocer.

Lili era un problema sólo para Alemania. Pero ha ocurrido que los numerosos prisioneros hechos por el Octavo Ejército británico la han cantado tanto en presencia de ellos que *Lili Marlene*, como antes de los alemanes, se ha apoderado ya de los soldados de aquí, australianos incluidos, quienes han ideado, sobre la misma música, multitud de nuevas letras. Ahora, el mando no sabe si permitir la canción, aun considerando que el hecho de que sea una canción acerca de una muchacha alemana no demasiado virtuosa no hace sino ensalzar más todavía lo nuestro. A nuestros compatriotas no se les oye cantarla. Pero es seguro que si se decidieran a hacerlo no encontrarían la oposición de nadie. Y los británicos del Octavo ejército dicen que consideran a *Lili Marlene* como prisionera de guerra. Últimamente, se han tenido noticias según las cuales el ejército norteamericano en África está empezando a cantarla. La Oficina de Información de Guerra ha decidido, al parecer, crear una letra contra los alemanes, conservando intacta la melodía. Si, de tal modo, resulta o no, es cosa que ya se verá. De momento, puede decirse que *Lili Marlene* es internacional. Y que a nadie habría de extrañar el verla aparecer por los barracones, joven, bella e inconsistente.

No cabe hacer otra cosa que autorizar la canción. Las canciones de guerra no tienen por qué ser exclusivamente temas de guerra. Giran todas sobre los motivos más diversos. *Madelon* y *Tipperay*, por ejemplo, las famosísimas tonadas de la anterior guerra, no tenían nada que ver con ella. *Walzing Matilda* la maravillosa canción australiana tan en boga, narra el robo de unas ovejas. Se espera que algunos grupos estadounidenses ataquen a *Lili Marlene*; primero, por tratarse de una canción del enemigo; segundo, por no ser, en realidad, excesivamente buena. Tales ataques, caso de producirse, no tendrían el mínimo efecto: *Lili* es ya inmortal. Su simple deseo de hallar por sí a un brigadier no es rigurosamente una aspiración alemana. La política podrá cerrar los caminos, aislar pueblos enteros... Pero las canciones saben saltar por encima de las fronteras.

Sería gracioso que, después de tanto alboroto, *Lili Marlene* resultara ser la única contribución de los nazis al mundo.

Tim O'Brien

Enemigos

Una mañana de fines de julio, mientras patrullábamos por los alrededores de la pista de aterrizaje de Caimán, Lee Strunk y Dave Jensen empezaron a pelearse a puñetazos. Era por algo estúpido —la desaparición de una navaja—, pero aun así luchaban con ferocidad. Durante un cierto tiempo hubo una toma y daca, pero Dave Jensen era mucho más corpulento y más fuerte, y pronto pasó un brazo alrededor del cuello de Strunk y le obligó a doblegarse sin parar de golpearle en la nariz. Le pegaba fuerte. Y no se detuvo. La nariz de Strunk emitió un brusco chasquido seco, como un cohete, pero incluso entonces Jensen siguió golpeándole, una y otra vez, con rápidos puñetazos rígidos y certeros. Tuvimos que ser tres los que los separaran. Cuando terminó, tuvieron que trasladar a Strunk en helicóptero a la retaguardia, donde le arreglaron la nariz y dos días después se reunió con nosotros llevando una férula y montones de gasa.

En otras circunstancias, aquello podría haber terminado allí. Pero estábamos en Vietnam, donde los hombres llevaban armas, y Dave Jensen empezó a preocuparse. Pero el problema estaba sólo en su cabeza. No hubo amenazas, ni promesas de venganza, solo una tensión silenciosa entre ellos que hacía que Jensen tomara precauciones especiales. Cuando iba de patrulla tenía el cuidado de fijarse bien por dónde andaba Strunk. Cavaba su pozo de tirador en el extremo más alejado del recinto defensivo; mantenía la espalda cubierta; evitaba situaciones que pudieran dejarlos a los dos a solas. Poco a poco, después de una semana así, la tirantez empezó a crear problemas. Jensen no podía relajarse. Era como combatir en dos guerras distintas, decía. No había terreno seguro: enemigos en todas partes. Ni frente ni retaguardia. Por la noche le costaba dormir porque sentía temor; siempre estaba en guardia: oía ruidos extraños en la oscuridad, imaginaba que una granada rodaba dentro de su pozo de tirador o que la punta de un cuchillo le hacía cosquillas en la oreja. La distinción entre buenos y malos desapareció para él. Incluso en momentos de seguridad relativa, mientras los demás nos lo tomábamos con calma, Jensen se quedaba sentado con la espalda contra un muro de piedra y el arma cruzada sobre sus rodillas, vigilando a Lee Strunk con ojos rápidos, nerviosos. Por último llegó al punto en que perdió el control. Algo debió de reventar. Una tarde empezó a disparar su arma al aire, aullando el nombre de Strunk, y siguió disparando y aullando hasta que vació el cargador. Estábamos todos pegados al suelo. Nadie tenía el valor de acercarse a él. Jensen empezó a recargar, pero entonces, de pronto, se dejó caer sentado y se agarró la cabeza con las manos y no se movió. Durante dos o tres horas se quedó, sencillamente, sentado.

Pero eso no fue lo más extraño.

Porque más tarde, esa misma noche, pidió prestada una pistola, la cogió por el cañón y la usó como martillo para romperse la nariz.

Después cruzó la posición hasta el pozo de tirador de Lee Strunk. Le mostró lo que se había hecho y le preguntó si estaban en paz.

Strunk asintió y dijo que estaban en paz.

Pero por la mañana Lee Strunk no paraba de reírse.

— ¡Ese chico está loco! —decía—. ¡Yo le robé la jodida navaja!

Amigos

Dave Jensen y Lee Strunk no se hicieron amigos al instante, pero aprendieron a confiar el uno en el otro. Al mes siguiente, a menudo iban juntos a las emboscadas. Se cubrían entre sí en las patrullas, compartían un pozo de tirador, se turnaban para hacer guardia de noche. A fines de agosto hicieron el pacto de que si uno de los dos resultaba gravemente herido —como para tener que ir en sillas de rueda—, el otro, automáticamente, se encargaría de liquidarlo. Por lo que vi, hablaban en serio. Lo dejaron escrito en un papel, que firmaron junto con un par de compañeros a los que pidieron que hicieran de testigos. Y entonces, en octubre, Lee Strunk pisó una granada de mortero enterrada como si fuera una mina. Le arrancó la pierna derecha hasta la rodilla. Logró dar un medio pasito, como un salto, la mar de curioso, y después se inclinó de lado y cayó: "Oh, maldición", dijo. Siguió diciéndolo un rato; "Maldición, oh, maldición", como si hubiera tropezado. Después le invadió el pánico. Trató de levantarse y correr, pero no le quedaba nada con que correr. Cayó en seco. El muñón de su pierna derecha se contraía convulsivo. Había astillas de hueso, y la sangre brotaba en rápidos chorros como el agua de una bomba. Strunk parecía atontado. Bajó la mano, como para darse masaje en la pierna que ya no tenía, y se desmayó, y la Rata Kiley le hizo un torniquete y le administró morfina y plasma.

No quedaba mucho que hacer, salvo esperar el helicóptero. Después de establecer una zona de aterrizaje, Dave Jensen se acercó y se arrodilló junto a Strunk. El muñón había dejadote contraerse. Durante cierto tiempo hubo dudas acerca de si Strunk seguía vivo, pero al fin abrió los ojos y los alzó hacia Dave Jensen.

— ¿Dios mío! —gimió, y trató de alejarse desliziándose y dijo:— ¡Por Dios chico, no me mates! Tranquilo— dijo Jensen.

Lee Strunk parecía mareado confundido. Se quedó quieto un instante y después hizo un gesto hacia la pierna:

— En realidad, no es muy grave. No es el fin. ¡Eh, *en serio*... pueden volver a cosérmela.... *en serio!*

Es cierto. Me juego algo a que pueden.

— ¿Lo crees?

Por supuesto que sí.

Strunk frunció el entrecejo hacia el cielo. Volvió a desmayarse, después despertó y dijo:

— ¡No me mates!

No lo haré— dijo Jensen.

Hablo *en serio*.

Por supuesto.

Pero tienes que prometerlo. Júramelo: jura que no me matarás.

Jensen asintió y dijo:

— Lo juro. —Y un momento después llevamos a Strunk al helicóptero.

Jensen tendió la mano y le tocó la pierna buena:— Vete tranquilo— dijo.

Más tarde nos enteramos de que Strunk murió en algún sitio sobre Chu Lai, lo que pareció aliviar a Dave Jensen de un peso enorme.



Tim O'Brien nació en Worthington, Minnesota. Combatió en Vietnam desde 1969 a 1970. Trabajó como periodista en *The Washington Post* y, en 1979, recibió el National Book Award por su novela *Going After Cacciato*. Las cosas que llevaban los hombres que lucharon, del cual tomamos estos dos breves relatos, es uno de los testimonios más crudos y desgarradores de la guerra de Vietnam, narrado por un integrante de las fuerzas de ocupación. Su tono directo y autobiográfico resulta ser un implacable espejo de quienes padecieron, desde el frente, la derrota en esa guerra. Le mereció el premio a la Mejor Novela extranjera publicada en Francia en 1993.



Las fotos publicadas en Territorio de Lectura son de la autoría de Andrei Friedmann; (Budapest, 1913-Thai Binh, Vietnam, 1954) Fotógrafo y corresponsal de guerra húngaro. Exiliado de Hungría en 1931 por su relación con grupos de tendencia izquierdista, estudió periodismo en Alemania y trabajó para la agencia Dephot. En 1936, junto con su compañera Gerda Taro, inventó la figura de Robert Capa. En 1954 decidió cubrir la guerra de Indochina, que luchaba por independizarse de Francia. Este mismo año murió destrozado por la explosión de una mina que pisó inadvertidamente.

El diario de Jasmina

Jasmina Tesanovic



(Fragmentos)

20 de abril, 1998

Esta mañana no conseguí comprar leche; fue así que se inició la guerra hace seis años, con la falta de leche, un símbolo de maternidad. El mensaje es claro: muerte a los niños.

5 de mayo, 1998

¿Me estaré volviendo loca? En mis sueños escucho voces, dicen sí, dicen no, a la paz, a la guerra. Escucho las noticias en televisión como si fueran voces en mi cabeza, en mis sueños. A veces dicen sí y a veces dicen no. A la guerra, a la paz. Hay gente vagando o es mi mente la que vaga. La verdad es fácil: deténganse. No importa lo que estén haciendo: paren. Paren y ni siquiera piensen, quédense quietos, inmóviles por un momento y todo volverá a su lugar, como era antes, como debiera ser.

9 de mayo, 1998

Hoy la comunidad internacional impuso un nuevo paquete de sanciones contra Yugoslavia, un nuevo paso dado en el camino que conduce al total aislamiento.

Estuve en el mercado, la gente hablaba de otras cosas, de precios, de inflación. Pero la manera como evitaban "Su Nombre", ese agujero en el medio de sus frases, el impronunciable nombre de nuestro dictador, delataba que sí saben. Los individuos no son estúpidos: los pueblos son estúpidos. Cada individuo lleva un universo en potencia dentro de sí. Todos nacen iguales y completos. El curso de la vida hace que algunos desarrollen al máximo sus potencialidades —cuerpos perfectos, mentes perfectas— y otros no. Algunos no desarrollan nada, a otros los matan justo cuando estaban acercándose a la perfección. Yo veo en todos la perfección, una perfección potencial a la que apelo cuando les hablo.

Hoy la esposa del presidente inauguró un hospital maternal en Novi Sad. El poder político ocupó el lugar por un lapso de dos horas desplazando al personal médico y hospitalario y paralizando toda la actividad. Pero no existe ningún poder en el mundo capaz de parar los nacimientos. Hay una urgencia de vida en las criaturas que pugnan por ser y sobrevivir que ningún

poder político puede detener. Después sí, después sí son capaces de transformar esas vidas maravillosas en existencias miserables y sin futuro.

11 de mayo, 1998

Soñé que mi hija era un bebé, un bebé sonriente. Soñé que soñaba y que vivía un mundo mejor. Desprovisto del dolor de despertar de una realidad hostil cada mañana. Desde hace algunos años, ni siquiera sé con certeza cuántos, despierto con un agujero en mi estómago: es hambre, hambre de felicidad, de emociones, de amor y esperanza, hambre de cosas simples y banales como pan fresco, música ligera, lo que sea. Ese agujero no se cierra aunque tome, aunque fume o coma. En mi interior algo me dice que he dejado de amar y ser amada, que sólo representamos los gestos del amor. No sé desde cuándo ocurre. Quiero morir y acabar con todo salvo con mis sueños. Desearía vivir sólo en sueños. Me siento cansada, envejecida y culpable de todas las cosas que me han sucedido a mí y a otros en esta tierra, en esta ciudad. Debí haberlo previsto, debí crearme otra vida posible, una vida paralela que no tuviera este callejón sin salida. Es verdad que supe cómo eran las cosas, pero no fui capaz de hacerle caso a esa verdad que sentía en mi interior. Regresé al país que habla mi lengua, a la tierra de mis abuelos, esperando que mis sueños se convirtiesen en realidad. Pero al volverse realidad mi sueños fueron mi maldición. Éste es un país para exiliarse. Nadie que haya nacido aquí podrá cumplir sus sueños en esta tierra. Sólo es posible cumplir los sueños si uno se va, y entonces podrá soñar con el regreso. Mis sueños siempre me engañaron, nunca me llevaron a la meta. El fin está en blanco y tan vacío como el agujero de mi estómago. Escribo este diario en inglés, un idioma extranjero. No es el idioma de mi intimidad, ni de mi amor: con

El miedo me hace temblar pero mi sueño es tranquilo, duermo con los ojos entreabiertos aunque cegados al mundo. Estoy indefensa, pequeña, bordeando la muerte. Pero cuando avanza la ansiedad, busco defenderme, quiero matar antes que me maten.

él intento poner distancia y cordura, usarlo como un medio para recuperar la normalidad. Hace algunas horas que me liberé de mi país, de mi idioma, de mis sueños. Soy libre, puedo irme. Pero ¿adónde?

14 de mayo, 1998

Desde la crisis que sufrí hace dos meses siento que no tengo un hogar. Es el mismo sentimiento que tuve en Viena cuando era una refugiada y habitaba un precioso apartamento sobre el parque

Jasmina Tesanovic nació en Belgrado en 1954. Antes de convertirse en escritora fue cineasta. Fue asistente del director Milos Jancso en la película *Vicios privados y públicas virtudes*. Escribió guiones y realizó películas conceptuales para la televisión de Belgrado.

Ha participado de forma activa en el movimiento feminista. En 1978 organizó la primera Conferencia Feminista del Este Europeo y en 1994 fundó la primera editorial de mujeres en Serbia.

Entre sus obras figuran: *El libro invisible* (1992), *Exiliada* (1994), *El libro de una mujer* (1996), entre otros.

El diario de Jasmina, es un testimonio personal y político de los acontecimientos ocurridos en Serbia desde marzo de 1998 hasta junio de 1999, donde se firma el tratado de paz. El libro documenta el clima de guerra en Kosovo, el avance del fascismo en estado serbio, la vida bajo los bombardeos de la OTAN hasta el advenimiento de una paz

Prater. Me la pasaba fregando el piso, cambiando los muebles, tratando de crear un hogar, un ambiente cálido y seguro. Ahora, desde el día que entré en crisis, mi propio apartamento en Belgrado se ha vuelto un lugar peligroso para mi salud mental. No me animo a quedarme sola en el apartamento que yo misma compré y amueblé, y amé, uno de los más lindos de Belgrado. Me gustaría mudarme y tomar el apartamento de otra y la ropa de otra, y adoptar su identidad, quizás sus hijos y su marido. Claro que fue un sueño. Pensé en tirar mi sillón favorito en el que he pasado horas y horas leyendo los libros que más amo. No lo hice, porque entre tanto me di cuenta de que había perdido mi patria y eso es lo que me produce este sentimiento de orfandad que me enajena de mi hogar. Cada día lucho contra este sentimiento de soledad, de peligro, de depresión y falta de alegría. A veces pienso que me estoy muriendo pero alejo pronto ese pensamiento porque sé que es la verdad: siempre está uno muriéndose, pero ahora me estoy muriendo de tristeza. Eso es lo novedoso. La falta de hogar, de patria, de amor, de protección, de seguridad y de esperanza y futuro me está matando. Ya ni siquiera me quedan energías para huir como hice una vez para volver convertida en traidora junto a aquellos a quienes había abandonado para que luchasen por mi hogar y mi patria. Ahora me estoy muriendo, me están matando suave y duramente. Un poco de felicidad tal vez me salvaría, si es que no es demasiado tarde, como los tratados que no llegan sino después de la devastación de la guerra. Sea lo que fuere que le está sucediendo a mi hogar y a mi patria, ya ha sido demasiado para mí.

16 de mayo, 1998

Cuando duermo se alternan el miedo y la ansiedad, van y vienen como las dos caras d un mismo dolor. El miedo me hace temblar

pero mi sueño es tranquilo, duermo con los ojos entreabiertos aunque cegados al mundo. Estoy indefensa, pequeña, bordeando la muerte. Pero cuando avanza la ansiedad, busco defenderme, quiero matar antes que me maten. No encuentro otra manera de desahogarme de esa

Están matando a los jóvenes y ellos lo saben pero no pueden evitarlo, son muchachitos recién salidos de la escuela que están cumpliendo el deber tradicional de servir al Estado, a cualquier Estado, como siempre en la historia.

dolorosa energía que se concentra en mi vientre y me tortura. Mi ansiedad y mi miedo son instintivos, mi vientre domina mi mente. Tal vez porque soy una mujer, tal vez porque soy moderna, descreo del intelecto, creo en el vientre y en su dolor. Mi mente puede imponerse a mi vientre, pero al verdadero peligro sólo mi vientre puede detectar.

¿Qué están haciendo de nosotros? Nos internamos en el largo túnel del fascismo, un calabozo de vida santificada sin vida. Lo vi en España, en Italia; es el rostro doméstico del fascismo, el del vecino bruto que golpea a su mujer porque lo desobedeció y orina borracho en las escaleras. El rostro de un hombre grande y ridículo que es peligroso porque no conoce cuáles son sus límites. El rostro de un Estado/ Padre que comete incesto con sus hijos/ ciudadanos. El rostro de un Estado patriarcal, una farsa pater/ padre en un Estado farsesco. Está podrido y apesta: pero estarán limpias las casas, impecables las sábanas, donde la gente hace el amor o sufre, cocina sus pasteles o se muere de hambre, toma *rakija* o veneno. No se preocupen, la gente no cambia, sobrevivirán. Al menos algunos. Para el Padre/ Estado el número cuenta menos que la obediencia, la

belleza menos que la obediencia, la felicidad menos que la obediencia. ¿Está contento nuestro Padre/ Estado? Con nosotros sí, nunca consigo mismo. Él siempre puede ser mejor, como un padre todopoderoso, como un Estado todopoderoso.

De pronto, el miedo y la ansiedad cambian abruptamente, sus lugares dentro de mi mente perturbada. Dejo de temer por las enfermedades, los problemas económicos, los golpes de mala suerte. Temo por mi salud mental que es precaria, dócil y se refleja en la cara de mis compatriotas que preocupados por su mala dentadura y su sexo insatisfecho no tienen tiempo de pensar. Mi inteligencia ha sido mi bendición y mi condena. Algunos escritores apostaron todo a la literatura, al talento, por eso yo no me considero una verdadera escritora aunque mi mundo es la literatura. Pero es mi mente la que nadie puede quitarme: conozco todos los números, todos los colores, todos los perfumes, las verdades y las mentiras. Desde que era una niña mala que sabía demasiado oculté mi inteligencia a los otros. Pero si mi mente se hace pedazos, se fragmenta, estaré acabada. Mi verdad interior se desmoronará y con ella, el mundo entero se derrumbará.

3 de junio, 1998

Hace pocos días mataron a un soldado joven que hacía su entrenamiento regular en Kosovo cerca de la frontera con Albania. La última carta que escribió a sus padres salió publicada ayer en el periódico. Parecía sincera, cruel y verdadera. Así era su vida en ese momento. Ninguna literatura ni ninguna política es capaz de expresar una idea como él lo hizo, ninguna decisión puede ser más justa que la que pedía: "Nada más deténganse, todos los que creen que están haciendo algún bien, paren esto". Están matando a los jóvenes y ellos lo saben pero no pueden evitarlo, son muchachitos recién salidos de la escuela que están cumpliendo el deber tradicional

de servir al Estado, a cualquier Estado, como siempre en la historia. Puedo imaginar a los padres de ese chico, yo pude ser su madre. Puedo imaginar todos los pensamientos posibles: desde "en qué me equivoqué" hasta "murió como un héroe".

Hace algunos años me encontré en el ascensor de mi edificio con la madre de un soldado muerto a los 19 años. Era un punk, usaba un arete y ponía la música a todo volumen. Era mi vecino. Me puse a llorar en el ascensor, no sabía qué decir y si lo sabía, el peso de la emoción no me permitió articular ni una palabra. Su madre me abrazó y me besó en ambas mejillas. Dijo: "Ya está, ya está, era un chico valiente y murió por su país". Quise gritar: usted está loca, sabe que no es verdad, lo asesinaron los que nos están despojando de todo: nuestras vidas, nuestros valores, nuestros bienes, nuestros hijos... Pero entonces vi su cara: ella lo sabía. Pero sabía más. Ya era demasiado tarde para hablar de una situación, concreta, sólo los conceptos abstractos pueden explicar un hecho histórico como un soldado muerto en la guerra. Pudo haberlo impedido antes, pero entonces no era su vida, era la de él. Su ruego mudo era: no lo diga, no me quite su muerte. La muerte se lo llevó a él, ahora lo único que me acompañará en la vida es su muerte, no me la quite. Madres, pensé, madres, traidoras a las naciones, traidoras de sus hombres, sosteniendo la vida y la muerte. Patriarcado y política, pensé, crean una sociedad en que las madres actúan como bufones: dicen la verdad pero el mundo ignora esa verdad. Las mujeres podemos cruzar los campos de batalla y atravesar los territorios en guerra tomando vino con los soldados, hablando de la vida y la comida. Algunos creen que esto es un privilegio, yo digo que es un callejón sin salida. La madre cerró suavemente la puerta del ascensor. La música de su hijo ya no volvería a molestarme. Al morir, dejé silencio. Muy pronto me mudé; el insoportable silencio en nuestro piso me recordaba mi soledad interior. No pude aguantarlo.



Nueva novela francesa

COLUMNISTAS

Las tendencias globales delimitan los caminos centrales de la cultura en general y la lectura no está fuera de esa regla. Este espacio será utilizado para detenerse un poco y mirar hacia los costados, hacer una pausa y transitar otros caminos, otras sensibilidades.

Actualmente hay una corriente lectora hacia la novela de misterio relacionado con el trío: conspiración, poder y secreto religioso, instaurada por el éxito de "El código Da Vinci" de Dan Brown y una pléyade de novelas que sigue esa fórmula. Otra corriente de lectura, situada en un registro muy diferente y que también está siendo muy buscada, es la novela de origen asiático basada en historias reales, que nos muestra una forma de vivir y de entender el mundo: "Cometas en el cielo" de Khaled Hosseini o "Quien quiere ser millonario" de Vikas Swarup, empujada esta última por el triunfo de su versión filmica a cargo de Danny Boyle, son dos claros ejemplos.

Nosotros proponemos mirar hacia Europa, y la "Nueva Guardia Francesa", un ejemplo de transformación editorial que goza de buena salud, sin dejar de lado que la literatura de Francia históricamente ha acompañado nuestra cultura al punto de modelarla. Autores como Proust, Camus, Malraux, Baudelaire y Céline por mencionar solo algunos de los más representativos, forman parte de esta columna vertebral literaria.

Sin darle un orden específico, tan solo recordando la manera en que los conocimos, así vamos a presentar estos nuevos autores y sus principales obras.

Algo importante: todos son ampliamente reconocidos en su país y en otras partes del mundo. Tampoco son solo autores jóvenes algunos pasan los cincuenta años, incluso el ganador del Premio Nobel 2008, casi un desconocido en nuestro medio, ronda los setenta años de edad.

Autores y obras:

Michel Houellebecq – Poeta, ensayista y novelista, entre sus obras más destacadas encontramos: "Las partículas elementales", "Ampliación del campo de batalla" y "Plataforma" todas disponibles aquí a través del sello español Anagrama.

Amélie Nothomb – Una de las escritoras más leídas de Francia en los últimos tiempos, portadora de una rebeldía, mordacidad y una original percepción de la realidad. De sus varios trabajos publicados resaltamos: "Metafísica de los tubos", "Estupor y temblores", "Acido sulfúrico" también disponibles por sello editorial Anagrama y su nuevo libro "Brillante como una cacerola" distribuido por la editorial Alfaguara.

Faïza Guène – Joven autora, con una sola novela en su haber "Mañana será otro día", un debut más que destacado. Provocadora y premonitoria de los disturbios estudiantiles ocurridos en Francia en estos últimos tiempos.

Una escritura llena de frescura, imaginación y talento. Disponible en nuestra plaza a través del sello español Salamandra.

Muriel Barbery – Profesora de filosofía, fue la sorpresa literaria con su primera novela "Una golosina" y su segunda obra "La elegancia del erizo", la consagra. Una sátira social y una reflexión sobre el sentido de la vida.

Muriel lleva vendidos en Francia más de medio millón de copias y se está terminando de rodar un film basado en su libro.

Laurent Gaudé – primero escribió para teatro su primera obra "Combats de poseedes" y luego se pasó a la novela con gran éxito. Se destacan "El legado del rey Tsongor" y "El sol de los scorta", premio Goncourt. Disponibles en nuestro medio por el sello editorial Salamandra.

Jonathan Littell – Escritor francés de origen estadounidense, saltó a la fama con su opera prima "Las Benevolas", maravillosa novela varias veces comparada con "La guerra y la paz" de Tolstoi. Se encuentra disponible en librerías a través del sello RBA de España.

Philippe Claudel - Profesor de literatura y guionista de cine y televisión. Sus principales obras son una investigación de los claroscuros del alma humana sustentada con una escritura virtuosa y deslumbrante. Se destacan ampliamente de su producción "Almas grises", "La nieta del Sr.Linh" y su más reciente trabajo "El informe Brodeck", todos disponibles en nuestra plaza por el sello Salamandra.

Jean-Marie-Gustave Le Clézio - Ganador del Premio Nobel de Literatura del año pasado, escritor con una amplia obra, le ofrece al lector una visión de las llamadas "otras" culturas. Recomendamos algunas de sus obras que se pueden encontrar en nuestro medio a través del sello editorial Tusquets de España y del Argentino Cuenco de Plata. "El Africano", "Urania", "La música del hambre" y "Desierto"

Por último, terminando éste breve recorrido, también se pueden tener en cuenta (aunque no han arribado a nuestro mercado de momento) autores como Marc Lévy con "Ojalá fuera cierto", "Volver a verte" o "Los amigos" y Ana Gavalda "Juntos, nada más", Marie Darrieussecq y Daniel Penac, son otros autores a tener en cuenta de los que también podemos encontrar algunos de sus muy interesantes libros por aquí en Anagrama o Península.

Para profundizar:

- Lista completa de libros publicados en Francia:
- www.electre.com
- Blog especializado: passouline.blog.lemonde.fr
- Biblioteca Nacional de Francia (BNF): www.bnf.fr
- Asociación Internacional de Librerías Francófonas:
- www.librairesfrancophones.org

Agradecimientos:

PocitosLibros agradece el material para éstas recomendaciones a Nadia Khouri-Dagher y a Label France.

Existo...luego capaz que pienso

Walter Bordoní

wbordoní@latierradividida.com

Se ha puesto sumamente de moda manejar el concepto antropológico que afirma que "todo es cultura". Vale decir, por ejemplo, que tomar mate de la manera en que lo tomamos los uruguayos forma parte de nuestra cultura. Lo mismo se puede afirmar respecto a la receta de las tortas fritas, el particular acento de los niños cantores de la lotería o el grito "pasando al fondo que hay lugar" de los guardas de ómnibus.

Seguramente hasta acá todos estaremos de acuerdo.

Ahora bien, da la sensación en cambio que si de lo que se trata es de pensar y definir un plan o una política cultural, la cosa ya es más discutible y esa afirmación tan generalizada puede servir tanto para un barrido como para un fregado.

Me permito formular algunas preguntas:

¿Todo, absolutamente todo, es cultura? Decir que "todo es cultura", ¿no es casi lo mismo que decir "nada es cultura"?

La cultura en general y el arte en particular, existen, de por sí, y entre otras cosas porque los creadores, en forma increíblemente testaruda, hacen su labor a como dé lugar, sin que nadie se los ordene y sin esperar absolutamente nada a cambio. ¿Eso da piedra libre a los actores políticos y al estado para desentenderse de la cuestión, dejando que las distintas propuestas se vayan acomodando como los viejos zapallos en el carro?

¿Alcanza, como consuelo, decir y demostrar que se ha multiplicado la inversión en educación y cultura?

¿Está primero el huevo (poner la plata) o la gallina (pensar antes de ponerla)?

Cuando se trata de los dineros y la infraestructura del estado, ¿quién tiene que decidir que se apoya y que no?. ¿O nadie tiene que hacerlo?. ¿Se puede apoyar y fomentar las propuestas por orden de llegada?. ¿La eventual decisión debe quedar librada a la ley de oferta y demanda?

¿Hay que darle a la gente lo que quiere la gente? Si la gente pide basura, ¿a hay que darle basura (como dijo hace años el gerente de un canal privado de televisión)?

Puntualmente (disculpe el lector pero hay gotas que derramaron mi humilde vaso), ¿es lógico y esperable que el Ministerio de Educación y Cultura apoye y financie, por ejemplo, un evento dedicado a difundir la cumbia villera? ¿Aunque en las letras de ese género abundan la apología al chorreo, el consumo y venta de pasta base y el destrato más absoluto hacia la mujer? (no exagero, revise usted las letras de Pibes Chorros o Supermerk2 y después me cuenta). ¿No se está borrando con el codo lo que se escribe con la mano a través del formidablemente democrático e igualador Plan Ceibal?

Si un grupo de skin heads neo nazis pide apoyo estatal, ¿obtendrán también una respuesta afirmativa?. ¿Podrán hacer un ciclo presentando videos en los que se patean sudacas en Madrid o se prende fuego a un bichicome en el Parque Batlle?. Sonará absurdo, pero esa es "su" cultura. Y también tiene sus adeptos, aquí y en el resto del mundo.

Aclaro. Es público y notorio para qué lado pateo políticamente hablando. No me interesa por tanto poner palos en ninguna rueda ni darle pasto a las fieras (frase favorita de la cultura de izquierda). Sé además que se ha hecho un enorme esfuerzo económico aumentando el presupuesto para cultura. Sé que el Ministerio de Educación y Cultura tiene una estructura del tamaño de un mastodonte y unos cometidos tan disímiles que poco ayudan a un accionar más efectivo.

Pero sé también que con el advenimiento del gobierno del Frente en 2005, se habló de la Asamblea Nacional de la Cultura. De Asambleas Departamentales. Y de Asambleas Sectoriales. Se habló de pensar y elaborar un Plan para la Cultura con participación de todos los involucrados: estado, artistas, comunicadores, etc.

Casi todo aquello quedó en nada: solo aquel enunciado de buenas intenciones. Para ser franco, me parece que no solo no se dio participación ni se discutió ni se pensó sino que tampoco parece haber un rumbo. Ni mayor preocupación por encontrarlo.

¿O serán cosas mías?.

**“Un escritor es lo que escribe y lo que lee,
pero también es lo que reflexiona
sobre su trabajo”**

Entrevista a Carlos Liscano

Sergio Requel

Nos conocimos en abril o mayo del 2002. Preparábamos, por aquellos días, un ejemplar de *EL SUR TAMBIÉN INSISTE* dedicado a escritores de la generación del 60. Poco antes había leído con mucho interés *Camino a itaca*, una novela que, considero, no tiene aún el lugar que se merece en las letras uruguayas. Recuerdo haber leído de golpe, desde ese momento, casi toda su obra —o lo que todavía me faltaba— en medio de la vorágine que implica el armado de una revista. A su vez, me propuse entrevistarle, en paralelo a la preparación del número. Aún no tenía claro si sería la entrevista central, aunque claramente Liscano no pertenecía al grupo de escritores mencionados; tampoco descartábamos dedicarle, en la siguiente edición, un mayor espacio, el que su obra merecía.

La entrevista se concertó sin demoras ni obstáculos. Dedicamos la tarde a dialogar, en ocasiones —las menos— con el grabador prendido: de la literatura saltábamos a la política o de sus años en la cárcel a las noches blancas de ese norte tan inasible para mí, pasando por su niñez en La Teja y su militancia en la Columna 15 del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, hasta llegar a los autores que marcarían su incursión en la literatura. No faltaron nombres comunes en nuestras vidas, gustos compartidos, personas que aún se quieren, incluso diferencias poco traumáticas.

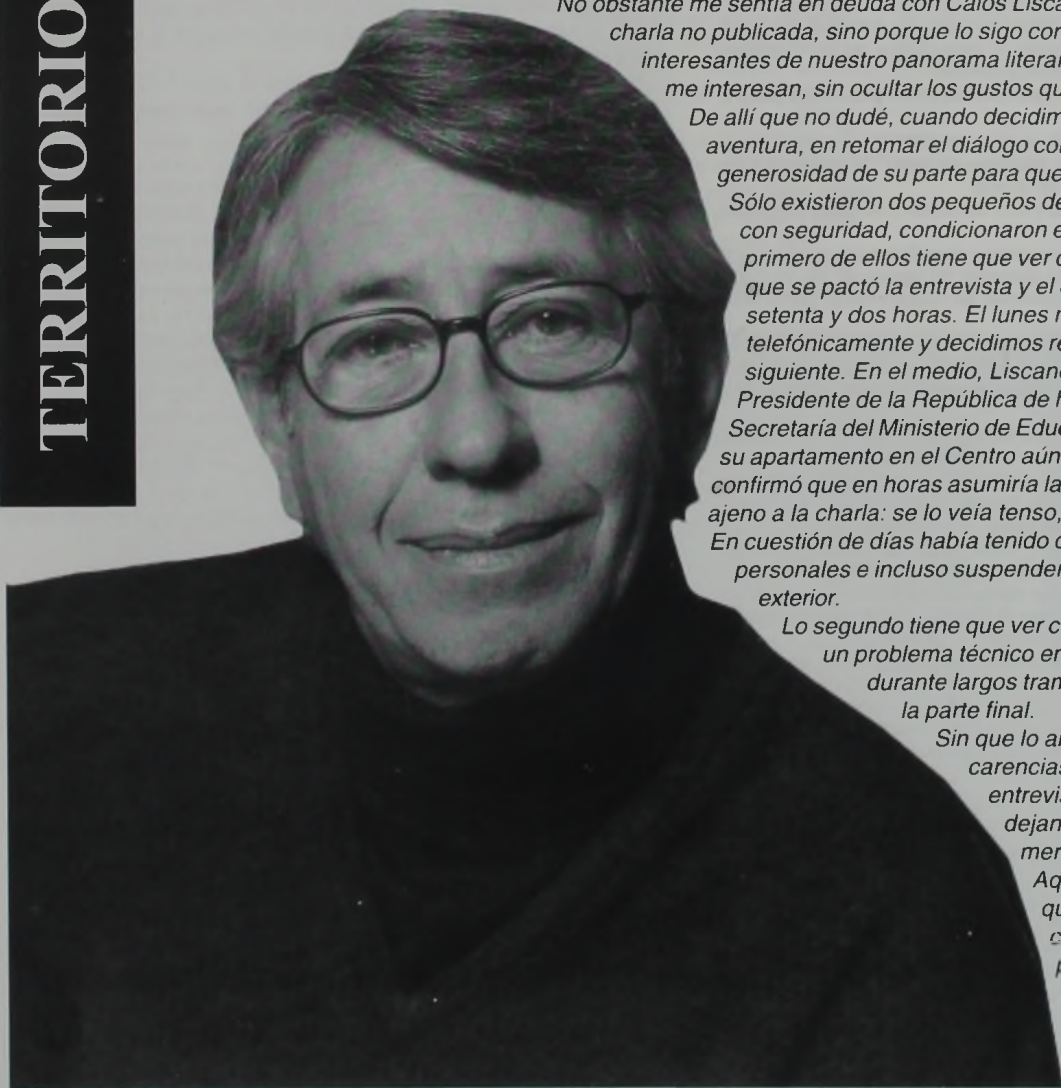
Las vueltas de la vida quisieron que aquel diálogo de hace siete años permanezca inédito hasta la fecha, no por voluntad de ambas partes, sino porque la revista dejó de salir.

No obstante me sentía en deuda con Carlos Liscano. No tanto por el detalle de una charla no publicada, sino porque lo sigo considerando una de las voces más interesantes de nuestro panorama literario. O al menos de las que más me interesan, sin ocultar los gustos que existen y son válidos expresar. De allí que no dudé, cuando decidimos comenzar esta nueva aventura, en retomar el diálogo con él. Y nuevamente encontré la generosidad de su parte para que sucediera.

Sólo existieron dos pequeños detalles —distintos entre sí—, que con seguridad, condicionaron el resultado de la presente nota. El primero de ellos tiene que ver con algo surgido entre el momento que se pactó la entrevista y el día que se realizó. Sólo pasaron setenta y dos horas. El lunes nos comunicamos telefónicamente y decidimos realizar la entrevista el jueves siguiente. En el medio, Liscano recibió el ofrecimiento del Presidente de la República de hacerse cargo de la Subsecretaría del Ministerio de Educación y Cultura. Cuando llegué a su apartamento en el Centro aún no era pública la noticia pero me confirmó que en horas asumiría la responsabilidad. Esto no quedó ajeno a la charla: se lo veía tenso, ansioso, como es comprensible. En cuestión de días había tenido que modificar proyectos personales e incluso suspender actividades previstas en el exterior.

Lo segundo tiene que ver con inconvenientes de entre casa: un problema técnico en la grabación de la entrevista que durante largos tramos se hace inaudible, en especial la parte final.

Sin que lo anterior implique justificar las carencias del diálogo —de las cuales el entrevistado es inocente por cierto— no dejan de ser detalles significativos que merecían poner sobre aviso al lector. Aquí, entonces, parte de la charla que mantuvimos, la cual comenzó casi sin aviso, como una prolongación del diálogo que manteníamos con el grabador apagado.



Es inevitable empezar por preguntarte si estás escribiendo algo en estos momentos.

Hasta hace dos días estaba preparando la publicación de algo así como los *Relatos Completos*, porque el próximo año hace treinta que empecé a escribir, y como casi no hay libros míos en las librerías me propuse hacer eso. Por lo tanto debo organizar todo lo que hay en libros, también inéditos, etc. Me había propuesto terminarlo el fin de semana pero ahora sé que no voy a tenerlo pronto con esta noticia de la designación al MEC.

Recién me decías que recordás la fecha en que empezaste a escribir...

Fijate que yo soy un caso atípico —y con esto no quiero hacerme el diferente—. Empecé a escribir en la cárcel y fue el 1º de febrero de 1981. Muy pocos escritores recuerdan qué día comenzaron. Yo sí. Fue una decisión que tomé en aquel momento pues estaba muy cansado, débil, castigado. Por lo tanto después que pude descansar un poco tomé la decisión de comenzar a escribir.

¿Y por qué o por dónde empezaste? ¿Un cuento, una novela?

Comencé a escribir una novela. Yo había estudiado matemáticas dentro de la cárcel porque necesitaba una disciplina para la cabeza. Así que estuve escribiéndola durante seis meses. Pero era eso, un ejercicio para mantener mi cabeza trabajando y organizada. Y como esos seis meses fueron muy estimulantes, en 1982 yo mismo me declaré escritor, así porque sí nomás. Luego continué, con las dificultades propias de la situación en la que me encontraba, con la falta de estímulos obvios de estar en una cárcel: la falta de una biblioteca, de conversaciones estimulantes, del contacto con gente del oficio o críticos. Bueno, nada de eso había: en esas circunstancias era yo y mi cabeza.

Estamos hablando de *La mansión del tirano* supongo...

Sí aunque luego me la requisan, lo que para mí fue una catástrofe. Ahora estoy en trámite, desde hace unos meses, para que me devuelvan los papeles: ante el Ministerio de Defensa, el Archivo General de la Nación, el Presidente de la República. Volviendo a lo anterior, cuando salgo en el año 85 yo sabía que iba a ser escritor. Era una especie de fe laica, sabía que me dedicaría a escribir. Y eso fue lo que hice al sacar los papeles de la cárcel. Entre otras cosas también, reescribir *La mansión del tirano*. Cuando me fui del país seguí escribiendo y fue donde desarrollé mi obra. Porque fijate que yo escribí mi obra en la cárcel y en Suecia: es decir, empecé a ser escritor en la cárcel y terminé de formarme en Suecia. Creo que después no he agregado nada nuevo a mi trabajo. Paradójicamente uno de los actos de mayor libertad que he tenido en mi vida ha sido escribir. Ocurrió en el lugar menos apropiado para eso. Yo soy escritor, así me siento. No soy otra cosa, no tengo otra profesión, otra visión del mundo, no soy un intelectual. Me siento escritor, un hombre que cuando puede escribe. Y esa cosa me pasó en la cárcel.

Recuerdo que te entrevisté hace unos años y me dijiste que no sabías si seguirías escribiendo...

Todos los años me digo que no voy a escribir más. En treinta años hay mucho trabajo y quizás también cosas excesivas que uno ha escrito. A lo largo de este tiempo escribí casi treinta libros, entre poesía, relatos, novelas, cuentos, lo que es una barbaridad. Y estoy un poco cansado. La publicación de estos *Relatos* el año que viene es un pretexto para no escribir.

Digamos que en los últimos tiempos te has dedicado a una reflexión más profunda sobre la escritura...

Yo creo que un escritor es lo que escribe y lo que lee, pero también es lo que

reflexiona sobre su trabajo. Y esa reflexión a mí me ha ocupado gran parte de mi tiempo en los últimos treinta años. Y a veces he hecho alguna cosa como *El lenguaje de la soledad* o *El escritor y el otro*, que intuyo es a los trabajos que te referís. Desde hace unos años yo no hablo de literatura porque no creo que haya hecho mucha literatura...

Supongo que estás asociando el término a la ficción lisa y llana...

Por ejemplo, desde hace quince años yo no escribo ficción. Y no es porque no quiera sino porque no puedo. Son libros mentirosos los que he publicado después, no son literatura, son otra cosa. Y como la reflexión va lenta, me he dado cuenta que aparte de la dificultad que tengo para escribir no me interesa. Me da una enorme pereza inventar un personaje y hacerle recaer a él mis propias reflexiones. Entonces me hago cargo yo de las mismas y no se las atribuyo al personaje o a la voz de un narrador. Vuelvo a la cárcel: creo que lo que allí sucedió era el intento de un muchacho de treinta años por su propia individuación, cosa que —lo aprendí no hace mucho— no todos los seres humanos lo logran a lo largo de una vida. A mí para lo que me sirvió fue para ser yo, para ser un individuo, para hacerme preguntas y buscar respuestas. Y las respuestas siempre serán provisionarias, momentáneas, mientras las preguntas siempre se reiteran. Uno no avanza nunca, sólo traslada las preguntas para un poco más adelante.

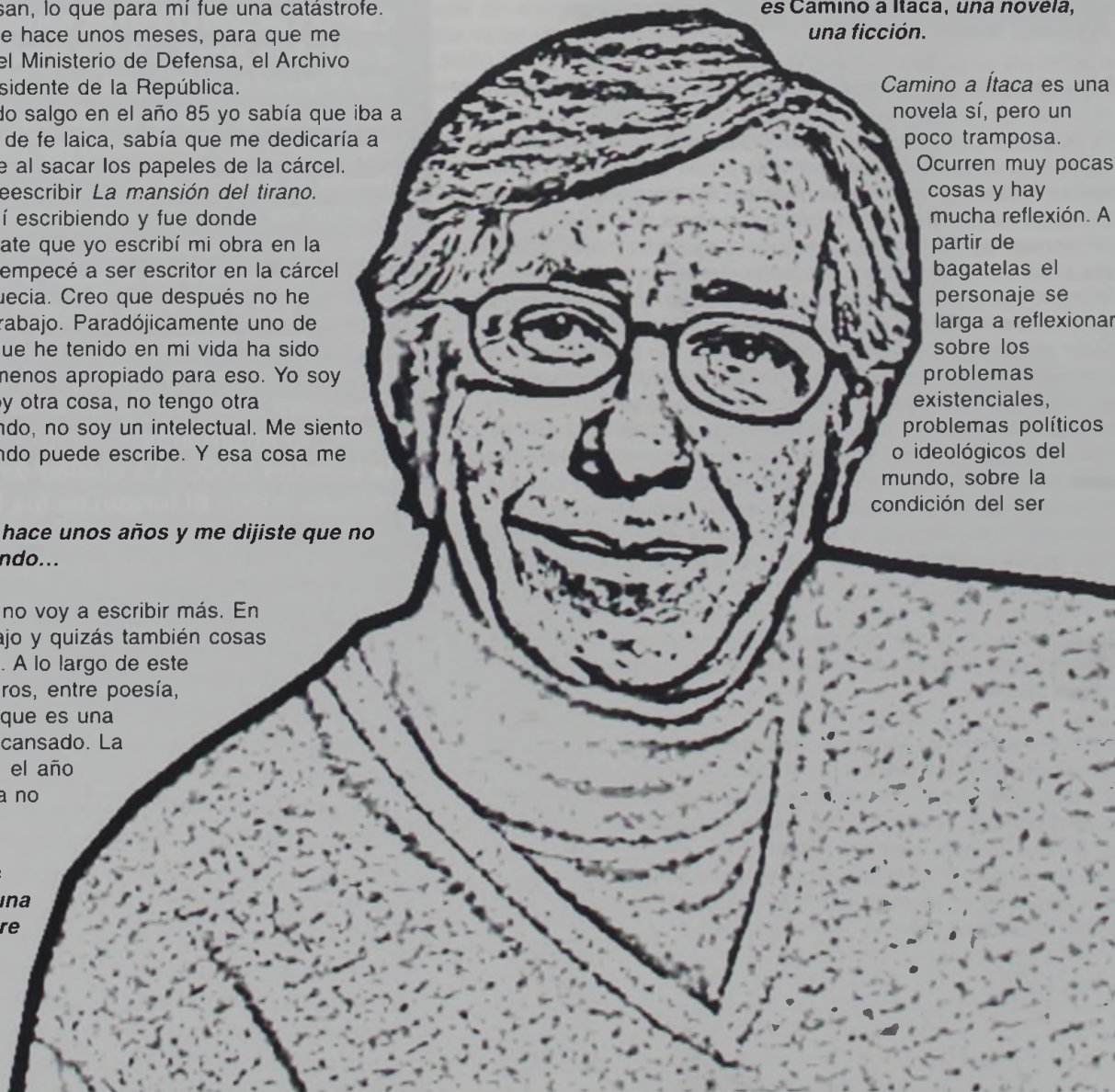
Sigo pensando, a pesar de lo que me planteás, que uno de tus mejores libros para mi gusto personal es *Camino a Ítaca*, una novela, una ficción.

Camino a Ítaca es una novela sí, pero un poco tramposa.

Ocurren muy pocas cosas y hay mucha reflexión. A partir de bagatelas el personaje se larga a reflexionar sobre los problemas existenciales, problemas políticos o ideológicos del mundo, sobre la condición del ser

EL CAMINO A ÍTACA

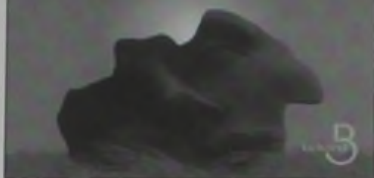
CARLOS LISCANO



Carlos Liscano

Le fourgon des fous

novel



humano en especial. Pero hechos hay muy pocos.

Para mí la escritura tiene dos vertientes. Una como pretexto para la reflexión y la creación del individuo. Y por otro lado, me interesa la escritura como creación absoluta, no basada en ningún hecho real sino llegando a un acuerdo con el lector de que eso que se narra nunca ocurrió, nunca pasará. Lo que estoy contando lo estoy inventando en este momento. Entonces el desafío es que no pueda dejar el libro y, a la vez, pueda hacerlo, transformarlo en parte de la creación.

¿No crees que exista en la narrativa actual una fuerte inflación de palabras, una especie de incontinencia verbal?

La verdad que yo no puedo hablar por un todo que desconozco. No sigo todo lo que se escribe porque tampoco me interesa hacerlo. No tengo tiempo ni ganas. Por otra parte no pertenezco a una generación en particular a cuya obra pueda atribuírsele esa definición de manera genérica. Pertenezco a un grupo de escritores -por la edad en especial- que no tenemos nada en común. Estoy hablando de media docena de tipos, no más, y no lo digo yo, lo han dicho otros. Cada uno eligió su camino y lo desarrolla. No hay influencias mutuas sino que cada uno las fue a buscar adonde quiso, adonde pudo en el pasado...

Bueno, te cambio la pregunta entonces. ¿Cuánto te interesa el tema en tu trabajo?

La lucha por la palabra es la de todo escritor. Uno pocas veces consigue decir lo que quiere sin que falte pero, sobre todo, sin que sobre. Porque a veces uno dice lo que quiere pero sobra tanto.... A mí sí me preocupa. Digamos, pretendo escribir corto. Sé que no lo consigo y eso es una ley del que escribe. El día que lo consiga no escribo más. Es más: diría que el que piense que lo consiguió es un pedante o está loco. En referencia a lo que te decía del grupo de escritores, supongo que dentro de algunos años, cuando dejemos de producir, se analizará lo que hicimos, las producciones individuales de cada uno, las influencias que eligió, etc. Por ahora convivimos sin ningún conflicto.

Hablando de influencias recuerdo algo que me dijiste en alguna ocasión: a vos no te preocupaba imitar a los maestros porque sabías que no podrías alcanzar a escribir una página como la de ellos; entonces te contentabas con plagiarlos o imitarlos.

Quizás pueda parecer exagerado, pero no tengo problemas en decir que en *Camino a Ítaca* intenté imitar a Céline y la crítica lo reconoce. Eso es importante porque no debe haber peor cosa que intentar imitar a alguien y que nadie se dé cuenta. También en algunos trabajos particulares, como un librito de relatos que escribí en la cárcel, intenté imitar a Faulkner aunque reconozco que no me salía, no me sale. Pero como ejercicio, como quien estudia piano y repite, lo dejé escrito.

Con los años, sí he leído con mucha atención y ganas, a Céline, a Buzzati, a Beckett, a Robert Musil, algo de Onetti, y algunos otros que estaban en mi biblioteca, con el transcurso del tiempo, se fueron cayendo. Pero en ellos sigo viendo, o en la mayoría, eso que te decía de la creación absoluta, algo que me interesa muchísimo en la historia misma de la literatura y que le son endógenas, podríamos decir.

Para terminar, ¿cuál es el desafío que te queda como escritor?

Ya no puedo pensar en veinte años. Como le pasa a los más viejos, uno empieza a desinteresarse por lo que pasa en el mundo. Cada vez me intereso más por las pequeñas cosas que atañen a mí mismo, a mi trabajo, a las cosas que dejé pendientes, a las cosas que sé que nunca podré hacer. Estoy en una etapa que, me guste o no, tengo que terminar mi trabajo. Como te dije antes, no puedo estar al día con lo que se produce porque no me interesa y no tengo tiempo. Para qué me voy a poner al día. Si tuviera veinte años todavía. No es desinterés, es una ley biológica: el animal llega a viejo y pierde intereses, pierde algunas ilusiones, porque tampoco da para tenerlas. Entonces yo encontré dos o tres cosas para reflexionar a lo largo de estos sesenta años. Y tengo que concentrarme en eso, porque es lo que me interesa; quiero saber hasta dónde llego con eso. Ya no puedo aspirar a escribir la gran obra latinoamericana, ni uruguaya, ni siquiera de La Teja. Lo que yo tenía para hacer ya lo hice. No va a haber ninguna sorpresa, apenas agregaré un nudito a la cosa.

No deja de ser raro lo que decís. En general un escritor dice siempre que lo mejor de su obra es lo que le queda por escribir, lo que viene.

Sí, me lo han dicho, pero yo no lo siento así. Y no es una pose. Cuando termine de escribir los relatos se terminó. Y eso no significa que no escriba nunca más. En todo caso, no tengo porqué escribir: si escribo bien y sino es lo mismo, se terminó. No tengo que cumplir conmigo mismo.

Eso me da paz. Porque voy a poder leer o releer aquello que nunca tuve tiempo, o dedicarme al trabajo manual que a mí me sigue interesando mucho.

Carlos Liscano (1949) es narrador, dramaturgo y poeta. Fue preso político durante trece años. Una vez liberado vivió en Suecia hasta 1994.

Actualmente reside en Montevideo y es Sub Secretario del Ministerio de Educación y Cultura desde el pasado año.

Dentro de su vasta obra podemos destacar: El método y otros juguetes carcelarios (cuentos, 1987), Memorias de la guerra reciente (novela, 1988), ¿Estará nomás cargada de futuro? (poesía, 1989), Agua estancada y otras historias (cuentos, 1990), La mansión del tirano (novela, 1992), El Charlatán (cuentos, 1993), El camino a Ítaca (novela, 1994), El informante (cuentos, 1997), El lenguaje de la soledad (2000), La ciudad de todos los vientos (novela, 2000), El furgón de los locos (2001, relato autobiográfico), Teatro reunido (2001), La lengua curiosa (2003) y El escritor y el otro (2007) entre otros títulos.

A pesar de los más de treinta libros publicados no es fácil encontrar trabajos suyos en las librerías de nuevos de nuestro país. El pasado año Planeta reeditó **El furgón de los locos**. De la misma editorial puede encontrarse **El escritor y el otro** aunque escasamente. A su vez, bajo el sello editorial de Ediciones del Caballo Perdido, está disponible **La lengua curiosa**, una excelente recopilación de artículos aparecidos durante algunos años en Brecha y El País Cultural.

Sin embargo, dos títulos, de los más importantes de su producción, editados por Cal y Canto, **El lenguaje de la soledad** y **El camino a Ítaca** están totalmente agotados.



El relato que se ofrece de Carlos Liscano forma parte del libro que salió a la venta el 24 de setiembre de 2009. El libro reúne historias cortas escritas por diversas personalidades del país, escritores, músicos, periodistas,

políticos que abordan desde diferentes perspectivas el tema de la impunidad. Entre otros escriben: Washington Benavides, Mario Delgado Aparain, Beatriz Flores Silva, Claudio Invernizzi, Beethoven Javier, Victoria Julien, Sylvia Lago, Carlos Liscano, Circe Maia, Ignacio Martínez, Virginia Martínez, Florencia Melgar, Raúl Olivera, Tabaré Rivero, Ariel Silva, La Teja Pride, Daniel Viglietti.

Por pedidos escribir a contacto@menisco.com.uy.

Recuerdo que en un tiempo, en la cárcel, cuando no encontraba respuestas a lo que me pasaba, tenía una frase que me permitía un descanso. Me decía a mí mismo: No te preocupes, sos como un perro. Eso me había dicho un mayor del ejército y yo le había dado la razón. Mejor dicho, yo no se la había dado. Él había encontrado una razón para mí y yo la acepté enseguida, casi con alegría. Entre no ser nada y ser un perro, más vale ser perro. Lo creo así desde la lejana tarde de otoño en que aquel señor de verde me mostró la verdad de mi vida que yo no había conseguido encontrar.

Por periodos algunos oficiales entraban en mi celda, y en la cualquiera, revisaban y tiraban al suelo todo lo que tenía. "Todo lo que tenía" parece mucho y significaba mucho para el preso, pero las propiedades del preso cabían en una bolsa mediana de plástico, como las de basura. Más el colchón, que era lo que ocupaba más espacio, y era lo más difícil de cargar cuando a uno decidían trasladarlo o cambiarlo de celda.

Como un perro

Carlos Liscano

Después de una revisión o requisita, cuando el oficial se había propuesto tirar todo lo que encontraba, el trabajo de juntar y reorganizar las cosas podía llevar horas. Ropa, papeles, los cuatro libros autorizados, hilo de coser, agujas, azúcar, todo en el suelo, amontonado, entreverado. Quizá el oficial se había llevado alguna de las propiedades del preso. Pero, igual que después de un robo, uno no descubre todo lo que le falta hasta que pasan muchos días. El oficial, además, por un gusto un poco extraño, mezclaba el azúcar con la sal. O, mejor, el azúcar con la pasta de dientes y el jabón en polvo. Yo me preguntaba, después de una requisita de este tipo, si cuando volvía a la casa le contaba a la mujer y a los hijos, o a la novia: Hoy le tiré todo a un preso, le mezclé el azúcar con la pasta de dientes, le robé un libro, le rompí un termo. Era una pregunta sin respuesta que yo me la hacía de puro curioso; de puro ocioso, diría. Me habría gustado saber, en aquel entonces, y también ahora, a la distancia, si el oficial se sentía orgulloso de su trabajo y compartía ese orgullo con la familia. Sería interesante saberlo. Uno puede sentirse orgulloso por su trabajo, tiene derecho.

Si bien el preso intentaba no enojarse por estas situaciones, se trataba de las únicas propiedades que tenía y no podía evitar reflexiones sobre estos miembros del ejército, preparados para una guerra que nunca iban a llevar adelante, dedicados a destrozarse las pertenencias de civiles presos en una cárcel militar. La especie humana tiene estos ejemplares y no hay nada que hacerle.

Tuve mi primera revisión la medianoche del 31 de diciembre de 1972. Tres o cuatro oficiales entraron a la celda. Yo dormía. Estaban contentos. No sé si es la palabra, pero tristes no estaban. Quizá habían bebido una copa, brindado por el año que terminaba y por los buenos augurios del que comenzaba. Hoy no sería capaz de precisarlo, medio dormido como estaba esa noche. Pero sé que me que-

dó esa impresión. Los muchachos veinteañeros me hicieron levantar, salir al corredor. Me pusieron de plantón, en calzoncillos, de cara a la pared. Cuando me permitieron entrar, en la oscuridad comprobé que habían revuelto y tirado todo lo que encontraron, que entonces era mucho menos que años después. Como era verano y hacía calor, volví a poner el colchón en la cama y me dormí. Al otro día me dediqué a ordenar las cosas y a reparar lo que habían roto.

Como todo preso, con el tiempo dejé de preocuparme por las requisas. Si tiraban todo lo

El oficial, además, por un gusto un poco extraño, mezclaba el azúcar con la sal. O, mejor, el azúcar con la pasta de dientes y el jabón en polvo. Yo me preguntaba, después de una requisita de este tipo, si cuando volvía a la casa le contaba a la mujer y a los hijos, o a la novia: Hoy le tiré todo a un preso, le mezclé el azúcar con la pasta de dientes, le robé un libro, le rompí un termo.

que había en la celda, trataba de ponerme a arreglar con buen humor. Si en lugar de revisar se dedicaban a insultarme, me hacía el desentendido.

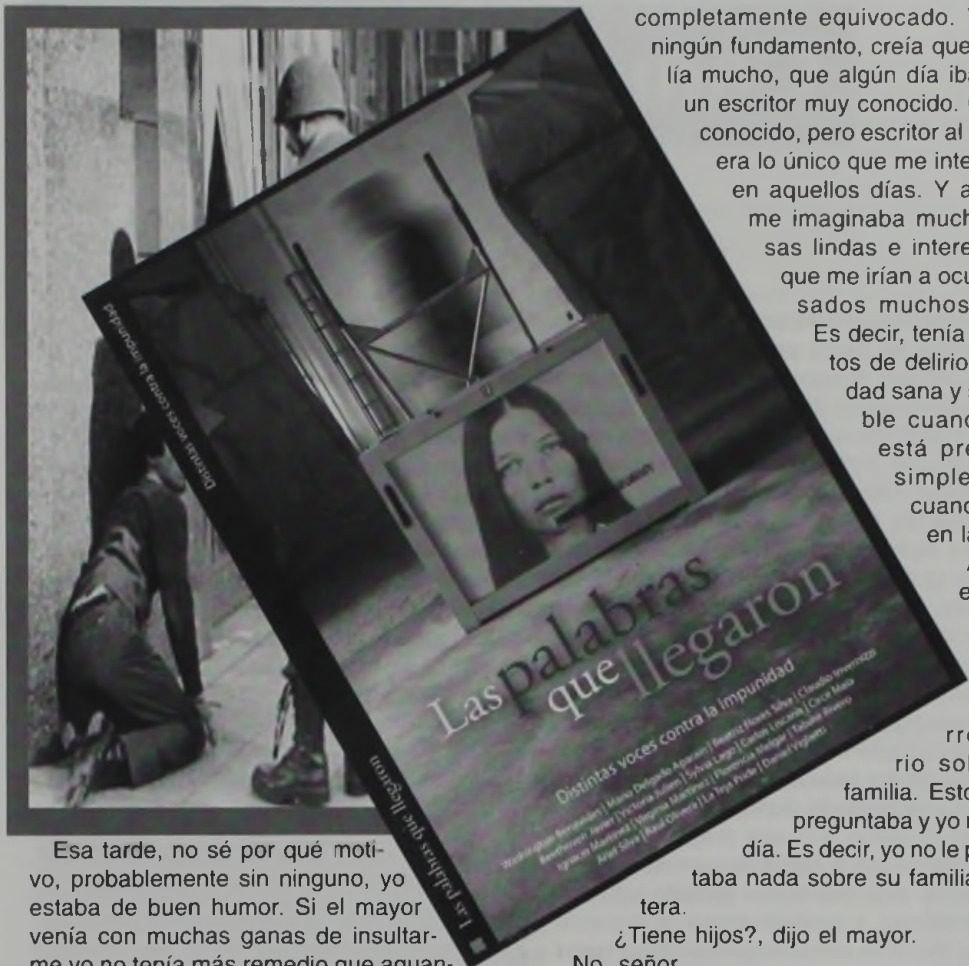
Hubo una época, unos meses, en que un oficial, un mayor del ejército, adquirió la costumbre de insultarme. A mí, lo reconozco, me molestaba. ¿No tenía nada mejor que hacer, una actividad que fuera más productiva para su desarrollo profesional, intelectual? Yo, que sabía que mi valor era escaso, pensaba que el mayor perdía el tiempo y me lo hacía perder a mí. Durante semanas se dedicó a insultarme con mucha regularidad, todos los días, todas las tardes. Entraba a la celda, no tocaba nada, me miraba y me insultaba. Yo lo miraba, de pie, con las manos a la espalda, como debía ser, como indicaba el reglamento. Uno frente al otro, de pie, él buscaba el insulto más ofensivo, el que me hiciera reaccionar o tambalear o no sé qué. A los oficiales les molestaba más la impasividad del preso que la devoción del insulto.

Una tarde, como era habitual, entró el mayor. Yo, a decir verdad, lo esperaba. Uno se acostumbra a cualquier cosa y a la vez tiene necesidad de prever qué va a hacer o qué le va a pasar en las próximas horas. Yo ya había incorporado a mi actividad de la tarde la visita del mayor. No era una visita agradable, pero era una visita, al fin de cuentas. Oí que se abría la puerta y me preparé para recibir la dosis de insultos que me correspondía. A veces no eran insultos; era como un juego de palabras, suyas, contra mi silencio. Él no quería conocer mi opinión sino, creo hoy, comprobar mi capacidad para el silencio. El mayor buscaba herirme, quebrarme, haciéndome ver que estaba perdiendo la vida entre rejas, que allí se me iban "a pudrir los huesos".

Las palabras que llegaron

Este libro es una voz de voces.
Estas voces, múltiples, diversas, han sobrevivido a la dictadura militar que quiso condenarnos al pago de sus deudas y al olvido de sus crímenes.
Estas voces suenan contra la desmemoria y contra el desvínculo.
Estas voces dicen que la amnesia y la soledad son nuestra penitencia, pero no son nuestro destino.

Eduardo Galeano



Esa tarde, no sé por qué motivo, probablemente sin ninguno, yo estaba de buen humor. Si el mayor venía con muchas ganas de insultarme yo no tenía más remedio que aguantármelo, porque al insultarme también buscaba mi reacción. Si yo le devolvía el insulto él me castigaría con treinta días en los calabozos. Bien, yo iba a aguantarme los insultos porque estaba de buen humor y por temor al castigo. El temor al dolor y al castigo es ancestral, ayuda a la sobrevivencia del animal. Y el buen humor es fundamental en la vida, pero en la cárcel más. Nada tiene arreglo, el preso nada puede solucionar. Entonces es mejor tomárselo de buen ánimo. El buen humor hacía que nos riéramos mucho. Aunque sea difícil de creer, en aquel lugar gris y triste, donde éramos los más imbéciles del mundo, a menudo nos reíamos, y nos reíamos porque sí, de pura gana. Pero no era sólo por las ganas o por el chiste que alguien hacía, sino porque necesitábamos reírnos.

Aquella tarde yo no esperaba el terremoto de tirar cosas sino el otro, el de los insultos, que era a lo que el mayor me había habituado. Como llevo dicho, uno se habitúa a cualquier cosa. También a los insultos diarios de un mayor cuando uno está preso y no quiere que lo castiguen. Pero en vez del terremoto de las palabras, el mayor quería hablar. Comenzó por preguntarme cosas sobre mí que él ya conocía, y que yo sabía que él conocía. Así que las respuestas no me importaban. Él no preguntaba por el afán de saber sino de comprobar si sus conocimientos eran firmes. O si yo era capaz de negar la evidencia. Algo así, extraño, que tiene que ver con la filosofía, pero de un modo oblicuo. En un momento intuí que él quería llegar a alguna parte, pero no me daba cuenta a dónde, qué cosa se proponía, y yo trataba de adivinar, para poder ayudarlo a arribar, pero la cabeza no me daba. Entonces no podía darle una mano en su búsqueda. Creo que se proponía hacerme ver que yo no valía nada, afirmación que no era necesario demostrar ni confirmar, suponía él. Y creo que también suponía que, en caso de que yo me hiciera cargo de su visión sobre mí, me dejaría pensando en lo triste de mi vida, cosa en la que estaba

completamente equivocado. Yo, sin ningún fundamento, creía que yo valía mucho, que algún día iba a ser un escritor muy conocido. O poco conocido, pero escritor al fin, que era lo único que me interesaba en aquellos días. Y además me imaginaba muchas cosas lindas e interesantes que me irían a ocurrir pasados muchos años. Es decir, tenía mis ratos de delirio, actividad sana y saludable cuando uno está preso. O simplemente cuando está en la mala. Al final entré en un interrogatorio sobre mi familia. Esto es, él preguntaba y yo respondía. Es decir, yo no le preguntaba nada sobre su familia, etcétera.

¿Tiene hijos?, dijo el mayor.

No, señor.

¿Tiene mujer?

No, señor.

¿Tiene madre?

No, señor.

¿Tiene padre?

No, señor.

¿Tiene hermanos?

No, señor.

Se desconcertó y dudó un instante. O creo

que dudó porque abrió los ojos como diciéndome que esa no era la respuesta correcta, que lo pensara mejor, que me estaba equivocando. Hasta creí notarle una sonrisa, la del sabio que puede demostrar la ignorancia del discípulo. Algo así. Claro que yo le ponía mucha cosa de mi invención a las palabras del mayor. Supongo que para no aburrirme, o para ayudarlo a hacerle más llevadera su labor. Noté que buscaba en la cabeza alguna pregunta más para dejarme aplastado bajo mi ignorancia. A mí no me había parecido necesario decirle que tenía una hermana que me visitaba regularmente. Él lo sabía, sabía que mi hermana iba a la cárcel a verme. Pero creo que estaba un poco sorprendido. No de que un individuo estuviera tan solo en el mundo sino de que se sintiera así. Debe de

haber pensado que yo sentía una especie de abandono cósmico. Que yo sabía que la mañana me había abandonado y marchaba por el desierto, sin afectos, sin meta ni sentido de la vida. De pronto vi que había llegado a una conclusión. Me di cuenta de que la tenía en la cabeza y elaboraba la frase que me haría saber la última y definitiva verdad sobre mí mismo. Cuando logró formularla me la dijo, en un tono que era más de afirmación que de pregunta:

Entonces usted es como un perro.

Sí, señor.

El mayor creyó que más allá no se podía llegar. Me miró con desprecio, con un poco de asco. Creo que también había un poquito de conmiseración en sus ojos, de lástima, por verme tan miserable y comprobar que yo me reconocía miserable. No puedo afirmarlo, pero me dio esa impresión. Después se dio vuelta y se fue. Visto de espaldas, se le notaba satisfacción en los hombros, en el cuello. Me dio esa impresión y me tranquilicé. Nunca más volvió a visitarme.

Desde entonces, en momentos difíciles, siempre me digo: Sos como un perro. Esa frase tiene la virtud de hacerme sentir que todo está más o menos bien, o que todo va a mejorar. Es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida, encontrar una salida a mis asuntos miserables. Debo la solución a aquel mayor del ejército que disfrutaba insultándome en la celda. No sé si vive ni cómo se llama. A veces tengo la fantasía de encontrarlo para poder decirle:

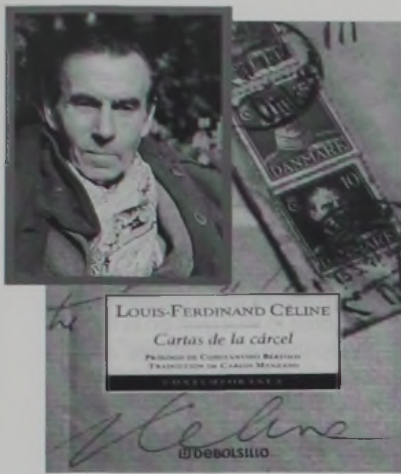
Mayor, yo soy el perro que usted me ayudó a inventar. Se lo agradezco.

Suscribite y recibí la revista en tu casa:
noteolvidessuscrip@adinet.com.uy

Las prisiones de Céline

Sergio Requiel

srequiel@latierradividida.com



"... alto, huesudo, recio, un poco pesado, pero vivaz en la discusión, o, mejor dicho, en el monólogo. Cuando habla tiene la mirada fija propia de los maníacos, una mirada que parece brillar desde el fondo de las cavernas. Son unos ojos que ya no miran ni a la derecha ni a la izquierda; se tiene la impresión de que este hombre camina hacia una meta desconocida.

- Siempre tengo la muerte a mi lado.

Mientras pronuncia estas palabras señala con el dedo un punto situado junto a su butaca, como si allí estuviera un perrito."

Ernest Jünger, Diarios

TERRITORIO DE AUTOR

El principio

"Para hablar sinceramente, así, entre nosotros, termino peor que empecé". La primera línea **"De un castillo a otro"**. La confesión, la constatación de un final anunciado. Este viejo, demente ya, está contando los días que le quedan. Los avizora, son pocos. Pobre, calumniado, humillado, recluso o exiliado voluntariamente en Meudon, junto a Lucette, su esposa - "Ofelia en la vida, Juana de Arco en el infortunio", y unos cuantos gatos rodeándolo.

Nació en 1894 en Courbevoie. Apenas terminó la primaria para empezar a trabajar. No había opciones, la pobreza es así, aunque ya soñaba con ser médico. Pero antes estaba la comida. Trabaja para cien patrones, amontona tareas, apenas le da el día. Sueña con escapar, no importa adónde, pero sabe que cualquier lugar será mejor que éste. Se lo promete, ni bien pueda lo hará. Será su primera cárcel y las ansias de fuga lo atormentan.

Y el momento llega. 1914. Ferdinand tiene veinte años y toma una decisión que lo marcará toda la vida: enrolarse de voluntario en el ejército de Francia. Va detrás de las consignas patriotas, heroicas que el gobierno ha formulado. Muchos creen en ellas y se alistán. Entonces, una vez en el frente, adiós sueño: la noche oscura,

la pesadilla, la decepción. Allí lo único que sueña es en escapar otra vez. No le importa ser desertor o antipatriota. No entiende qué hace en ese lugar, contra quién pelea. Teme que lo fusilen. Prefiere ser prisionero pero huir de ese infierno. Y mientras la impaciencia lo consume, el milagro sucede: una tarde un obús lo vuela por los aires. Así de sencillo, como un buen sueño. Cuando despierta, está en un manicomio de París, con la mandíbula deshecha y varios dientes de menos. (Como consecuencia, también, tendrá la secuela durante toda su vida del vértigo de Ménière, una enfermedad producida por la alteración del oído interno y cuyos síntomas son los ataques de vértigos acompañados de náuseas, vómitos, tinnitus, pérdida de la audición, y una sensación constante de presión en el oído.) Al fin, ya está: mas vale herido que muerto. Fin de la guerra para él, piensa. Pero atestados de nuevos heridos ocupa en el hospital una cama que es nece-

saria. Los médicos le diagnostican una incapacidad mental definitiva del setenta y cinco por ciento. Y lo sueltan. Así de trastornado, con un cuarto de cerebro sano.

Sigue soñando con ser médico. Callado estudia en las noches de insomnio. Desde que lo largaron no puede dormir más de tres horas, acosado por dolores. Esa es la leyenda al menos, tanto la que él creó así como la que alegan sus defensores, posteriormente, para justificar las tonterías antisemitas de un chiflado, aunque también sirva de fundamento para realzar el genio de su escritura. "Habrá nacido la estrategia del dolor apocalíptico, del sufrimiento y la furia paranoica. El origen real permanece en él no aclarado fin de la noche" afirma Steiner.

De a poco avanza. Bachiller primero, la carrera después. Lo consigue. Se casa con la hija de un médico acomodado. Todo parece resuelto. Pero el deseo de fuga continúa instalado en él. Se larga a probar suerte en Camerún, como oficial del Ejército Francés, ejerciendo la medicina entre esclavos negros y moribundos blancos. Otra vez el espanto. Contrae una disentería que, mal tratada, le deja una enteritis hasta sus últimos días. Ya no puede soportar lo que ve. Escapa a Nueva York como remero de una galera. Más tarde, en Detroit, lo contrata la Ford como operario pero enloquece. Ya nadie puede evitarlo. Las máquinas le recuerdan el infierno de la guerra y se regresa a París, no sin antes vagabundear y delirar por las calles de esa mole de cemento.

De regreso, instala un consultorio en los suburbios. Trabaja en un dispensario de un barrio popular en el suburbio de Clichy. Atiende a enfermos pobres, sin nada, con un poco más de ropa sucia y de vino tinto que los que vio en África. Les cobra cinco francos con vergüenza. Pero el sueño, entonces, empieza derrumbarse, como antes los demás. Como un animal enjaulado siente que la medicina tampoco lo calma. Entonces escribe, en silencio, con su cuarto de cerebro sano. Pasa cuatro años. Noche tras noche. Ya no hay nada que lo deje dormir. Escribe, corrige, reescribe.

En 1998, al publicarse en Francia **"Cartas de la cárcel"**, se volvió a encender el debate sobre la obra de Louis Ferdinand Céline. En efecto, el "perro sarnoso" de las letras francesas, como a él le gustaba llamarse, sigue siendo motivo de prejuicios en ciertos círculos intelectuales, los cuales continúan preocupados en resolver el dilema que se establece entre la creación literaria en sí y la resonancia ideológica en ella del autor. Esta contradicción parece una paradoja para quien pregonaba la "no-ideas" dentro de sus obras, y que terminará siendo cuestionado, hasta hoy aun, precisamente por sus ideas.

Maestro indiscutible del siglo XX, Céline logró "fingir con éxito la oralidad" según palabras de Mario Vargas Llosa, estilizando el lenguaje popular en una narración continua que discurre entre puntos suspensivos -transponiendo a la escritura el lenguaje hablado- interrumpida por estallidos verbales, improprios y metáforas del "titi" parisien, entre signos de exclamación. Su lenguaje es la perfecta representación del caos de la vida, de un mundo donde la idea de progreso carece de sentido. Su obra - la que estilísticamente puede considerarse como un anti-modelo de su compatriota, el otro gran prosista francés, Marcel Proust- definitivamente, dio mayor vigor y significado a la lengua francesa.

Y la bestia logra su cometido. En 1932 publica **Viaje al fin de la noche** pero bajo un seudónimo femenino (el nombre de su abuela), quizás producto de la modestia de un delirante. La intelectualidad queda absorta. Se babea, aplauden, veneran a esa "mujer" que patea las letras francesas, que le rompe la "espina dorsal" como él pretendía. Las sacude en sus cientos. Quien lea ese libro no puede quedar ileso. Es una maravilla repugnante. Obliga a cerrarlo de vez en cuando, reclinarse en la silla y cerrar los ojos. No puede leerse de un tirón porque rechina, aniquila. Es una melodía lacónica, oscura que vomita bilis contra el mundo, contra la condición humana. Nadie en su sano juicio puede negarlo: es una obra maestra. Sólo puede escribirla un desequilibrado mental, alguien que hace rato está escuchando escondido, en las sombras, la melodía del bajo fondo parisino y que transformará en su "petite musique".

Hasta el camarada Stalin aplaude. Y su gobierno lo invita a la URSS en 1936. A Céline sólo le preocupan los rublos de derecho de autor. No lo disimula y va. Trotsky los advierte pero no lo escuchan: podrá ser un gran escritor, pero jamás será un socialista porque en él no existe la esperanza. Es una alerta para toda la izquierda preocupada en reproducir "realismos" lejanos al suyo. Lo

Querido letrado:

¡Ya puede imaginarse la gratitud que sentimos para con usted por su gran amabilidad y caritativa amistad! Resulta difícil –me parece– encontrar en la Historia a un escritor cuyo caso fuera más “condenable” que el mío... Y sin embargo, ¡qué numerosos son los escritores franceses que en un momento u otro han tenido que huir de su patria!... Casi todos estuvieron exiliados... Desde Villon hasta Verlaine, Daudet, pasando por Zola, Chateaubriand, Lamartine, Chénier, ¡ay!, guillotinado... Naturalmente, no hace falta que le diga que la persecución es casi norma en la historia de nuestras letras y el exilio... y hablo sólo de casos ilustres... yo mismo, inválido como estoy, sufro, de todos modos, igual y tal vez más rigurosamente que ellos la misma suerte... los tiempos se han vuelto crueles... me lo describió usted admirablemente el otro día... No quiero en absoluto, por las necesidades de mi causa, defender, como un cobarde, mi inocencia, no es mi estilo ni mi intención. Sin embargo, le ruego, querido letrado, que haga saber a las autoridades que siempre he sido muy estrictamente UN ESCRITOR, que, en realidad, yo sólo soy responsable de mi libro, que le adjunto, LES BEAUX DRAPS¹, que nunca hice propaganda a favor de los alemanes...² más aún, en mi vida he escrito un solo artículo de periódico y menos aún he hablado en público o en la radio... Nunca. Puede parecer singular, pero es una realidad y, como puede usted imaginar, se me ofrecieron ocasiones con frecuencia. Siempre me he ganado la vida (muy holgadamente) con mis libros y el ejercicio de la medicina. En Alemania me limité a ejercer la medicina, ¡y en qué condiciones! Sólo acepto la responsabilidad de Les Beaux draps. Basta para que me manden a la horca en Francia.

Quería decirle también que desde ayer los comerciantes –lechero, etcétera– se niegan a vendernos su mercancía, porque no tenemos visado... Resistimos aun encerrados en casa, pero pronto habrá que saber a qué atenerse sobre nuestra situación de una manera o de otra... Sería, evidentemente, una forma de perecer muy despacito de hambre... tal vez incluso en nuestro maldito caso la menos dolorosa...

Me atrevo a proponer, si se busca una similitud o un precedente diplomático y policial a mi caso, que se me trate como se ha tratado a los judíos en peligro de muerte que han pedido asilo... Yo estoy, sin lugar a dudas, tan amenazado como ellos, en mi propio país y, ¡ay!, en otros países... la maldición contra “nosotros” es furiosa y mundial... ¡totalitaria! ¡Si se me permite emplear esa palabra espantosa!

Con todo mi sentimiento por importunarle una vez más, pero con todas las excusas del SOS... le ruego, querido letrado, que acepte mi inmenso agradecimiento y aprecio.

L.F. Céline L.F. Destouches

Notas

1 Panfleto sobre la derrota, publicado por Céline en febrero de 1941.

2 Añadido, de través, en el margen izquierdo: “Por lo demás, todos mis libros fueron prohibidos en Alemania desde el advenimiento del nacionalsocialismo”. El *Viaje*, *Muerte a crédito*, *Mea Culpa*, *Semmelweiss* y *Bagatelles* (expurgado de los ballets) fueron publicados y traducidos en Alemania entre 1933 y 1939.

hacen recorrer las maravillas de la nueva sociedad pero Céline quiere conocer los sanatorios, manicomios, hospicios. Y lo llevan. Lo pasean y el muy desgraciado sonríe, mientras carga los rublos con el brazo izquierdo, “oh, sí, sí, una maravilla... estupendo...”. Cuando regresa, saca el bisturí, cuenta lo que vio y escribe *Mea Culpa*, un panfleto que echa por tierra cualquier confusión ideológica.

Ese mismo año publica *Muerte a crédito*. Otra novela estupenda. Otra narración que parece escrita para ser oída, hija de ese oído fantástico para detectar la poesía escondida en la jerga del suburbio. Sin embargo, asoma en él algo distinto. Entrebate las puertas a lo que viene y el anormal deja ver sus dientes. Y ahí comenzará su condena. Ya no entiende ni quiere entender lo que pretenden que sea. Ve una Europa que muchos niegan

o no quieren ver. Nada le importa. Vomita asco y escribe el primer panfleto antisemita del siglo según algunos: *Bagatelles pour un massacre*. Tal vez es injusta la apreciación, porque no sólo dispara contra judíos, sino contra arios franceses, negros, amarillos... Solo los animales se salvan. A éste los seguirán, ya bajo la ocupación alemana, *L'école des cadavres*, con su famoso “yo se los dije”, y *Les beaux draps*. (Ninguno de estos títulos son hallables puesto que los herederos del autor no permiten su reedición, aunque hace poco tiempo una editorial con domicilio constituido en Paraguay reeditaba éste último, con venta exclusiva por Internet. Menos aún se encuentran traducciones al español.)

Todos los dardos le apuntan. Es el primer colaboracionista para muchos. Los que ayer aplaudían hasta sangrar las palmas hoy dan

alaridos pidiendo su cabeza. Y aunque resulte difícil comprobar en qué consistió la colaboración, esos tres panfletos marcarán el inicio de su declive público. La leyenda negra se instala.

Con el olfato de perro acorralado intuye lo que se viene después del triunfo aliado en Normandía. Las fuerzas de la resistencia en Londres lo incluyen en la lista de personajes a “represaliar”. Había tomado la precaución, tiempo antes, de enviar a Dinamarca su fortuna, unos seis millones de francos en monedas de oro. Su amiga Karen Jensen, asesorada por el abogado Wikkelsen, la depositó en una caja privada de un banco danés. Empezó el viaje junto a su esposa, su amigo Le Vignan (que abandonará la fuga a mitad del trayecto) y el gato Bébert, que sobrevivirá al viaje, el exilio y el regreso a Francia años después. Lo harán a través de un corredor estrecho, que dejan los rusos y los aliados sobre los escombros del III Reich, ocultándose, saltando lugares, durmiendo en iglesias o donde fuera. Así, llegarán a Copenhague en marzo de 1945.

Durante ocho meses pasarán ocultos. Vivirán con ojos en la nuca. Hasta que una denuncia anónima hace que den con sus paraderos. Fue el 17 de diciembre. Ambos son detenidos. Lucette es liberada a los pocos días. Céline no. Una vez más, el infierno. Ahora sí, otra prisión, de las tantas en su vida.

Cartas de la Cárcel

En 1998 la editorial Gallimard publicó, por primera vez, “*Cartas de la cárcel*”, edición que estuvo al cuidado del amigo personal de Céline François Gibault. Constituye un documento extraño. Lo es, primero, porque el autor no se propuso redactarlas para su publicación. Pero además, quien las escribe es Louis Destouches. El médico, no el escritor que adoptó nombre de mujer para su primera novela. Se deberá rastrear cuánto queda del autor de *Viaje al fin de la noche* en ellas. A simple vista poco: son demasiado formales, solemnes en ocasiones, neuróticas no pocas veces. Sin embargo, leídas con atención, no dejan de tener interés. Por un lado, puede apreciarse la mano de quien conoce el uso de la retórica con precisión, sorteando la censura que le imponían las circunstancias. Por otro, los alegatos en su propia defensa (las cartas son dirigidas, la mayoría de las veces, a su abogado) constituyen en sí un documento histórico de valor estimable. Una escritura contra el mármol de la Historia, donde quedan al descubierto –y vuelan por los aires– falsos valores con los cuales Francia ha sido caracterizada. Si bien esto último podría aplicársele al conjunto de la obra de Céline, en especial estas cartas –o la mayoría de

ellas- no hacen más que confirmarlo.

El epistolario está compuesto por unas trescientas piezas, escritas entre mayo de 1945 y junio de 1947 en Dinamarca, país donde se refugió Céline durante un lustro. Incluye unas diez que pertenecen al periodo inmediatamente anterior a su prisión. Ya en ella, cuando las dirigía a su abogado, Thorvald Mikkelsen, al amparo del secreto profesional, Céline dedicará párrafos –incluso páginas enteras- a su esposa Lucette.

El tono cambia en función del interlocutor. Sin embargo, todas comparten el carácter obsesivo de las ideas, justificaciones y demandas que el escritor expresa desde su celda de Vestre Faengsel o desde el Hospital al que periódicamente le llevan sus numerosas dolencias. La descripción exhaustiva de estas últimas es uno de los asuntos más reiterados, desde las secuelas de sus heridas de 1914 que lo hicieron un mutilado de guerra, hasta otras distintas adquiridas durante el encarcelamiento. Pero junto a este tema, están otros, los cuales comienzan a repetirse carta tras carta: la protesta de que su atisemitismo -no más agresivo que el de otros según el escritor-, nacía de su pacifismo, de su deseo de evitar una nueva guerra, o su desesperación porque al drama del exilio se le añadiese, en su caso, el de una prisión no justificable en términos legales, sino debida a la fuerza de determinados grupos de presión daneses y a "odios y venganzas literarias" procedentes de su propio país, personalizadas en Mauriac, Malraux, Jean Cassou y, en general, el Consejo Nacional de los Escritores.

Otra de sus obsesiones es la de refugiarse en España, adonde lamenta no haber escapado ya en 1940. Reconocidos colaboracionistas como el ministro Gabolde vivían aquí sin ser reclamados por el gobierno galo.

Las cartas a su esposa, no obstante, mantienen un tono calmo en ocasiones, decididamente exacerbado en otros. Mientras en algunas pretende transmitirle serenidad, mintiendo sobre su estado de salud o minimizando la situación carcelaria, en otras asoma desde la primera línea un reclamo constante de atención, recriminándole, por ejemplo, los gastos de dinero o las reiteradas quejas sobre los pocos avances de su proceso.

Debemos tener en cuenta que Francia había solicitado la extradición de Céline. De llevarse a cabo, le esperaba un juicio rápido y la ejecución subsiguiente que los Tribunales de la Francia recién liberada ponían en práctica. De ahí sus constantes pedidos al abogado de un mayor involucramiento en su caso, dándole en ocasiones verdaderos alegatos en su defensa.

Finalmente la extradición no se lleva adelante y se lo deja en libertad bajo el compromiso de no abandonar el país. Habrá perdido cuarenta kilos, sobreviviendo en los primeros tiempos en una celda sin calefacción en pleno invierno danés. Vivirá en Copenhague hasta 1951. Será juzgado en París en 1950 a un año de cárcel, sin haber podido expresarse y sin la posibilidad de ser asistido por un abogado. La condena es

(Domingo, 14 de julio de 1946)¹

Queridita mía, como ves, lo más duro de la cárcel es la pérdida de toda vida privada. Sobre todo a mi edad y con mi pasado. No poder satisfacer la menor necesidad natural sin permiso constituye un suplicio del que resulta difícil hacerse idea. Contra la propia voluntad, se siente uno inflado por un odio, un rencor contra toda la raza humana de la que no tenía idea. Hasta el pobre Bébert quiere tener sus momentitos personales. En fin, esto acompaña a lo demás... Lo del policía de París es una trola como lo demás. Ya se ha esfumado por el camino. Yo no soy culpable absolutamente de nada, pero soy un "maldito" excomulgado, cosa que es más grave. Para los judíos nunca estaré lo bastante enfermo, bastante tiempo en la cárcel, bastante muerto. Conque esto puede durar una eternidad. Sobre todo porque ahora los primeros condenados públicos daneses empiezan a salir... a lo que se debe –ya los conoces- la intensificación de las inquietudes de los judacas, que ya se ven todos ejecutados. A eso se deben las gacetillas sobre mí en un periódico de aquí y de allá... que ponen nervioso al ministro e imposibilitan mi liberación. Sería mucho más lógico evacuar me a España, si es que ésta me acoge aún. La policía francesa no vendrá aquí a interrogarme... pero el chacal de Charbonnière seguirá reclamando... conque no habrá final. No sé cuánto tiempo voy a resistir en el hospital. He recuperado un poco las fuerzas, pero aún tengo vértigos y ahora eczema, pero no grave. Tengo mucho para leer y trabajar. Si supiese cuánto tiempo durará aún esta pejiquera inverosímil, no diría nada, pero esta incertidumbre es espantosa y, además, tengo nostalgia y quiero volver. Quisiera hablar mi lengua incluso con mis delirantes enemigos. No sé cómo vives, te veo tan poco, tan brevemente... Imagino. Creo que no estaría mal que un día de éstos, puesto que se prolonga esta situación, Karen fuera a ver a sus amigos y les hablara de mi caso, para saber si pueden dejarme salir un poco de vacaciones mientras esos señores farullan. No descuides lo de los Varenne. Ya no tengo nada que perder. Recuerda la historia de los Bouchon², Blanchetot, Sandra. Todo ese mundillo atravesó muy bien los ciclones. Y Créanche y Cherault, todo el Moulin de la Galette. Yo soy el único que lo ha perdido todo y nunca ganado nada. Yo no proporcioné armas a los alemanes, ni siquiera armas de propaganda. ¡Ya está bien de dárseles de culpables! ¿Culpables de qué? Cuando lo pregunto, farullan y después me dejan en la cárcel, para que me pudra. ¿Por qué? No se sabe exactamente. Así es. Sienta bien, satisface, a algunos judaquillas sádicos y a algunos literatos envidiosos. La verdad es que estoy harto. Yo nunca figuré como "colaborador", ni siquiera en Sigmaringen, con mayor razón como SS o Gestapo. Empiezo a preguntarme si a Charbonnière le interesa tanto que me entreguen... si no le parezco muy bien así, en la cárcel danesa. Así me castigan sin juicio. Es perfecto. El juicio sería muy embarazoso, pues, en fin, habría que comparar mis crímenes con los de Guity, Giono, La Varende, Montherlant, que prosperan muy bien al aire libre en París, e incluso Lifar, al que tampoco le va mal. Yo nunca escribí en un periódico, nunca hablé en un radio. Lo saben perfectamente y les fastidia mucho. Entonces, ¡que me dejen salir! Que me suelten. Nunca pertencí a un partido. ¿La amistad de Doriot? Es absurdo, ¡como todo lo demás! Bécart sí que era miembro del PPF y está libre y fue miembro del grupo de médicos colaboradores. Está libre. Yo no era miembro de nada y la diño en el trullo... no dejes que te cuenten cuentos. En toda esa mamarrachada hay un perseguido y soy YO. Soy yo el que se queja. Y no he acabado de quejarme. Si te hablan de los sufrimientos y los martirios de Buchenwald, también nosotros hemos padecido sufrimientos y martirios, con la diferencia de que los judíos, por su parte, incitaban a la guerra y yo quería impedirlo. Nunca quise martirizar a nadie. Yo quería impedir a ciertos clanes judíos incitar a Francia a la guerra. Una vez desencadenada la guerra, todas las canalladas siguen y se encadenan: Buchenwald y lo demás. Yo en modo alguno soy responsable: al contrario, yo menos que otros. No te dejes intimidar, repítelo por todas partes y escríbelo. Giraudoux³, por su parte, incitó a la guerra después de haberla maldecido. Daragnès⁴ era su gran amigo. No olvides a Fauchois⁵. Tiene buen corazón. Me extraña el silencio de Marie en cuanto a Max Vox... ¿Y Bonabel? Entonces, ¿este Charbonnière no estuvo a mal con Vichy? Entonces es que se desquita con celo de chivato tras mí... es posible. Las cartas de Voltaire son muy divertidas. Es una huida perpetua de los gendarmes. Pero él tenía margen y castillos y puertas abiertas en toda Europa. Espero que te traigan los abrigos de pieles y algunos vestidos de París. Al fin y al cabo, ¡no somos tan pobres! Lee bien a fondo los periódicos. Cuidate las manos comiendo mantequilla... y guantes, guantes, guantes para todo y por todas partes. Hay que trabajarse a la opinión en París. Por mediación de Daragnès, Fauchois, Jean⁶, todos. Eso cuenta enormemente. Soy víctima de una asquerosa y perversa conjura de los rivales literarios que quieren aprovechar las circunstancias para suprimirme como a mi editor⁷. Eso es lo que hay que acreditar, repetir, escribir por todas partes... me acosan, me amordazan, me saquean –a mí, mutilado de guerra en un 75 por ciento- por mis opiniones pacifistas... me martirizan para que no escriba más... eso es lo que hay que escribir y repetir sin cesar y por todas partes= la verdad. Me cuesta imaginar cómo pasan los días... Nunca tengo tiempo para preguntarte detalles. Esos diez minutos de iluminación en la noche de una semana son un horror. Los tipos de los despachos deberían venir a pasar ocho meses en la cárcel para apreciar las cosas en su verdadero valor propio. Entonces las cartas volarían. He recuperado peso: 65 kilos, ¡en lugar de 92, cierto es! En fin, lo principal no es eso. No me sueltan y se acabó... por nada del mundo quieren hacerlo.

Es una obsesión. De todos modos, tendrán que decidirse en algún momento, ¿no? Me pregunto qué habrán sido de mis casas de Saint-Leu y de Saint-Germain. Debería habértelas donado, cuando estábamos en Bougival⁸. Volví a vacilar, he vacilado por todas partes. Yo ya era viejo cuando sobrevino la catástrofe. Diez años de más y cansado. Si hubiera sido antes, ¡me habría largado a España a cualquier precio! Si hubiera tenido más instinto, ahora ya solo soy un animal viejo, extenuado, afligido y vencido. Me dejé atrapar tontamente por mis enemigos como un viejo jabalí... y, en el fondo, tan avergonzado, que me gustaría acabar a cualquier precio. La humillación que siento es más fuerte que todo lo demás. Ya es que me muero. Todo ese teatro, esas explicaciones imbéciles que hay que dar sólo para sobrevivir al estado de larva, es demasiado. Me asquea. En fin, pienso en ti y en Bébert, siempre es un pequeño hogar que vive, un corazón que late ¿Qué cuenta mi tío Louis⁹? ¿Y tu padre? ¿Más de dos años desde que abandonamos la Butte! ¿Y Victor? Tal vez habría que preguntar en Bélgica que harían conmigo. Picadillo, seguramente. Pero presento interés comercial por mis libros. Tengo un buen amigo en Bélgica, el Dr. R. Bernard, en Bruselas. La loca Gevers¹⁰ sólo puede perjudicarme enormemente, es un bicho. El domingo en la cárcel es lúgubre... las horas caen como redobles de campanas. El cementerio atrae a algunos desconsolados, los veo desde nuestra ventana. Veo casas, casas de verdad a lo lejos con gente libre de verdad que limpian los cristales. Lluve y espera uno el fin de su vida con la inquietud de ser arrojado de nuevo a la celda, pues incluso en este marasmo hay la inquietud por algo peor. Como he ganado cuatro kilos desde que estoy en el hospital, tengo pánico que vuelvan a arrojarme pronto. No cabe duda de que estoy mejorando, salvo el reumatismo, que me atormenta por todo el cuerpo. Estaba tan débil al llegar. ¿Qué habría sido de Mahé? Ya no hablan de él en el cine, debe haber sido recogido amablemente por Mondain y Tuset. Me gustaría mucho tener noticias de Tuset. ¡Ahí tienes un hombre bueno y sutil! Dr. Tuset: Prefectura Quimper y discreto y buen consejero. Además, es mi testigo capital en el asunto del fusilado, en el que intervino ante Brinon. Habría que recuperar el contacto con Tuset y escribir sobre la carta personal. Mahé debe hacer maravillas, deben de haberme cubierto también de mierda allí... como Popol. En cambio, Gance¹¹ vuelve al primer plano. Solange¹² debe de haber vuelto a la Ópera. Mireille¹³ debe de tener tres bares ahora. Ya es hora, querida, de que también nosotros regresemos: yo, al Père-Lachaise; tú, a casa de la Sra. Egorova¹⁴. ¡Basta de arrastrar nuestros jirones de infortunio por cárceles y escupitajos! Yo me iré, puedes creerlo, sin someterme ni suspirar. Lo único que quisiera es que te salven a ti y a Bébert. Yo no puedo luchar contra un niágara de estupidez y odio. Fui bastante tonto al zambullirme en él. Sólo tengo una excusa: reflejos menos vivos, el agotamiento. No te hice caso. Estaríamos muy bien en este momento en España. Franco está muy estable. Los Miserables de V.H. me encanta: ¡qué época más feliz! Dabas la vuelta a una esquina y todo había acabado. Por desgracia, ¡nuestros perros tienen más olfato y colmillos infinitos! Quema todo eso, querida. No hablo de paciencia. Esa palabra ya no quiere decir nada para mí. Es una idiotez, como lo demás. Muchos besos, queridita mía.

Louis

Notas

- 1 Carta a lápiz en papel no sellado, dirigida clandestinamente a Lucette.
- 2 Teniente de Joseph Darmand (fundador del Servicio de Orden de la legión y después de la Milicia). Al parecer, fue el decorador de las exposiciones antijudías durante la Ocupación.
- 3 Jean Giraudoux (1882-1944), escritor y diplomático. Nombrado comisario de información al declararse la guerra (1939). Cesó toda actividad después del Armisticio.
- 4 Jean-Gabriel Daragnès (1886-1950), pintor, grabador y editor de lujo. Vecino de Céline en Montmartre y después uno de sus más fieles corresponsales.
- 5 René Fauchois, autor dramático. Uno de los asiduos a las reuniones del domingo por la mañana en casa de Gen Paul.
- 6 Jean Bonvilliers, actor y pintor (con el nombre de Loiret), amigo de Montmartre.
- 7 Robert Denoël.
- 8 En Bougival, en la notaría (con ocasión de la firma del contrato de matrimonio). Letrado Robert Thomas, quai Georges Clemenceau.
- 9 Louis Guillou, el hermano de la madre de Céline.
- 10 Admiradora belga de Céline, que se había ofrecido a ayudarlo.
- 11 Abel Gance (1889-1981), director de cine a quien Louis Destouches había conocido hacia 1917-1918. Su película anterior databa de 1942 (Le capitaine Fracasse)
- 12 Solange Schwarz, bailarina y profesora en la Ópera.
- 13 Probablemente Mireille Martine, bailarina, alumna de Lucette y primera esposa de Serge Perrault.
- 14 Lioubov Egorova (1880-1972), célebre bailarina, profesora de Lucette.

una pena inferior a la que había cumplido de carácter preventivo en Dinamarca. Una amnistía le permitirá regresar a Francia.

El final

"Tienen mucha suerte los caballos, ya que si bien padecen la guerra como nosotros, no se les pide que la suscriban, ni que tengan el aire de creer en ellas. ¡Desdichados pero libres caballos! El entusiasmo, ese puto; por desgracia es sólo patrimonio del hombre", había adelantado en *Viaje al fin de la noche* su álgido alter ego Ferdinand Bardamu.

Las novelas que le siguieron a su regreso a Francia fueron gimoteos, lamentos que apuntalaron a todo lo que se le cruzaba. *De un castillo a otro*, tal vez, sea el trabajo más apreciable de esa época, la primera parte de una trilogía que completan *Norte y Rigodón*. Lo demás, son gritos trastornados, minados por la angustia y el odio hacia todo. Autobiografías que prescindían de la ficción porque directamente ya no le eran necesaria ("el estilo es todo" dirá hasta el cansancio). Perdió el sentido del humor y el gusto de burlarse de los demás y de él mismo, como había sucedido en sus primeras dos novelas. Ya hacía mucho que no quedaba entusiasmo, nada; el deseo de que lo dejaran en paz quizás. El haberse sentido perseguido lo condenó a un estado de depresión permanente que unido a las enfermedades contraídas durante el encarcelamiento —o agudizadas las que arrastraba desde hacía mucho tiempo— lo convirtieron en alguien que vomitaba palabras sin condescendencia. Lo horrorizaba el mundo —desde antes, es cierto— pero ahora sólo podía desear su destrucción. Sentía afectos por los animales, los enfermos y los presos, nada más. Y a pesar de ello siguió siendo un enorme escritor. No lograron opacar la brillantez de sus escritos, aunque éstos fueran plañideros, escatológicos, agotadores.

En una de sus últimas entrevistas dirá a los periodistas de *París Review*: "Lo que me interesa es ser completamente ignorado. Tengo un hambre, un hambre animal de reclusión". El 1º de julio de 1961, durante la mañana, culmina su última novela, *Rigodón*. Alucina con amarillos invadiendo Francia. Son miles, millones. Ya lo ha dicho todo. Era el fin no de una novela sino de sus propias alucinaciones, de sus propios temores, de sus diversas prisiones. Ya nada vale la pena. Se la dedica "a los animales". Vivía miserablemente desde hacía bastante tiempo, sin pacientes, sin dinero, con el prestigio arrebatado. Esa misma tarde un infarto cerebral lo mata.

Alguien que lo declaró como "un ejemplo de colaboracionista" a fines de la década del treinta, afirmarí en 1945, poco antes que fuera detenido en Dinamarca: "Si Céline pudo apoyar las tesis socialistas de los nazis fue porque cobraba por ello. En el fondo de su corazón, no se lo creía: para él no hay otra solución que el suicidio colectivo, la no procreación, la muerte". Y un año después, cuando ya estaba preso, agregará: "tal vez Céline sea el único que permanezca de todos nosotros".

No fue el único pero quizás, sí, el más grande del siglo que dejamos. Este alguien se llamaba Jean-Paul Sartre.

Notas

- 1 "Cartas de la Cárcel", 2006, Debolsillo, España. Traducción Carlos Manzano. Lamentablemente el libro ha circulado escasamente en nuestro país y podríamos afirmar que, casi, ha pasado desapercibido. Se lo puede encontrar extraviado en algún estante de ciertas librerías. Lo mismo sucede con casi toda la obra de Louis Ferdinand Céline. A excepción de "Viaje al fin de la noche" (cuya traducción también pertenece a Manzano y deja bastante que desear) es raro encontrar un ejemplar de cualquiera de sus más de quince novelas.



Hambre: una teoría acerca de la música, el arte y lo que puede comunicar

Gustavo Aguilera
gaguilera@latierradivida.com

Primero comento mi teoría: **Todo lo que hace único y atemporal a un sonido proviene del "hambre" de los artistas que logran convertir esa necesidad en sonido.**

Me he preguntado muchas veces qué hace que una canción se convierta en un clásico, que un disco se convierta en esencial e imperecedero. Qué hace que una banda o un solista se convierta en un signo de sus tiempos. Y no me refiero a la fama o el estrellato; me refiero a esa música que sobrevive al olvido a fuerza de su propia fuerza, de su necesidad de decir cosas que no se pueden dejar atrás. Esos sonidos que invaden silencios en los que se convierten, escabulléndose de la multitud, pero grabándose en lo más profundo de su sensibilidad, de su memoria colectiva. Quizás no se pueda medir el pasado a través de poco más de cincuenta años de historia tan reciente, tomando al rock como entorno para desarrollar esta idea. Estamos de acuerdo en eso, pero sí puede servir esto para encontrar un cierto punto de vista a la hora de darle un valor a la música, más allá de ciertas formas que proponen homogeneizarnos el gusto.

Tengo una teoría acerca de lo que logra que la música perdure. Así que realicé un viaje imaginario saltando de disco en disco, de canción en canción (en la medida de mis posibilidades), intentando recorrer ese camino hipotético.

El término hambre es un poco vago, no lo dudo, pero es el mejor apelativo que encontré para abarcar todo lo que implica. Existen muchos tipos de hambre artística, pero sólo dos de sus aspectos logran llevar a buen puerto esa necesidad de comunicar, que mueve todo intento o concepción de cultura y arte, según la medida que se le quiera dar al hecho creativo en sí mismo. Uno es el hambre que da la desesperación y la furia. El hambre que nace de la urgencia de sacar algo desde adentro, jugándose muchas veces la vida en ello, y el otro es el hambre que genera la curiosidad del conocimiento, la insatisfacción constante de ir siempre un poco más allá, de intentar conquistar el horizonte a pesar de lo vano que sabemos resultará. Con algunos nombres y ejemplos quizás pueda explicar mejor a qué me refiero. Empecemos casi por la mitad de esta historia: durante el surgimiento del movimiento punk en el Reino Unido, aparecían bandas como hongos, sin embargo apenas un par de años después de toda esa efervescencia no quedaron rastros visibles de la casi absoluta mayoría de ellas. Hoy a la distancia, si tuviéramos que nombrar a boca de jarro algunas bandas de ese movimiento seguramente serían los *Sex Pistols* y los *Clash* los primeros que se nos vendrían a la mente. ¿Por qué? Ambas bandas, sin lugar a dudas, representan lo mejor y lo peor de ese momento histórico. El nihilismo de los *Pistols*, sus banderas

de anarquía y "no future", su espíritu autodestructivo; nacido de la desidia, de estar en el paro, de ser jóvenes y sentirse realmente viejos. Cascarones vacíos. Tenían la necesidad de estallar, de desintegrarse para ver si de ese modo podían volver a reconstruirse desde cero. Aún sin saber qué construir. La quintaesencia de su sonido radicaba en ese vómito de furia en forma de tres acordes que anidaba en su pecho, eso es a lo que llamo "hambre". Los *Clash*, por el contrario, representaban la otra cara de esa misma sensación. Con una doctrina más política, más organizada, y a la vez con una curiosidad y una formación musical más amplia. Se convirtieron en los transgresores capaces de leer y descubrir sonoridades callejeras por venir; con sus discos se adelantaron a muchas cosas que luego serían moda corriente. La experimentación, la búsqueda constante, y una curiosidad a prueba de todo, les permitieron desarrollar un camino más ordenado y preciso, pero impregnado de la otra forma del "hambre". Eso los llevó a adentrarse en el corazón de sonidos que marcarían toda una década y más. La revista "*Rolling Stone*" eligió como disco emblemático de la década de los 80, esa joya eterna llamada "*London Calling*." Habrá muchas bandas recordadas y representativas de aquella época, según lo que cada uno haya escuchado o conocido. Porque no debemos dejar de lado que la música es ante todo experiencia de vida, aquella que nos hace de banda sonora es la que, en definitiva, queda en nosotros. Algo muy bien expresado en libros como "*Alta fidelidad*" de Nick Hornby y confirmado con creces en su versión filmica a través de la excelente actuación de John Cusack. Inolvidable e infantil, enumerando en un top five los fracasos amorosos que más habían marcado su vida.

Volviendo a los *Pistols* y los *Clash*, hay sonidos que se convierten en la raíz más profunda de una experiencia y por más que nunca los hayas escuchado, si alguna vez disfrutaste un disco de lo que hoy está etiquetado como punk rock, los escuchastes a ellos. Por que ninguna banda, como estas dos, dejaron marcado los cánones sonoros, estéticos e ideológicos de esta forma de sentir. Acá en nuestros pagos, un poco a destiempo por obvias razones sociales que empantanaron al país en el oscurantismo y una muerte sensorial inapelable, el punk llegó tarde. Pero supo tener su momento de auge artístico a través de bandas también emblemáticas como *Los*





cualquier cosa creativa, en realidad- es hacer muchas otras preguntas, pero no solo sobre el propio oficio de escribir, sino sobre uno mismo y sobre la vida. La página en blanco es una representación de este desamparo. ¿Quién soy yo?, nos pregunta. ¿Cómo he de vivir? ¿Quién quiero ser?"

Volviendo en este viaje a dar cauce a esta hipótesis—desvarío, histórico-musical, voy a recurrir a un lugar común pero ineludible: Los Beatles. Los padres de la criatura. La música es antes y después de ellos, no hay lugar en el mundo donde su influencia no se haga notar. Y creo que uno de los factores más importantes de este fenómeno que convirtió al rock en algo global, antes incluso de que existiera el término. Se debe a su dupla compositiva, en ellos y su forma de sentir y expresar la música se dio ese equilibrio único y exacto entre furia - urgencia y conocimiento - y búsqueda incesante. Lennon y Mc Cartney resumían esas cualidades y la amalgama lograda

Estómagos. De ellos surge, a mi modo de ver, la canción más representativa de su momento histórico: "Errantes."

Nada superará la poesía de esa letra. Nada pintará mejor la sensación de los hijos de la dictadura abriéndose a las utopías que prometía la democracia que demoró en ser tal en unos cuantos aspectos. Su hambre artística, supo avisarnos que la música estaba enferma y sabían que el camino para curarla era volverla a romper. Con el paso del tiempo, y el alejamiento de Fabián "Hueso" Hernández, se convirtieron en otra cosa. Desde mi punto de vista su hambre genuina se diluyó, dando paso a un grupo que apuntó sus baterías a los bolsillos de los adolescentes y los que piensan que escuchar música es lo mismo que ser un fanático hincha de fútbol. Pero la idea no es juzgar las intenciones o decisiones de quienes hacen música, sino el porqué algunos procesos creativos acentúan la permanencia en la memoria colectiva, y se arraigan en lo más profundo de la conciencia humana. Ante todo, esto es una opinión que no pretende otra cosa que abrir una puerta al debate, a la conversación, al intercambio de ideas. Los artistas de cualquier rama se encuentran en su camino con miles de trampas que pueden hacerlos caer o alejarse de los caminos que ellos intencional o inconcientemente pretenden desarrollar. Tomando palabras de otros ámbitos, en la década de los 60. Glauber Rocha, el director de "Dios y el diablo en la tierra del sol", en sus manifiestos llamados "Estética del hambre" y "Estética del sueño", pero desde el mundo del cine y más cercano a la literatura, nos advierte sobre la apropiación instrumental que los cuadros políticos hacen de los creadores:

"Entre la represión interna y la repercusión internacional aprendí la mejor lección; el artista debe mantener su libertad ante cualquier circunstancia. Solamente así estaremos libres de un tipo muy original de empobrecimiento: la oficialización que los países subdesarrollados acostumbra hacer de sus mejores artistas."

Hanif Kureishi en su libro "Soñar y contar" define en sus parámetros lo que es la escritura: "Escribir parece ser un problema de algún tipo. La mayor parte de la gente no puede sentarse sin más y empezar a escribir con brillantez, levantarse de la mesa, hacer alguna otra cosa todo el día y después, a la mañana siguiente, volver a empezar sin ningún conflicto ni ansiedad. Empezar a escribir - intentar

por ambos, junto a los condimentos agregados por sus compañeros de ruta, los llevaron a convertirse en el signo máximo de la segunda mitad del siglo XX y todo lo que vino y vendrá después. Abrieron las puertas a todas las formas de percepción, presentaron los riff del rock pesado (Helter Skelter), dieron el primer rugido punk antes de que tan siquiera alguien imaginara que podía existir (Everybody's got something to hide except me and my monkey). Marcaron el ritmo de la música electrónica (Tomorrow never knows), inventaron la world music (Love you to) y definieron la sicodelia (Sgt. Pepper's Lonely hearts club band). De su caldero inagotable surgió el magma de toda sonoridad posible.

Siguiendo con algunos de los muchos ejemplos existentes de hambre artística, otro muy claro se da, para mí, con los Stones. Su música es la columna vertebral del rock, están desde el vamos y quien sabe hasta cuando. Para quien escribe, sus melodías más inconfundibles, las que al primer acorde todos y cada uno reconocemos. Las que se han convertido en parte de nuestro ADN, no superan (y creo que estoy siendo amable) al disco "Tattoo You" (1980). I can't get no..., Sympathy for the devil, Gimme Shelter, Jumpin' Jack Flash, Paint it black, It's only rock and roll. Son melodías y riffs incuestionables y duraderos por el poder de urgencia y peligrosidad que de ellos emana. Por su necesidad de convertirse en frescos de sensaciones. Por su cuota de sensualidad. Después de tanto tiempo se han transformado en una industria, cruzando la delgada línea que separa la expresión artística del mero entretenimiento. Lo cual no tiene nada de malo, la idea de estas notas o comentarios no tiene la intención de juzgar la música: eso lo hace cada uno al elegir qué escuchar y qué no. El tema es que a veces la industria nos achica la sensibilidad y el rango desde donde escoger cómo desarrollarlas. Eso es para mí el gran tema de fondo, hasta donde hay autenticidad en lo que un músico hace y desde que momento se convierte en una mera mueca repetitiva. Y como a pesar del constante bombardeo, la música y los músicos, se las ingenian para traspasar esas barreras y distancias que crean los mercados en beneficio de unos pocos y en detrimento de la humanidad toda.

Los ejemplos son infinitos, músicos de la trayectoria de Bob Dylan, Neil Young, David Bowie, Peter Gabriel, Stevie Wonder, Prince. Saltando un poco las fronteras que propuse al principio, que es también parte de la idea, eliminar todo límite.

Django Reinhardt por ejemplo ¿Que hace que un hombre que se queme su mano en un incendio y quede solo con la posibilidad de tocar con 3 dedos, invente un técnica para tocar la guitarra? ¿Que hace que en pleno auge de las big bands surjan creadores de la talla de John Coltrane o Charlie Parker? ¿Por qué músicos como Ruben Blades (y él cuenta muy bien esa historia en el disco que tiene con Seis del Solar editado en el año 1990, llamado "Live!", hablando de cómo los productores discográficos se negaban a grabar "Pedro Navaja") reinventen la salsa llenándola de contenido, fusionándola con el jazz, rompiendo sus estructuras desde todo punto de vista, aún en contra de toda lógica? Es que la música carece de lógica, es un lenguaje universal pleno e indomable.

Siguiendo con los ejemplos ¿Que hace que algunos logren con su instrumento un caudal sonoro del cual en muchos casos sus nombres se vuelven sinónimos? Para eso citemos a Vernon Reid, el guitarrista de Living Colour, hablando de una de sus grandes influencias: "cuando Carlos Santana enchufa la guitarra ya reconocemos su sonido." Y ya que hablamos de Santana, recordemos que sin conocerse y saltando las distancias, en nuestro país la gente de Tótem rumbeaba por el mismo camino, fusionar los ritmos autóctonos con el rock. ¿Qué necesidad común flotaba en el aire para que estuviera sucediendo eso casi en simultáneo a tantos kilómetros de distancia y sin la velocidad que hoy tienen los medios de comunicación? Pateemos más tableros, ¿De donde surgen los Zitarrosa, los Viglietti, los Discepolo, los Piazzolla, los Farka Toure, los Yupanki? ¿Las Mitchell, las Joplin, las Smith, las O'Connor, las Amos? ¿Los Prodan, los Russo? Hay miles de creadores a los que se puede mencionar. Tenemos que entender que la música no puede ser contenida en etiquetas y disecada como mariposas pinchadas por un entomólogo. Por más estrategia de marketing o como se pueda llamar, la sensibilidad no se arrea como ganado y esto es aplicable tanto a la música como al cine, o la literatura, o cualquier forma de expresión artística. Esta nota es esencialmente sobre música porque fue el lugar desde donde elegí abordar el tema, pero se puede aplicar a todas las ramas artísticas.

Convengamos entonces que esto del "hambre artística" es ante todo una intención de descifrar lo indescifrabable, de tomar lo inasible y convertirlo en material de estudio. Un vano intento por decodificar el derrotero del alma humana a través del sonido o de cualquier forma expresiva.

POCITOS LIBROS

POCITOS
LIBROS

Las letras en tu lugar

Av. Brasil 2561 - Tel. 709 4603 - www.pocitoslibros.com

POCITOS
LIBROS

Doxa y vida ordinaria

Terry Eagleton (1)

Terry Eagleton



Terry Eagleton: Hola y bienvenidos. Pierre Bourdieu y yo debatiremos acerca de algunos temas de nuestros nuevos libros –ante todo, de su libro, *Language and Symbolic Power*, aunque también de mi libro, *Ideology*. Después os invitamos a hacer preguntas y comentarios.

Me gustaría darte la bienvenida, Pierre, en una de tus escasas visitas a este país. Estamos encantados de verte y de contar con la traducción de estos ensayos. Uno de los temas de tu trabajo es que el lenguaje es tanto, si no más, un instrumento de poder y de acción como de comunicación. Se trata de un tema que impregna todo lo que escribes en este libro y que, tal y como yo lo vería, te hace ser verdaderamente hostil hacia cualquier mera semiótica. En su lugar, optas por prestar atención a lo que en algún lugar llamas «las condiciones sociales de la producción de enunciados», y también, supongo, a las condiciones de recepción de los mismos. En otras palabras, sostienes que lo importante en el habla, en el discurso, no es algún poder inherente al propio lenguaje, sino el tipo de autoridad o legitimidad sobre la que se sustenta. Esto te conduce a poner en circulación conceptos tales como «poder simbólico», «violencia simbólica», «capital lingüístico», etcétera, que, según creo, resultan familiares para muchos de nosotros a raíz de otros trabajos tuyos. Me gustaría comprobar si lo he entendido bien y que explicaras cómo estos procesos podrían relacionarse con el concepto de ideología: ¿son sinónimos, o para ti la ideología es algo bastante diferente? El concepto de ideología aflora en algunas ocasiones en tu trabajo, pero no es una cuestión central en este libro en particular.

Pierre Bourdieu: Te agradezco lo que comentas sobre mi libro; en pocas frases has resumido su intención fundamental, lo que hace mucho más fácil para mí responder a tu pregunta. En efecto, tiendo a evitar la palabra «ideología» porque, tal y como demuestra tu libro, a menudo se ha empleado mal, o de un modo muy vago. Parece transmitir un cierto descrédito. Describir una afirmación como ideológica es con frecuencia un insulto y, en este sentido, esta atribución en sí misma se convierte en un instrumento de dominación simbólica. He tratado de sustituir el concepto de ideología por otros tales como «dominación simbólica» o «violencia simbólica» con el fin de intentar controlar algunos de los usos o abusos a los que está sujeto. Mediante el concepto de violencia simbólica trato de hacer visible una forma imperceptible de violencia cotidiana. Por ejemplo, aquí en este auditorio me siento ahora muy cohibido; me siento angustiado y me cuesta formular mis pensamientos. Me siento sometido a una poderosa forma de violencia simbólica que está relacionada con el hecho de que el lenguaje no me pertenece y que no me siento cómodo frente a este público. Creo que el concepto de ideología no puede transmitir esto, o lo hace de un modo más general. A veces debemos renovar conceptos; primero, para ser más precisos, y segundo, para hacerlos más vivos. Estoy seguro de que estás de acuerdo en que el concepto de ideología ha sido tan usado y se ha abusado tanto de él que ha dejado de funcionar. Ya no creemos en él; y resulta importante tener conceptos que sean útiles y eficaces cuando se hace, por ejemplo, un uso político de los mismos.

TE: Esto me incita a explicar por qué sigo escribiendo sobre ideología, a pesar de estar de acuerdo con lo que dices sobre la frecuente vaguedad del concepto y con que circulan muchas nociones diferentes de ideología. Mi libro en parte es un intento de clarificar el concepto. Además creo que actualmente existen razones que hacen que el concepto de ideología resulte superfluo o redundante, y también trato de examinarlas en mi libro. Una de ellas es que la teoría de la ideología parece depender de un concepto de representación; ciertos modelos de representación han sido cuestionados y por extensión también lo ha sido, o eso es lo que se piensa, la noción de ideología. Otra razón, quizás más interesante, es que para identificar en la actualidad una forma de pensamiento como ideológica sería preciso tener alguna manera de acceder a la verdad absoluta. Al ponerse en cuestión la idea de verdad absoluta, el concepto de ideología parece haber caído por tierra con ella.

Existen otras dos razones por las que la ideología parece haber dejado de ser un concepto de moda. Una es lo que se ha dado en llamarla «falsa conciencia ilustrada», es decir, que en la época postmoderna resulta demasiado simple la idea de que nos movemos bajo una falsa conciencia, que la gente es realmente mucho más cínica y astutamente consciente de sus valores de lo que esta idea podría sugerir. De nuevo, esto pone en entredicho el concepto de ideología. Finalmente, existe la idea de que lo que hace que el sistema se mantenga no es tanto la retórica o el discurso, cuanto, por así decir, su propia lógica sistémica: la idea de que el capitalismo avanzado trabaja por sí solo, que ya no precisa pasar por la conciencia para validarse, que de algún modo asegura su propia continuidad. En realidad, yo tengo mis dudas de que todo esto sea suficiente para deshacerse del concepto de ideología. Estoy de acuerdo en que estos argumentos tienen peso, pero creo que una razón por la que quiero retener el concepto de ideología es que pienso que hay algo que se corresponde con la noción de falsa conciencia, y por eso estoy interesado en tu trabajo. Permíteme formularlo de la siguiente manera: cuando empleas conceptos tales como *doxa*, creencias espontáneas u opinión, en cierto sentido para ti éstos están funcionando como nociones de ideología, ya que la *doxa* se presenta como natural e incuestionable. Por otro lado, ¿te permite esto hablar de falsa conciencia en el sentido de nociones o proposiciones falsas que en el presente están sosteniendo sistemas injustos de poder? ¿Prefieres hablar de falsa conciencia únicamente en términos de naturalización o universalización, o preferirías hablar de la relación entre ideas falsas o verdaderas y realidad social en términos más epistemológicos?

PB: Estoy de acuerdo con la primera parte de tu razonamiento, con las dudas que expresas acerca del concepto de ideología. Estoy de acuerdo y puedo ampliar tus objeciones. En particular, pienso que uno de los usos más comunes del concepto de ideología pretendía establecer una ruptura radical entre el científico y el resto de los mortales. Por ejemplo, Althusser y todos los que han sido influenciados por él han hecho un uso simbólico muy violento del concepto. Lo emplean como una especie de noción religiosa mediante la cual se debe ascender gradualmente hacia la verdad, si bien nunca se llega a tener la certeza de haber alcanzado la verdadera teoría marxista. El teórico podía decir «Tú eres un ideólogo». Por ejemplo, Althusser se había referido de manera despectiva a las «denominadas ciencias sociales». Se trataba de un modo de hacer visible una clase de separación invisible entre el conocimiento verdadero, poseedor de la ciencia, y la falsa conciencia. En mi opinión, esto resulta muy aristocrático y, en realidad, una de las razones por las que no me gusta la palabra «ideología» se debe al pensamiento aristocrático de Althusser.

Pierre Bourdieu



OTROS TERRITORIOS

Ahora, entrando en un terreno más conocido: ¿por qué pienso que la noción de *doxa* es más útil? Muchas de las cosas denominadas como ideología en la tradición marxista funcionan de hecho de un modo muy confuso. Por ejemplo, se podría decir que todos los sistemas académicos, todos los sistemas educativos, son un tipo de mecanismo ideológico; son un mecanismo que produce una distribución desigual de capital personal, y legitiman esta producción. Estos mecanismos son inconscientes. Son aceptados y esto es algo muy poderoso que, en mi opinión, no ha sido recogido en las definiciones tradicionales de ideología entendida como representación, o como falsa conciencia. De hecho, pienso que el marxismo sigue siendo una especie de filosofía cartesiana, en la que existe un sujeto consciente que es el académico, la persona que aprende, y los demás que no tienen acceso a la conciencia. Hemos hablado demasiado de la conciencia, demasiado en términos de representación. El mundo social no funciona en términos de conciencia; funciona en términos de prácticas, mecanismos, etcétera. Cuando empleamos la *doxa* estamos aceptando muchas cosas que no conocemos, y es a esto a lo que se llama ideología. En mi opinión, debemos trabajar con una filosofía del cambio. Debemos alejarnos de la filosofía cartesiana de la tradición marxista y dirigirnos hacia una filosofía diferente en la que los sujetos no aspiren a las cosas conscientemente, o guiados erróneamente por falsas representaciones. Pienso que todo eso es incorrecto, y no me lo creo.

TE: Si te he entendido bien, el concepto de *doxa* es lo que podría llamarse una teoría de la ideología mucho más adecuada. Sin embargo, hay dos aspectos de esta reformulación que me preocupan y me gustaría explicar. Uno es que el concepto de *doxa* enfatiza la naturalización de las ideas. Aunque esto permita examinar los mecanismos inconscientes, ¿no resulta demasiado simple afirmar que toda la violencia simbólica o ideológica está realmente naturalizada? Quiero decir, ¿no puede la gente de algún modo ser más crítica, incluso más escéptica, respecto a esos valores y creencias, y seguir ajustándose a ellos? En otras palabras, ¿no concedes demasiada importancia a la función de naturalización de la ideología o de la *doxa*? En segundo lugar, ¿no corres el riesgo de aceptar con demasiada facilidad la idea de que la gente legitima las formas de poder imperantes? Presumiblemente existen distintos tipos de legitimación, desde la interiorización absoluta de las ideas dominantes a una aceptación más pragmática o escéptica. ¿Qué lugar reserva tu doctrina a esta clase de disidencia, de crítica y de oposición?

PB: Ésa es una buena pregunta. Incluso en la tradición más economicista que conocemos, es decir, el marxismo, creo que la capacidad de resistencia, en tanto capacidad de la conciencia, ha sido hipervalorada. Me temo que lo que tengo que decir va a resultar chocante para la confianza que los intelectuales tienen en sí mismos, especialmente para los intelectuales de izquierdas más generosos. Se dice que soy pesimista, que desanimo a la gente, etcétera. Pero creo que es mejor conocer la verdad; lo cierto es que cuando vemos con nuestros propios ojos a la gente que vive en condiciones de pobreza —tal y como ocurría entre el proletariado local, los trabajadores de las fábricas, cuando yo era un joven estudiante resulta evidente que tienden a aceptar mucho más de lo que habríamos podido creer. Esta experiencia fue muy impactante para mí: aguantaban mucho, y a esto es a lo que me refiero cuando hablo de *doxa*, a que hay muchas cosas que la gente acepta sin saber. Te voy a poner un ejemplo tomado de nuestra propia sociedad. Cuando preguntas a una muestra de individuos cuáles son los factores principales de éxito en la escuela, cuanto más abajo te desplazas hacia los extremos inferiores de la escala social más creerán en el talento natural o en los dotes, más creerán que los que tienen éxito están mejor dotados con capacidades intelectuales concedidas por la naturaleza. Y cuanto más aceptan su propia exclusión, más creen que son estúpidos, y más afirman «Sí, no se me daba bien el inglés, no se me daba bien el francés, no se me daban bien las matemáticas». En la actualidad, esto es un hecho, en mi opinión, un hecho detestable que a los intelectuales no les gusta aceptar, pero que deben aceptar. Esto no equivale a decir que los individuos

dominados toleren cualquier cosa; pero sí que aceptan mucho más de lo que creemos y mucho más de lo que son conscientes. Al igual que el sistema imperial, se trata de un mecanismo formidable, un instrumento ideológico maravilloso, mucho más extendido e influyente que la televisión o la propaganda. Esta es la experiencia fundamental que me gustaría transmitir. Lo que dices sobre la capacidad de disentir es muy importante; efectivamente ésta se da, pero no allí donde la buscamos, sino que adopta otra forma.

TE: Sí, estás hablando de lo que denominas «heterodoxia», que es un tipo de lenguaje de oposición. Lo que los marxistas llaman pesimismo en tu trabajo, tú probablemente lo considerarías realismo. Uno puede estar de acuerdo con eso, aunque, por otro lado, sé que no quieres parecerme demasiado a Michel Foucault. Tu intención, al enfatizar el realismo materialista, no consiste en desplazarte hacia una teoría del poder que tú mismo has criticado, en mi opinión con bastante acierto, por ser demasiado abstracta, demasiado metafísica y demasiado omnipresente; tú quieres dar cabida a algún tipo de oposición política. Mi objeción a la idea de *doxa* es que parece que lo que sostienes es que existe una interiorización de creencias dominantes y opresivas, aunque además existe, en un segundo paso, algo que puede ser quebrado y, por consiguiente, hace posible que emerja una heterodoxia. ¿Pero no es esto demasiado cronológico? Quizá lo estoy caricaturizando, pero ¿no es la *doxa* en sí misma un asunto más contradictorio? Quiero decir, ¿puede la gente creer y no creer, o creer en diferentes niveles?

El mecanismo fundamental de dominación funciona mediante manipulaciones inconscientes del cuerpo. Por ejemplo, acabo de escribir un ensayo acerca de los procesos de dominación masculina en la llamada sociedad primitiva. Son los mismos que en nuestra sociedad, pero mucho más visibles. En el primer caso, las personas dominadas, las mujeres, asumen el dominio a través de la educación corporal. Podría adentrarme en algunos detalles; por ejemplo, las niñas aprenden a caminar de un modo determinado, aprenden a mover los pies de una manera específica, aprenden a esconder sus pechos. Cuando aprenden a hablar, no dicen «Yo sé», dicen «Yo no sé». Por ejemplo, si preguntas a una mujer por una dirección, dirá «No sé».

PB: No. Esto está relacionado con el programa de la filosofía del hombre que tenemos, con la filosofía de la acción, etcétera. Yo diría que en tanto se siga pensando en términos de conciencia, falsa conciencia, falta de conciencia y demás, no podremos entender los efectos ideológicos fundamentales, que son mayoritariamente transmitidos a través del cuerpo. El mecanismo fundamental de dominación funciona mediante manipulaciones inconscientes del cuerpo. Por ejemplo, acabo de escribir un ensayo acerca de los procesos de dominación masculina en la llamada so-

ciedad primitiva. Son los mismos que en nuestra sociedad, pero mucho más visibles. En el primer caso, las personas dominadas, las mujeres, asumen el dominio a través de la educación corporal. Podría adentrarme en algunos detalles; por ejemplo, las niñas aprenden a caminar de un modo determinado, aprenden a mover los pies de una manera específica, aprenden a esconder sus pechos. Cuando aprenden a hablar, no dicen «Yo sé», dicen «Yo no sé». Por ejemplo, si preguntas a una mujer por una dirección, dirá «No sé». El nuestro es un proceso equivalente, aunque funciona de un modo mucho más sutil, a través del lenguaje, a través del cuerpo, a través de las actitudes hacia las cosas que están por debajo del nivel de la conciencia. Pero esto no se produce de manera mecanicista; no nos remite al inconsciente. Tan pronto como pensamos en estos términos, resulta evidente que la labor de emancipación se vuelve muy difícil; se convierte tanto en una cuestión de gimnasia mental como de toma de conciencia. Y en tanto intelectuales no estamos habituados a eso. Yo lo llamo un sesgo escolástico, un sesgo al que todos estamos expuestos: pensamos que el problema puede ser resuelto únicamente a través de la conciencia. Y ahí es donde difiero con respecto a Foucault, y donde establecería una diferencia con respecto a su concepto fundamental de disciplina. Disciplina, al menos en francés, indica algo externo. La disciplina se impone por la fuerza militar; debes obedecer. En cierto sentido, es fácil volverse en contra de la disciplina porque eres consciente de ella. De hecho, pienso que si hablamos de dominación simbólica, la resistencia se torna mucho más difícil, ya que es algo que se absorbe como el aire, algo por lo que no te sientes presionado; está en todos partes y en ninguna, y escapar de ella es muy difícil. Los trabajadores están bajo esta clase de presión invisible, y por eso llegan a adaptarse mucho mejor a su situación de lo que podemos imaginar. Cambiar esto es muy difícil, especialmente hoy en día. Gracias al mecanismo de violencia simbólica, la dominación tiende a adoptar la forma de un medio de opresión mucho más eficaz y, en este sentido, más brutal. Piensa en las sociedades contemporáneas en las que la violencia se ha vuelto suave, invisible.

TE: Yo sugeriría que se da una especie de ironía en ello, porque por un lado estás reaccionando en contra de lo que contemplas como un énfasis excesivo en la conciencia. Estoy de acuerdo con eso, aunque desde la tradición marxista también se ha apuntado. Al mismo tiempo en que desarrollabas estas teorías, la propia tradición marxista —el trabajo de Althusser, sean cuales sean sus limitaciones estaba tratando de desplazar el concepto de ideología hacia un lugar institucional mucho menos consciente, y mucho más práctico, lo que quizá, de algún modo, resulta más cercano a tu propia posición. Me gustaría abordar la cuestión de la oposición política o el pesimismo desde otra perspectiva que conforma un área vital de tu trabajo en la actualidad. Hablas con mucho atrevimiento e imaginación sobre los mercados lingüísticos y el precio o valor de los enunciados, «la formación del precio», y deliberadamente transpones la totalidad del lenguaje económico marxista a esferas culturales o simbólicas; y hablas de un terreno de lucha en el que la gente trata de amasar una cantidad de *capital cultural*, ya sea en educación, en arte o en lo que sea. Creo que esto es muy revelador, como no lo es menos la importancia que das al hecho de que al analizar el fenómeno del arte no podemos pasar directamente a la totalidad del campo social, sino que tenemos que pasar primero a través del campo específico artístico y cultural. Creo que esto es tremendamente útil. Sin embargo, ¿no se podría argüir que lo que propones es una noción de la totalidad de la práctica humana, la acción y el lenguaje humano como si fuera un enfrentamiento, en el que los contendientes tratarán de incrementar sus apuestas, de invertir más eficazmente en detrimento del resto de los jugadores? Ésta es una descripción válida para muchos campos de nuestra experiencia, pero ¿no existen otras formas de discurso, otras formas de acción, que no podrían ser conceptualizadas tan fácilmente en estos términos agonísticos?

PB: Tú mismo estás proporcionando un buen ejemplo de la existencia de esas otras formas, ¡con esa manera tan comprensiva de tratar mis ideas! En cualquier caso, ésa es una pregunta importante, una que me planteo a mí mismo; estoy de acuerdo en que es un problema. No sé por qué tiendo a pensar en esos términos, me siento obligado a ello por la realidad. Mi impresión es que la clase de intercambio en el que nos encontramos en estos momentos es inusual. Cuando esto ocurre, se trata de una excepción basada en lo que Aristóteles llama 'philia', o amistad, para emplear una expresión más general, 'philia' es, de acuerdo con Aristóteles, un intercambio económico o un intercambio simbólico que se puede dar en el seno de la familia, entre progenitores o amigos. Me inclino a pensar que la estructura de la mayoría de los campos, la mayoría de los juegos sociales, es tal que la competición, la lucha por el dominio, es prácticamente inevitable. Esto es evidente en el campo económico; pero esta descripción resulta adecuada incluso en el campo religioso. En la mayoría de los campos se puede observar lo que caracterizamos como competición para la acumulación de diferentes clases de capital (capital religioso, capital económico, etcétera) y, tal y como están las cosas, la comunicación no distorsionada a la que se refiere Habermas es siempre una excepción. Podemos alcanzar esta comunicación no distorsionada únicamente mediante un esfuerzo especial cuando se dan condiciones extraordinarias.

Me gustaría añadir solamente unas palabras acerca de la analogía entre el intercambio lingüístico y el económico, al que te acabas de referir. En mi opinión, esta analogía es muy fructífera para comprender muchos fenómenos que no pueden ser simplemente tratados como comunicación, como producción del lenguaje. Algunos filósofos ingleses, al igual que Austin, hicieron de esto un objeto de estudio; advirtieron la presencia de cosas muy importantes en el lenguaje, tales como dar órdenes, por ejemplo, o hacer declaraciones, que no se ajustaban al modelo de la comunicación. Muchas cosas no pueden ser entendidas en términos de mera comunicación y, por tanto, cuando propongo una analogía económica trato únicamente de generalizar y dotar a la filosofía analítica de la base sociológica de la que carece. No critico a Austin; lo que digo es que no proporciona un análisis total de las condiciones sociales de posibilidad del proceso que describe. En este sentido, podría parecer que estoy muy alejado de la filosofía del lenguaje, pero de hecho estoy muy cerca de ella.

¡Mis hijos no quieren ver un intelectual ni de lejos! Creo que para ellos la educación es una ideología burguesa, ¡lo cual les resulta muy cómodo! Estás en lo cierto. Se da algo de lo que dices acerca de que no son ni una cosa ni la otra, pero no veo que eso tenga que ser necesariamente un motivo para perder la esperanza. Creo que podría ser interesante encontrarse en esa posición, ¿no te parece? Desde luego, esa generación nada tiene que ver con la clase obrera, del mismo modo que sus progenitores también han dejado de tener que ver con ella, pero además han visto a sus progenitores en acción y sospechan con razón de los intelectuales. En otras palabras, no piensan que la solución pase por convertirse en intelectuales.

TE: Evidentemente estás pensando tanto en términos sociológicos como semióticos. Recorriendo la totalidad de tu trabajo, se puede detectar un subtexto estable que refleja una profunda preocupación por las condiciones de tu propio trabajo o, en términos generales, por las dificultades de un discurso sociológico que pretende, por las razones justas o potencialmente emancipatorias que sean, analizar la vida ordinaria. Lo cual pone de manifiesto que existe un compromiso muy fuerte en tu trabajo, no siempre explícito, pero presente como un modo de sensibilidad, hacia lo que inadecuadamente podríamos llamar «la vida ordinaria». Ésta es una de las múltiples maneras en las que tu trabajo corre en paralelo al de Raymond Williams en este país. Sin embargo, evidentemente resulta difícil para un sociólogo involucrado en un discurso altamente especializado tomar esa vida ordinaria como objeto de análisis o incluso de observación. Al igual que yo, no provienes de un ámbito intelectual; y me da la impresión de que tu trabajo es muy interesante porque está marcado por la tensión que existe entre un cierto sentido del valor común que no tiene nada que ver inmediatamente con el intelecto, y otra dimensión que consiste fundamentalmente en analizar la institución académica, la condición social del intelectual y sus implicaciones. ¿Crees que esta circunstancia biográfica ayuda a comprender tus preocupaciones?

PB: Lo que dices es muy amable y generoso. Has expresado perfectamente mi sentimiento personal. Trato de unir las dos partes de mi vida, tal y como lo hacen muchos intelectuales de primera generación. Algunos emplean medios diferentes, por ejemplo, encuentran una solución en la acción política, en algún tipo de racionalización social. Mi problema fundamental es tratar de entender lo que me sucede. Mi trayectoria podría describirse como milagrosa, supongo, un ascenso hacia una posición a la que no pertenezco. Por tanto, para tratar de vivir en un lugar en el mundo que no es el mío debo intentar comprender ambas cosas: qué significa tener una mente académica, cómo llega a conformarse y, simultáneamente, qué se pierde al adquirirla. Por este motivo, incluso aunque mi trabajo, todo mi trabajo, sea una especie de autobiografía, es un trabajo destinado a gente que tiene la misma clase de trayectoria y la misma necesidad de entender.

TE: Tenemos algo de tiempo para preguntas y comentarios. ¿Quiere alguien retomar alguna de las cuestiones que han salido en el debate?

Uno de los argumentos que se han utilizado en contra del concepto de ideología es que el marxismo ha dotado a la gente con una capacidad excesiva para identificar la verdad, y ha asumido que ésta es más difícil de identificar para los que ocupan un lugar más bajo en la escala social. ¿No sería más adecuado pensar que la gente que se encuentra más abajo en esta escala carece del poder económico que les permitiría tomar parte en grupos de discusión y salir del estrecho círculo de su vida doméstica y explorar otras posibilidades? ¿Creéis que esto —que la gente tiene la posibilidad de reconocer verdades más amplias, pero su situación económica y familiar les impide alcanzarlas— juega un papel más significativo que las capacidades intelectuales?

TE: He explicado en mi libro que todo el debate acerca de la interiorización, la legitimación del poder autorizado es en sí mismo un asunto complejo que requiere capacidad, inteligencia. Se necesita un cierto grado de creatividad incluso para aceptar que uno está siendo identificado de una manera negativa, independientemente de lo bajo en la escala social que uno esté situado o de lo oprimido que se esté. Y es una paradoja, creo yo, que la legitimación del poder dominante nunca sea un asunto meramente pasivo, sino una cuestión que cada uno tiene que esforzarse por absorber; por tanto, las capacidades a las que te estás refiriendo deben darse incluso para que la gente acepte un poder dominante, para poder definirse con respecto él. Yo diría que buena parte del trabajo de Pierre Bourdieu se refiere a las condiciones en las que la gente puede o no puede adquirir capital.

PB: Existe una especie de división *de facto* del trabajo de la producción social en relación a las variantes principales de la experiencia. Con

frecuencia, las personas que son capaces de hablar acerca del mundo social no saben nada acerca del mundo social, y la gente que conoce el mundo social es incapaz de hablar sobre él. La razón de que se digan tan pocas cosas ciertas sobre el mundo social reside en esta división. Por ejemplo, la *doxa* implica un conocimiento, un conocimiento práctico. Los trabajadores saben muchísimo: más que cualquier intelectual, más que cualquier sociólogo. No obstante, en cierto sentido desconocen lo que saben, carecen de los instrumentos necesarios para entenderlo, para hablar de ello. Y, por otro lado, contamos con esta mitología del intelectual que es capaz de transformar sus experiencias *dóxicas*, su dominio del mundo social, en una presentación explícita y bien expresada. Se trata de un problema muy complicado por motivos sociales. Por ejemplo, si el intelectual intenta reproducir la experiencia de un trabajador, tal y como ha sucedido en Francia después de 1968, se encuentra con la experiencia de un trabajador que no tiene los hábitos de un intelectual. Muchas de las cosas que le sorprenden son de hecho bastante corrientes. El intelectual ha de ser capaz de incluir en su aproximación una descripción de la experiencia de los trabajadores, que de hecho recoja una experiencia desde su punto de vista. Lo cual es muy difícil. En mi opinión, uno de los motivos por los que los intelectuales no prestan atención a esta cuestión es que tienen una gran cantidad de intereses relacionados con el capital cultural. Pondré un ejemplo: siempre me ha chocado lo que Marx decía sobre Proudhon; le trataba con mucha dureza. Marx decía «es un francés estúpido y pequeñoburgués»; que Proudhon únicamente escribía sobre estética desde el punto de vista de los estetas griegos; que Proudhon era tan ingenuo. Por su parte, Marx aprendió griego; a los dieciocho años era capaz de escribir en griego. Trataba a Proudhon con condescendencia por ser un pequeñoburgués con una educación limitada, mientras Marx había adquirido una educación clásica propia del hijo de un alto funcionario de la monarquía prusiana. Este tipo de distinciones son muy importantes. Cuando buscas los despojos del marxismo, los encuentras. Proviene de la arrogancia del intelectual con capital cultural. El comportamiento y las múltiples luchas de los partidos de izquierdas están relacionadas con esto: los intelectuales odian y desprecian a los trabajadores, o los admiran demasiado, lo cual es un modo de despreciarlos. Resulta muy importante conocer todas estas cosas; y, por tanto, por esta razón, el proceso de autocrítica, que uno puede poner en práctica estudiando la mente intelectual, académica, es vital. Podría decirse que constituye una condición personal necesaria para cualquier clase de comunicación sobre la ideología.

Me gustaría por un momento dirigir la discusión hacia el arte. Me interesa el modo en el que la ideología del capital simbólico descansa en el arte y la estética, dos distinciones que atacas. Al final de tu libro explicas cómo la gente en todos los estratos sociales suscribe el sistema de clasificación universal. Desde lo más alto a lo más bajo de la escala social, todos adquieren la estética kantiana. ¿Qué ocurre con la economía de bienes simbólicos si tomamos en consideración, por ejemplo, la afirmación de Fredric Jameson de que existe una proliferación de nuevos códigos culturales? Si es cierto que existe una proliferación de nuevos códigos, ¿cómo se relaciona ésta con tu análisis del poder simbólico?

PB: Se trata de una pregunta difícil. En mi opinión, existen mercados más prestigiosos, lugares en los que el código dominante se mantiene con total eficacia; y estos lugares son en los que se juegan los juegos fundamentales, es decir, el sistema académico (en Francia, el sistema de las *Grandes Écoles*, los lugares en los que se selecciona a los ejecutivos). Dado que yo he trabajado sobre cuestiones culturales, voy a contestar refiriéndome a éstas. Nos encontramos ante un ensayo de la vieja idea de que la cultura de masas, la cultura popular, etcétera, está creciendo; que la gente permanece ciega ante esto, que está inconscientemente atada a la diferencia entre culturas. Una fórmula chic dominante entre los intelectuales consiste en decir «Mira estos cómics», o cualquier otro artículo cultural, «¿acaso no representan una

muestra de una gran creatividad cultural?» Esta persona está diciendo «No te das cuenta, pero yo sí, y soy el primero en darme cuenta». La percepción puede ser válida; pero se produce una sobrevaloración de la capacidad de estas cosas nuevas para cambiar la estructura de la distribución de capital simbólico. Exagerar el alcance del cambio es, en cierto sentido, un modo de populismo. Se desorienta a la gente cuando se dice «Mira, el rap es estupendo». Lo que hay que preguntarse es: ¿cambia esta música realmente la estructura de la cultura? Creo que está muy bien decir que el rap es estupendo, y en cierto modo es mejor que ser etnocéntrico y sugerir que dicha música carece de valor; pero de hecho es una forma de ser etnocéntrico olvidar cuál sigue siendo la forma dominante, y creer que es posible seguir ignorando los beneficios simbólicos del rap en los juegos sociales fundamentales. Realmente creo que debemos prestar atención a estas cosas, pero existe un riesgo político y científico en sobreestimar su eficacia cultural. Dependiendo del lugar desde el que uno habla, se puede estar en uno u otro lado.

Mantienes que la violencia simbólica es violencia. ¿Qué quieres decir con esto?

PB: Creo que la violencia adquiere formas más sofisticadas. Un ejemplo son los sondeos de opinión, al menos en Francia. (Me han dicho que aquí es distinto, pero en Francia, los sondeos de opinión son una forma más sofisticada de conocer la opinión que el mero contacto

entre los hombres políticos y su audiencia.) Los sondeos de opinión son un ejemplo del tipo de manipulación sobre la que estamos debatiendo, una nueva forma de violencia simbólica de la que nadie tiene responsabilidad absoluta. Necesitaría dos horas para explicar cómo funcionan, dado que la manipulación es muy compleja. No creo que pasen de diez las personas que entienden cómo funcionan, ni siquiera entre las personas que organizan los sondeos. Por ejemplo, los hombres políticos, los que están en el gobierno, desconocen cómo se articula el proceso, y, por consiguiente, éste les gobierna. Se trata de una estructura compleja en la que intervienen muchos agentes diferentes: periodistas, diseñadores de los sondeos de opinión, intelectuales que los comentan, intelectuales de la televisión (muy influyentes en términos de consecuencias políticas), hombres políticos, etcétera. Nadie es consciente del proceso, y funciona de tal modo que nadie podría decir que Francia está gobernada simplemente por los sondeos de opinión.

Para entenderlo es necesario un instrumento mucho más sofisticado que los métodos que se emplean tradicionalmente. Esto se lo digo a todos los líderes sindicales. Les digo: llegáis con retraso; estamos tres guerras adelante, lleváis tres luchas de clases de retraso; lucháis con instrumentos adecuados a la lucha de clases del siglo XIX y lo que tenéis delante son formas de poder mucho más sofisticadas.

Me ha parecido muy interesante la referencia a los 'intelectuales de primera generación' y a la trayectoria de este tipo de personas. Por razones obvias, aún constituyen una especie bastante inusual; pero dado que esta misma especie está reproduciéndose en la actualidad ¿qué se puede decir de la descendencia de este tipo de gente? ¿Van a convertirse en intelectuales de segunda generación? ¿Se unen sin fisuras a las clases medias o van a formar algún tipo de subcultura? La pregunta va dirigida a los dos, en parte porque mi propia experiencia me hace perder la esperanza ante lo que parece que está ocurriendo – parece que la generación posterior pierde la fuerza de la tradición de la clase obrera sin adoptar totalmente la tradición de la clase media– y me interesaría saber cómo interpretáis esto los intelectuales de primera generación.

TE: Bueno, ¡mis hijos no quieren ver un intelectual ni de lejos! Creo que para ellos la educación es una ideología burguesa, ¡lo cual les resulta muy cómodo! Estás en lo cierto. Se da algo de lo que dices acerca de que no son ni una cosa ni la otra, pero no veo que eso tenga que ser necesariamente un motivo para perder la esperanza. Creo que podría

ser interesante encontrarse en esa posición, ¿no te parece? Desde luego, esa generación nada tiene que ver con la clase obrera, del mismo modo que sus progenitores también han dejado de tener que ver con ella, pero además han visto a sus progenitores en acción y sospechan con razón de los intelectuales. En otras palabras, no piensan que la solución pase por convertirse en intelectuales.

Me gustaría retomar una de las cosas que ha dicho Pierre Bourdieu sobre cómo hablan los intelectuales jóvenes del rap y, trasladándolo a la cultura, ¿no crees que con tu concepto de «habitus» —al hablar de capital y cultura e ideología, aunque, en último término, no hayan tenido los medios para ponerse a leer libros, y, por tanto, poder emanciparse de esa manera— corres el riesgo de ofuscar los determinantes económicos fundamentales para que la gente tenga la posibilidad de emanciparse? La otra cosa que me gustaría someter a debate es el concepto de doxa. Si la gente interioriza su propia dominación y, en cierto sentido, ésta es inconsciente y son felices con ello, en ese caso ¿no te causa problemas tratar de justificar la idea de emancipación?

PB: ¿Quieres decir que sospechas que tengo un sesgo intelectual y que únicamente existe una manera de escapar? ¿Es ésa tu impresión?

Criticas a los intelectuales jóvenes por hablar del rap como si se tratase de un medio de emancipación, pero de acuerdo con tu concepto de «habitus» incorporas la cultura como algo determinante, y podría ser que al centrarnos en la cultura de esta manera se desplace la importancia de los determinantes económicos que siguen siendo los que dan acceso a los medios para emanciparse.

TE: Me gustaría formular esta cuestión de la siguiente manera. Al concentrarte en la cultura estás desplazando el énfasis lejos de los determinantes económicos que impiden que la gente se emancipe. Reaccionas ante el economicismo elevando el imaginario económico a la esfera cultural en lugar de registrar el peso de lo material y lo económico dentro de la cultura.

PB: Puede que estéis en lo cierto. Tengo tendencia a curvar la vara demasiado, como diría Mao Tse-tung, al tratar de corregir prejuicios anteriores. En este campo, la perspectiva crítica dominante corre el riesgo de ser economicista. Yo me inclino por insistir sobre otros aspectos, pero puede que sea un error. Aunque en mi cabeza el equilibrio está más logrado, tiendo, al exponer mis ideas, a insistir en los aspectos menos probables, menos visibles, o sea, que puede que estéis en lo cierto.

TE: El segundo comentario me parece interesante, cuando dices que la gente interioriza y por eso se siente satisfecha con su opresión. ¿No tendría uno que argumentar que no pueden sentirse realmente felices si están oprimidos?

Pero si estás hablando del inconsciente —si una parte de tu habitus inconsciente determina cómo eres—, entonces, resulta muy difícil trans-

Carezco de la confianza firme que tienen los psicoanalistas; se imaginan que la conciencia es una historia triste, y responden con tristeza cuando el individuo dice «Mira lo que me pasó. ¿No te parece terrible?» En cierto modo, el trabajo social es así: cuando lo realizas, te castiga. Esta situación se produce con mucha frecuencia, y no contradice lo que digo sobre la *doxa*. Uno puede adaptarse muy bien a esta situación, y el dolor proviene del hecho de que uno interioriza el sufrimiento silencioso, que puede llegar a expresarse corporalmente en forma de odio hacia uno mismo, de autocastigo.

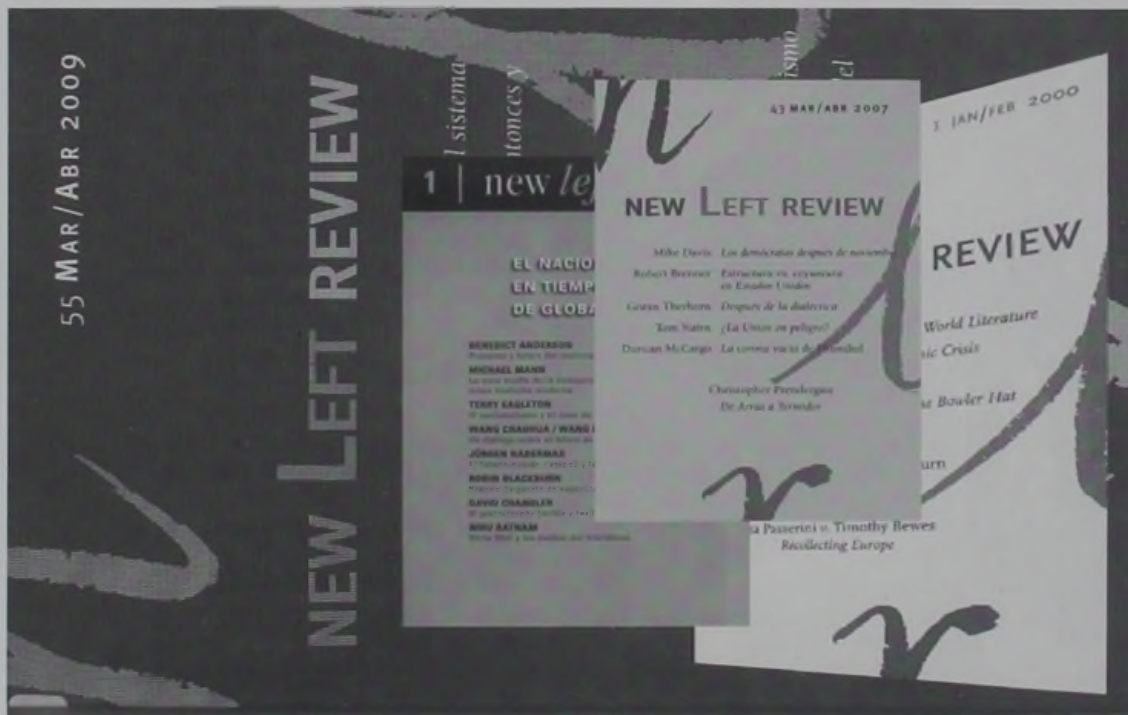
formarlo. Vale, no puedes explicar la felicidad, pero del mismo modo tampoco puedes explicar el pesar. Así como el marxismo y la ideología optarían por retener la idea de un sujeto que lucha en contra de algo que le resulta contraproducente, con la doxa esto se pierde; no te da por preguntarte qué es lo que sucede, no hay ninguna aspiración a emanciparse.

PB: Creo que esta cuestión de la felicidad es muy importante. La actitud *dóxica* no supone felicidad; supone sumisión corporal, sumisión inconsciente, lo cual podría poner de manifiesto mucha tensión interiorizada, mucho sufrimiento corporal. En este momento estoy llevando a cabo

una encuesta en la que entrevisto a personas de un estatus social indefinido, los que ocupan posiciones que están sujetas a fuertes contradicciones. Y trato de ser más socrático de lo que se acostumbra cuando se realizan encuestas positivistas; les intento ayudar a expresar su sufrimiento. He descubierto mucho sufrimiento oculto tras este apacible funcionamiento del habitus. Ayuda a que la gente se ajuste, pero causa contradicciones internas. Cuando esto ocurre, algunos pueden, por ejemplo, convertirse en drogodependientes. Yo intento ayudar a la persona que está sufriendo a explicitar su situación en una especie de socioanálisis guiado de una manera amistosa y reconfortante. A menudo cuando hago esto, los individuos experimentan una especie

de placer intelectual; dicen «Sí, entiendo lo que me pasa». Pero al mismo tiempo es muy triste. Carezco de la confianza firme que tienen los psicoanalistas; se imaginan que la conciencia es una historia triste, y responden con tristeza cuando el individuo dice «Mira lo que me pasó. ¿No te parece terrible?» En cierto modo, el trabajo social es así: cuando lo realizas, te castiga. Esta

situación se produce con mucha frecuencia, y no contradice lo que digo sobre la *doxa*. Uno puede adaptarse muy bien a esta situación, y el dolor proviene del hecho de que uno interioriza el sufrimiento silencioso, que puede llegar a expresarse corporalmente en forma de odio hacia uno mismo, de autocastigo.



Notas

1 - Entrevista publicada en: *New Left Review*, Nro. 0, Enero-Febrero, 2000, pp. 219-231. Edición Española.

Este texto es la transcripción editada de un debate —perteneciente a la serie «Talking ideas» («Ideas Habladas») — entre Pierre Bourdieu y Terry Eagleton que tuvo lugar en el Instituto e Artes Contemporáneas, Londres, el 15 de mayo de 1991.

Pierre Bourdieu, *Language and Symbolic Power*, Polity Press, Cambridge, 1991; Terry Eagleton, *Ideology*, Verso, Londres, 1991. [Existe edición en castellano: Pierre Bourdieu, *¿Qué significa hablar? Economía política de los intercambios lingüísticos*, Akal Ediciones, Madrid, 1988; Terry Eagleton, *Ideología*, Paidós, Barcelona, 1997.]



Londres 1940 - Autor anónimo